



Ramiro Ledesma **Fundador de las JONS**

Anónimo

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	3
La personalidad de Ramiro Ledesma Ramos	5
Política española	13
La lucha contra el comunismo.....	24
En busca de lo nacional	33
"Nuestra revolución"	41

PROLOGO

Ramiro Ledesma, que nos ha dejado como huella de su paso por el mundo todos los emblemas y consignas que inspiraron el sentido más profundo de la revolución que se está llevando a cabo en estas horas, siquiera sea con propósitos y decisiones, ha muerto asesinado en una cárcel de Madrid el día 29 de octubre de 1936. Lo que soñó para el Estado y el pueblo españoles nos llega con el ardor de la polémica al través de artículos y ensayos; su personalidad, la que dio origen y expresión a esas ideas, queda en el recuerdo de los que le conocimos envuelta en el temblor de lo sagrado. La obra política que nos ha dejado escrita no es bastante para conocer las corrientes de pasión que agitaban su alma, porque, aparte de que la pasión no halla siempre medios apropiados de expresarse, Ramiro Ledesma era una de esas almas herméticas que se pasan la vida luchando entre lo que quisieran decir y lo que pueden expresar con esfuerzo y con dolor.

No es posible conocer a Ramiro Ledesma con sólo el estudio de su obra. Cualquiera habrá encontrado muchas veces en la vida hombres que parecen condenados a vivir en un perpetuo encierro; parece que la tarea más inaplazable de estas almas estriba en buscar por todas partes medios de expresión que las saquen del dolor de su aislamiento. Y Ramiro padecía esta tortura como pocos; sus escritos nos hacen creer que era uno de esos hombres que nacieron con el alma aterida y que no acertaron jamás a ver nada amable en parte alguna. Em hermetismo que padecía Ramiro agrandaba la tortura de su alma con la pasión que no podía echar fuera de sí; y esto fué ante todo el fundador de las J. O. N. S., un hombre apasionado que vive preso en su pasión y que ni siquiera puede hacérsela presentir a los demás.

No es posible conocer lo que fué la personalidad de Ramiro más que a sus amigos de todos los días, a los que discutían con él y podían vislumbrar la inmensa ternura que guardaba aquel corazón fuerte que jamás vivió sin un destello de esperanza, aunque, como sucede siempre con la esperanza, no acertara jamás a saber a ciencia cierta qué esperaba. Solo tuvo que afrontar la crisis temerosa que se adueñó como una plaga de las almas cuando se vino abajo el mundo de la Ilustración; solo tuvo que afrontar la tremenda faz de España en las postrimerías del régimen monárquico y en los comienzos de este infausto régimen que ha costado ríos de sangre y de ilusión, y solo tuvo que afanarse en buscar un credo y un hontanar de ensueños que nos permitieran vivir, aunque fuera como los lirios del campo y los pájaros del aire, que Dios provee de esplendor y de sustento.

Y en medio de estas desazones y malos presagios, cuando encontrábamos a Ramiro ajetreado en sus quehaceres de la vida cotidiana, nos hablaba de lo más alejado, de lo que ni siquiera le estremecía; era un alma, condenada a vivir siempre de sí misma, y así llegó hasta la linde del misterio un día de otoño.

No sabe lo que dice quien aspira a conocer la doctrina política de un hombre sin procurar primero ahondar con sobresalto en su corazón. Las doctrinas políticas serían meras juegos de ideas a merced del viento y propicias en toda ocasión a extinguirse como un rayo de luna en la sombra de la noche. Aunque no se entienda bien esto, voy a atreverme a decir que se conoce mejor la armazón ideológica de un hombre cuando se conocen sus íntimos anhelos e incertidumbres; las ideas son bien poca cosa la pasión o la tortura que las anima lo es todo* y lo que hallamos en la obra escrita de Ramiro Ledesma es fruto de una pasión incontenible que no encuentra nunca modos propios de expresión. Quien pretenda usar las ideas que nos quedan de Ramiro como palancas de una acción posible, hará bien en estudiarlas sin cuidarse del manantial de que brotaron, pero quien no se contente con lo que se le da a primera vista y pretenda entrever el sello inefable de personalidad que las animaba... tendrá que renunciar a su empeño. Ramiro no ha dejado en nada su huella personal, hacía lo posible por borrarla en cuanto sospechaba el menor rastro.

La huella personal y humana de un hombre apasionado sólo queda en el corazón de los que le conocieron. Precisamente por eso, porque conocí a Ramiro como pocos, he procurado traer con frecuencia textos de sus obras cuando exponía las distintas maneras de ver las cosas que fué lo grande a lo largo de aquellos seis años que quisieron olvidar para siempre. Los textos que cito de Ramiro con frecuencia me libran de caer en la arbitrariedad de una

interpretación personal, que lamentaría como falta cometida contra su memoria, pero que, aunque en algunos casos discrepara del cuerpo de la letra, estaría siempre de acuerdo íntimo con su espíritu, he querido que en lo posible fuera Ramiro quien hablara, con aquel lenguaje de luchador y polemista que abroquelaba su intimidad y la ternura inefable que llevaba en su corazón de hombre fuerte.

LA PERSONALIDAD DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

Con sólo hacernos cargo de lo que ha sido en nuestra vida la tremenda crisis que acabamos de superar en este viejo mundo europeo, tan cargado de miserias y grandezas, podemos comprender sin grande esfuerzo lo difícil que tiene que ser acercarnos a cualquiera de esas personalidades señeras zarandeadas por la crisis. Pero si esto es comprensible de suyo y nos pone ante los ojos la dificultad pavorosa de un análisis sereno de cualquiera de esos espíritus agitados de ordinario por pasiones encontradas, lo es aún más si cabe cuando pensamos que también nosotros hemos sido perturbados por esa crisis de alma y de sentimiento. Por una parte, tenemos que sorprender lo que hay de personal en un espíritu sometido a cambios incesantes, pero de otra parte estamos obligados a acometer esta empresa desde nuestra propia agitación, desde nuestros cambios incesantes.

Sin embargo, con no ser poca cosa todo esto, hay más: Ramiro Ledesma ha muerto; el día 29 de octubre del apocalíptico año 1936 fué asesinado en una cárcel de Madrid. Y es la muerte, con su cortejo de sombras y nostalgias, la que ahora viene a ocultarnos lo que fué y lo que quiso ser Ramiro Ledesma, el creador de las J. O. N. S. y el fundador del Nacional Sindicalismo. Cuando hablamos de alguien que ha muerto hace mucho tiempo, parece que la muerte ha desaparecido, parece que estamos hablando de un hombre que estuviera a gran distancia de nosotros; pero cuando hablamos de un amigo que aun nos hace sentir su ausencia como algo doloroso, la muerte tiende sobre todas las cosas su velo de silencio y nos hace comprender que estamos en presencia de lo inefable.

Porque Ramiro Ledesma, a quien conocí en los pasillos de la Universidad en 1929, ha sido mi condiscípulo y mi amigo, con una camaradería y una amistad que tuvieron su fin en la muerte. Durante esos terribles siete años de nuestra historia española y europea hemos pasado juntos día a día y hemos discrepado mucho, para acabar poniéndonos de acuerdo después sobre lo que deseábamos y soñábamos para esta España tan probada de dolores y dichas sin cuento. La sombra de la muerte se entrelaza ahora con la pena y el paso del misterio, cubriéndose de ternura y de añoranza, y hace que la agrega personalidad de Ramiro Ledesma se confunda con mis propios pensamientos y deseos. Lo que ocurre es que en el mundo no se ha hecho nada sin pasión; lo que ocurre es que la pretendida ecuanimidad, cuando se emplea en cosas humanas por lo pronto, no es más que la actitud de quien no puede tomar otra. Los que se afanan por entresacar rasgos personales de papeles viejos y relatos ya envejecidos olvidan que la silueta anímica de un hombre va dibujándose con trazos firmes e indelebles al paso de la vida, y que, aunque no hubiera más hombres en el mundo, quedaría como una estela hasta la consumación de los tiempos, como queda impresa en el mundo la huella de todo lo humano, aunque solamente pueda encontrarla el amor de Dios. Hace falta mucha frivolidad para creer que puede malograrse un solo esfuerzo, hace falta no ver más que este éxito momentáneo que hoy se busca con ahinco en todas partes, hace falta tener del hombre una idea harto mezquina y creer que todo pasa como el viento, sin dejar huella en el mundo; lo peor es que el viento también deja su huella, ¿y cómo pensar que no iba a dejarla el hombre, aun el más ruin en apariencia, creado por Dios a su imagen y semejanza?

Ramiro Ledesma ha sido un verdadero soldado de la vida: primero, tuvo que enfrentarse con la indigencia; luego, tuvo que afrontar las acedías de su crisis religiosa, y más tarde, cuando parecía que todo se le brindaba propicio como un fruto en sazón, tuvo que librar la batalla más recia, la que le mantuvo en tensión durante los siete años más aciagos de nuestra historia contemporánea, la que le arrastró a la renunciación y a la muerte. Con humildad y sin mentira hubiera podido decir en la hora del supremo trance: ¡he librado mis combates! Y cuando ce piensa en aquellos tiempos de pesadillas y sobresaltos españoles y europeos, y nos figuramos en medio de aquella batahola inextricable a aquel muchacho que, lo mismo que su generación, vivía a la intemperie, nos sobrecoge el asombro y se apodera de nosotros la idea de que, como ocurrió ya en Aulide, cuando las naves de Agamenón no hallaban vientos propios para emprender la marcha hacia Troya, ha sido preciso el sacrificio de unas cuantas miríadas de almas generosas para que pudiera hacerse a la mar ancha y llena de sorpresas el entusiasmo y la decisión de España. Como todos los que en aquella sazón luchaban contra el desbordamiento de los impulsos más primarios que amenazaban con la destrucción de Europa

desde las postrimerías del siglo pasado, Ramiro tenía conciencia clara del riesgo que corría y el corazón le hacía presentir a veces el tremendo desenlace de su empresa; como se lo hacía presentir a don Ramiro de Maeztu, y a don Víctor Pradera, y a José Antonio. Lo que entonces pasaba en nuestra España era bien inquietante, para que hubiera la más ligera vacilación en los que estaban al frente de las huestes redentoras. Y ahora, cuando apenas ha pasado la reciedumbre del combate, nos percatamos de que la catástrofe que nos amenazaba, con haber sido tan espantosa y cruenta, ha descubierto algo que ni siquiera se sospechaba, ha descubierto la pasión de España y el arrojo sin par de esas juventudes que infundieron tantas esperanzas en el corazón insaciable de Ramiro Ledesma.

En un pueblecito de la provincia de Zamora, en Alfaraz, nació Ramiro Ledesma el día 23 de mayo de 1905. Su padre, un maestro de escuela rural, no pudo proporcionarle desde su infancia una cultura esmerada; y a la circunstancia de hallarse en un pueblo con pocos medios para estas tareas de formación personal, venía a añadirse la penuria de recursos económicos, que forzaba a la familia a vivir con extremada sencillez. Ramiro, en cuanto llegó a la edad reglamentaria, tuvo que encararse con la vida y hacer unas modestas oposiciones al cuerpo de Correos que le permitieran, por lo pronto, vivir. Y con los escasos medios que le proporcionaba su empleo, libre ya de la pesadilla cotidiana de los apremios económicos, sintió nacer su vocación de una manera oscura e irresistible, como hace siempre la vocación en el corazón de los hombres desde el comienzo de los tiempos. Ramiro cursa el Bachillerato y fe matricula en la Universidad como alumno de Filosofía y de Ciencias al mismo tiempo. Ya están echados los fundamentos de lo que va a ser más tarde la personalidad de Ramiro Ledesma; ya no podrá escapar del influjo que dejan en su alma esas aficiones. Sus estudios filosóficos le despertarán una insaciable sed de comprensión y de ennoblecimiento, sus estudios matemáticos le suscitarán un ansia irresistible de rigor y un anhelo de disciplina mental y humana.

Lo cierto es que en los años de estudios más tenaces, cuando le conocí en la Facultad de Filosofía y Letras, estaba Ramiro bajo el hechizo y la tortura de una crisis que no logró vencer nunca de manera plenaria. Imaginad un muchacho que se entrega con pasión al estudio de los sistemas filosóficos que brotaron de la Ilustración, imaginad que, carente de una cultura profunda en lo que atañe al mundo clásico, sin conocer el griego ni el latín, se entrega con ahinco al estudio de la filosofía moderna, que empieza en Descartes y acaba, al menos para Ramiro, en Martín Heidegger; como las preocupaciones e incertidumbres que comporta la filosofía moderna encuentran el alma de Ramiro en carne viva, dejan su huella profunda y su inquietud todavía más profunda en aquel muchacho apasionado que se entrega con frenesí al estudio y a la meditación. Pero como la filosofía de la antigua Grecia está ausente, y lo mismo ocurre con la filosofía escolástica, Ramiro se encuentra inerme en medio de un mundo tan revuelto y complejísimo como el que va urdiendo paso a paso la filosofía de nuestro tiempo.

Lo que busca el pensamiento moderno a partir de Descartes le inquieta cada vez más a Ramiro, casi sin percatarse de ello, como el que vive respirando un mismo aire desde hace muchos años, se van adentrando en su alma las dudas y las esperanzas que goza y sufre el hombre de nuestros días; y, en fuerza de estudiarlas y trocarlas en pasto de sus meditaciones inagotables, llega a asimilárselas, parece que en aquella época era Ramiro una encarnación de todo lo que había pensado o sentido el alma desde los días azarosos del Renacimiento y la Reforma hasta aquellos días ya tan lejanos en que murió Max Scheler y escribió su obra capital Martín Heidegger. No importa que en el curso de esos tiempos fecundos se encuentren pensadores tan irreconciliables como Kant y Nietzsche; la contradicción de estos modos de sentir la vida no dice nada contra el hecho de que puedan armonizarse en la intimidad de cada hombre. Nos movemos siempre entre contradicciones y sólo las percibimos cuando nos han abandonado, es decir, cuando ya no son contradicciones; la vida es demasiado vasta y compleja para dejarse gobernar por la lógica, que no nos sirve más que para pensar, y para pensar únicamente lo que yace inmóvil ante nosotros o lo que no despierta el más leve rastro de pasión en nuestra alma. Para esto sirve la lógica: pero la vida, que cambia y permanece, está llena de contradicciones, mas es una contradicción que nos calma y nos agita, que nos alegra o nos entristece, que nos trae abatimiento a veces y a veces nos llena de desánimo.

Y Ramiro, que se esfuerza de continuo por dar rigor y hondura a su pensamiento, no advierte que también su vida va haciéndose en silencio, en un recogimiento adonde no llega la luz del pensamiento ni el más leve influjo del rigor que intenta poner en todas las cosas. La Ilustración, con sus contrastes de ciencia y de ensueño, atrae con encanto irresistible el alma de Ramiro; casi siempre estaba con algún libro de aquella época entre las manos. Las antinomias de Kant, el misticismo de Schelling, el arrebató de Fichte, la solemne majestad de las visiones de Hegel... todo lo que fraguó la Ilustración le atraía de una manera incontrastable. En aquellos años de pasión estudiosa le encontraba siempre preocupado por lo que decía un libro o por lo que le sugerían sus meditaciones posteriores. Los trabajos que publicaba asiduamente en todas las revistas que se le brindaban propicias, son buena muestra de este afán de comprenderlo todo y de este rigor que pretendía poner en todos sus quehaceres intelectuales. Pero los sistemas de la Ilustración, a pesar de sus antagonismos, tienen un sello inconfundible de unidad, como lo tienen todas las creaciones de una época cuando se las mira a una distancia conveniente y se las comprende sin cargar el interés sobre la peculiaridad personal de sus autores.

Lo que preocupa en este tiempo a Ramiro Ledesma es el modo peculiar de ver el mundo que le tocó en suerte al hombre de la Ilustración, pero también le agita el estremecimiento que conmovió el alma de Nietzsche; dos cosas contradictorias en apariencia, dos maneras de expresión de un mismo afán. Si no es comprensible a primera vista que Ramiro se entregara por igual a las meditaciones llenas de cordura de la Ilustración y a las visiones arrebatadas de lirismo de Federico Nietzsche, es porque se propende con frecuencia a creer que nuestra razón ejerce sobre la vida un influjo más poderoso del que en verdad suele ejercer. Por otra parte, la atracción de las espléndidas intuiciones del creador de Zaratustra era ya vieja en Ramiro. No la sintió por vez primera en la Universidad o en el retiro de aquellos años consagrados al estudio y al entrenamiento; la había sentido donde su adolescencia y le había servido como fondo de sus ambiciones y como lema de una novela en que nos pinta un tropel de anhelos que andan buscando una forma apropiada de expresión.

Lo grave es que, sin saber cómo, se encontró un buen día Ramiro con que no le servía el mundo creado por la Ilustración. ¿Qué hacer entonces? No se le ofrecía más que un remedio: bucear aún con más ahinco en los sistemas y preguntar sin desmayo a todos los signos de la Historia. Y entonces se entrega Ramiro a la tarea de aquilatar aún con más precisión y ansiedad maneras de ver el mundo y maneras de sentir la vida, pero estos empeños fueron baldíos. Como obedeciendo al encanto de una varita mágica, el mundo de la Ilustración, con su atuendo de oropeles y presentimientos, se había desvanecido sin remedio. Y he aquí que Ramiro, en posesión de un buen repertorio de pertrechos, tenía que renunciar a su camino y, lo que es más grave, tenía que atreverse a confesar que todo lo que le había seducido con tanta fuerza carecía de valor íntimo para la vida que entonces se imponía en Europa a todos los que no estuvieran dispuestos a mirar con indolencia cómo nuestro viejo mundo iba cediendo terreno a la devastación y al anacronismo.

¿Se le revelaría entonces a Ramiro toda su vocación política y toda la anchura del camino que debía seguir? Estas súbitas revelaciones rara vez se dan en nuestra vida; lo más frecuente es que se nos vayan descubriendo a medida que nos perdemos en la baraúnda inabarcable de hechos y contratiempos. Y esto fué precisamente lo que le ocurrió a Ramiro, que, por otra parte, estaba aún poseído del ansia de rigor que se refleja sin sombras en el famoso manifiesto político que publicó en el mes de febrero del año 1931, dos meses antes de la proclamación de la República. Con el sentimiento de haber empleado su tiempo en cosas ajenas a lo que demandaba la realidad europea y española, abandona Ramiro sus estudios en un momento en que todo se le mostraba propicio y se entrega a los azares de la acción política. La suerte estaba echada; imposible retroceder, como nuestros más esforzados conquistadores, había quemado las naves. ¿Qué conservaba aún de sus aventuras intelectuales en el mundo de la Ilustración?

Por lo pronto, una formación personal considerable, después, un caudal de ideas que le iba a servir de mucho en la empresa que se le presentaba, y, por último, un afán insaciable de probidad que le haría decir más tarde de las J. O. N. S. que eran un partido d^e hombres libres.

Sus estudios matemáticos le habían enseñado a reconocer leyes infrangibles que sólo puede contemplar nuestra razón y contra las cuales carece de poder nuestra voluntad. Y esta conciencia diáfana de las limitaciones humanas le hizo considerar las cosas más dispares sin pretender siquiera deformarlas; para Ramiro, como para Mussolini en sus años de batalla y de destierro, la virtud propia del político es su sangre fría, lo que también suele llamarse realismo. Cobra esta forma razonable de ver el mundo tal importancia en la historia del fascismo italiano, que Mussolini, hablando de sus comienzos, nos asegura que entonces sólo se sabía morir; ¿no había tiempo para elaborar una doctrina?, ¿no había posibilidad esencial de forjarla? He aquí lo que no nos ha dicho Mussolini. Cuando pasen algunos años tal vez nos lo digan los historiadores; de cualquier manera, nos dirán que el creador del fascismo ha tenido una mente clara y un decidido propósito de decir la verdad sobre todas las cosas de su acción política en el pasado.

Ramiro conservó hasta el último momento su afán de probidad que le había despertado la posición kantiana ante la ciencia y ante el conocimiento de los hombres, pero no andaría muy acertado quien pensara que esa probidad no se compece bien con la pasión. Seguramente no sería capaz de entrever las corrientes de pasión que cruzan por las obras de Kant-Lo que pasa es que no es lo mismo pasión que vehemencia, y lo que padecen esos sedicentes apasionados que meten bulla por ahí no es más que un acceso de vehemencia, que puede trocar su signo y su sentido en la primera ocasión que &e presente; la pasión de Kant era honda, silenciosa, mansa, duró tanto como su vida y no se entibió jamás en ninguno de los contratiempos que sobrevienen sin remedio a todos los mortales. Y Ramiro respiró esta pasión acendrada y tierna en los días de su apartamiento en bibliotecas y paseos solitarios. Así vemos brotar su afán de probidad de un torrente de pasión, como el que arrebató a los hombres del Renacimiento, que llegaron a creer que el mundo está escrito en lengua matemática; lo que hay que preguntar es si en el mundo se ha hecho algo sin pasión, aunque esta pasión se revista de mil formas en apariencia inconciliables.

Con este sencillo afán de probidad, que nos manda respetar y comprender todas las cosas y todos los actos de los hombres, se apoderó del corazón de Ramiro el ansia inefable de ennoblecimiento que hierve en las obras de Federico Nietzsche y que se nos muestra en raptos de lirismo en que, como un juego caprichoso de luces y de sombras, se entrelazan la alegría más irrefrenable y la tristeza más desalentadora. Y he aquí de qué manera Ramiro Ledesma, que más tarde iba a decir que los de su generación vivían a la intemperie, encuentra en la soledad otra vida a la intemperie, la vida atormentada y solitaria de Federico Nietzsche. Quizá no parezca ya tan contradictoria la entrega simultánea de Ramiro Ledesma a la probidad apasionada de Kant y a los transportes arrebatados de pasión de Nietzsche; en todo arde la pasión, y el hecho de que ahora se derrame sobre ésto y luego se vierta sobre aquéllo no dice nada en contra. Lo importante es la fuerza que nos arrastra fuera de quicio, lo demás puede aparecérsenos hasta como mero pretexto y como fondo en que vemos reflejado todo lo que quisiéramos ser. La vida de Ramiro, tal vez sin la ayuda de su conciencia, fué hilando en silencio una intuición del mundo en que no se contradijeran las posiciones que no puede conciliar la lógica; y, como reflejo de esa unidad lograda sin estrépito, como se logra todo lo que vale algo en nuestro destino, nos queda la pasión de Ramiro, que va a buscar por todas partes formas apropiadas de expresión y que tal vez no encuentra al final de la vida en sus obras más que un eco apagado de los anhelos que las inspiraron.

Y cuando abandona sus libros y su apartamiento y se echa a la calle, encuentra que si es ya inadmisibile el mundo de la Ilustración, lo es también el que bulle por todas partes, el que se nos ofrece en la política y el que se nos ofrecía en aquel At neó anacrónico en que había pasado tantas horas de estudio y de polémica. No puede ya prestarle asilo el mundo de la Ilustración, no se le ofrece acogedor el mundo que encuentra en la calle; pero todo está lleno de malos presagios: el separatismo cobra ímpetus desusados y el marxismo se apresta a dar la batalla en toda Europa. De suerte que con ser tan deleznable lo que está ante Ramiro, es mucho peor lo que se viene encima; ¿qué hacer en esta encrucijada de la vida personal y de la vida nacional de España? Y en esta pregunta, que brota de la desilusión de unas creencias y del desasosiego de unos presentimientos mortales, se entrecruzan la pasión que llevaba Ramiro en su alma y la urgencia de obrar con presteza para que no se anegara todo en el caos

de lo irremediable. Si las viejas creencias en los dogmas de la Ilustración «o bastan a sustentarla ya, Ramiro buscará en la acción el entusiasmo y la alegría que precisa para vivir; y es curioso ver cómo hasta en la coyuntura más recia se abren dos caminos bien distintos al alma de Ramiro: por una parte, tiene que prescindir en las luchas que se avecinan de la probidad que había respirado en las obras de Kant; pero, de otra parte, se le abren anchas y esplendentes las enseñanzas de Nietzsche, que se pasó la vida soñando en la acción y en la comunidad, aunque, como suele ocurrir a los adolescentes cuando tienen mucho interés por una cosa, nos dijera con frecuencia lo contrario. ¿Pero abandonó alguna vez Ramiro el afán de probidad que le dejaron sus años de estudios? Eso es lo que se propuso para dar más eficacia a su actuación, aunque, claro es, no lo consiguiera jamás, como puede verse en sus últimos libros; que parecen escritos más bien por un intelectual que sueña con la política que por un político entregado a los vaivén :s de la lucha cotidiana. Y esto nos parecerá más claro aún si tenemos en cuenta el carácter de las luchas que se libraban -en tiempos de Ramiro y el riesgo inminente de perder la vida en cada momento. Lo cierto es que Ramiro se ve forzado a abandonar el mundo silencioso y retirado de sus libros y que, cuando sale a la calle, siente la penosa impresión de que la vida española es harto precaria para desentenderse por completo de sus contratiempos; y Ramiro se entrega en cuerpo y alma a la acción política, que ya no abandonaría jamás hasta el día de su muerte. Si la lógica encuentra demasiado brusca esta transición, lo siento por la lógica; en cada momento de nuestra vida tienen su propio ritmo nuestros cambios; no es el mismo el que gobierna los cambios acelerados de la adolescencia que el ritmo que gobierna los que nos depara la madurez, lentos y suaves casi siempre. Si esto es cierto en nuestra vida, ¿cómo pretender que sea de otra manera en los distintos episodios de la historia de los pueblos? Nuestra época, cometida a constantes transformaciones, sabe de brusquedades y truculencias más que los tiempos ya casi legendarios que precedieron a la Revolución francesa. Cualquiera que recuerde con calor el panorama que aprecia la España de las agonías y los malos presagios, tendrá que reconocer que a los nombres apasionados no les quedaba más que un camino: el espacioso y acedo de la acción política; y este fué el que emprendió Ramiro Ledesma y el que más tarde iban a proseguir aquellas Falanges de combate de que ya hablaba en el Manifiesto Político que publicó en 1931. Todo cambió en la vida de Ramiro; cambiaron sus creencias y sus preocupaciones, cambiaron sus pensamientos y sus esperanzas, pero lo que permaneció siempre inalterable fué su pasión. Tal vez que para advertir esto» cambios y estas permanencias en la vida de los hombres, aunque no se nos manifiesten con tanta brusquedad ni ejerzan un influjo tan poderoso en quien los sufre de una u otra manera, cada cual tiene una parte de su intimidad que está siempre en trance de desaparecer; pero también tiene una sustancia intangible que está fuera del alcance de todo lo creado: en unos esta sustancia es la fe, en otros es la esperanza, en otros es la visión humana del mundo y de la vida. En Ramiro Ledesma era la pasión; por eso la encontramos en todas sus obras y en todos sus ensueños sin fenecer al marchitarse nunca.

En febrero de 1931 publica su célebre Manifiesto Político, que fué algo así como su grito de guerra, y un mes más tarde,, el día 14 de marzo, apareció el primer número del semanario La Conquista del Estado, en que fueron apareciendo todas las consignas que canta y reza la España victoriosa. Ya está Ramiro en la plaza pública; su más hondo y persistente esfuerzo lo consagrará a dar formas de expresión a los anhelos que bullen en su alma y a las Falanges aguerridas que veía en el futuro; y cuando recordamos el heroísmo que nos ha librado de la catástrofe y pensamos en tantas y tantas vidas como han sido sacrificadas en holocausto de un porvenir más ancho y más humano, nos persuadimos de que Ramiro Ledesma no se engañó al hablarnos de esas Falanges aguerridas de combate que presentía en lontananza. Y todo esto nos lo dijo en el Manifiesto Político que apareció dos meses antes de instaurarse en España la República y en unas horas en que todos los que habían estudiado con él se aprestaban a ofrecer votos y desvelos al nuevo régimen que se veía venir de manera ineluctable.

En La Conquista del Estado, que publicó Ramiro con el propósito fallido de convertirla en diario, trabajaba con celo y pasión su creador; no estaba solo ciertamente, porque un puñado de muchachos, casi todos universitarios, colaboraban con sus trabajos y con sus entusiasmos. Pero el peso, la responsabilidad y la dirección estaban a cargo de Ramiro, que daba consignas en todo instante y llenaba con sus ensayos y diatribas la mayor parte del semanario. Dos cosas

preocupaban en aquella sazón a Ramiro: defender la unidad de España frente a los que pretendían desgarrarla y asegurar al pueblo español, al que Ramiro se sentía ligado con indisolubles vínculos, una vida decorosa de trabajo y de bienestar. La unidad de España se había comprometido por los que debieron defenderla a todo trance; la República vino como fruto de ese abominable contubernio de separatistas y escépticos. Después de haber perdido la fe en los principios del liberalismo, aquellos resentidos no vacilaron en hacer concesiones de toda laya a las regiones que se tomaran el trabajo de pedir las; y lo que sucedió fué que, concedidas ciertas cosas a las regiones que de veras las apetecían, como no era posible establecer un régimen de preferencias flagrantes, se dispusieron a dar Estatutos sin más requilorios que un plebiscito de la región que 83 tomaba la molestia de sentirse un buen día independiente. La unidad de España estaba amenazada d3 ruina irremediable si no se daba con una fuerza capaz de derrocar aquel régimen de envilecimiento y de chatarra.

Esta era una de las preocupaciones que embargaban el ánimo de Ramiro Ledesma cuando publicaba *La Conquista del Estado*. La otra preocupación era la que había sentido en su hogar desde los primeros años de su infancia, la preocupación de que no hubiera un solo español sin pan ni alegría: no se olvide que es suya la consigna que se repite en todas partes: "Por la Patria, el Pan y la Justicia." No se olvide tampoco que en las páginas de *La Conquista del Estado* aparecieron los más audaces trabajos sobre una nueva manera de afrontar la terrible indigencia del pueblo trabajador. Y esto tiene más importancia si se recuerda lo que decía antes sobre el carácter realista de la política moderna; si no hubiera que hacer más que prometerlo todo, como hacen los credos del siglo pasado que tan caros han costado a la vida y al bienestar de Europa, todo sería fácil. Quien no sabe lo que promete o promete más de lo que puede conceder llegado el caso, hace muy bien estando en la oposición, pero será un suicida si quiere llegar al poder, porque entonces se le recordarán sus promesas y se apoderará la desilusión de los mismos que le habían encumbrado. Buen ejemplo de esto lo tenemos en la experiencia socialista del primer bienio republicano, que enfrió a las masas de tal suerte, que se abstuvieron de votar en las elecciones del mes de noviembre de 1933, dando el triunfo a los partidos que capitaneaba Gil Robles. No hace falta recordar el tremendo fracaso del ensayo soviético, y los que hayan pasado parte de la guerra en la zona sometida al dominio del marxismo, saben ya a qué atenerse cuando oyen hablar de esos paraísos artificiales que tantas desdichas nos han acarreado. Lo peor de todo es que esos ensueños paradisiacos, en lugar de apaciguar los ánimos y propiciarlos para la consecución de tan espléndidos destinos, los han envenenado y han convertido al hombre serio que trabajaba y tenía la estimación de todos en un animal de presa que no ve en el mundo diques a su ambición.

Lo que más preocupaba a Ramiro Ledesma era el hecho de que las masas fueran traicionadas por los que se encumbraron a fuerza de halagarlas; los nuevos ricos comenzaron a pulular desde que las masas cobraron auge en la vida política. y las masas eran algo así como la fuerza que impulsa y queda en la oscuridad. También la guerra que hemos padecido nos ha enseñado bastante de estas cosas que quisiéramos olvidar. Y para que se vea hasta qué punto sentía Ramiro la preocupación por ese abandono imperdonable en que dejan los dirigentes a las masas que los encumbraron, en cuanto se advierte la inminencia del peligro, copio estas palabras de Ramiro, aparecidas en el número correspondiente al día 4 de abril de 1931, es decir, unos días antes de la instauración de la República: "Venimos poblados de afirmaciones terminantes. Que ofrecemos al pueblo con las manos. Dispuestos a su difusión máxima. Es intolerable la circulación de la farsa, que no vacila en ofrecer la sangre del pueblo para el triunfo de todos los equívocos. Frente a toda esa morralla de los jefes republicanos, que enardecen al pueblo y luego le abandonan en los momentos revolucionarios críticos. Que despiertan la apetencia revolucionaria y luego no desean ni quieren la revolución, dejando a las masas inermes sin caudillos frente a las huestes socialistas, que se satisfacen con el afán señorito de los mandos fáciles, traidores a la finalidad social que informa la raíz misma de su fuerza." Esto escribía Ramiro Ledesma unos días antes de implantarse en España la República; y hay que reconocer que no todas las profecías tienen tanta verdad ni se han cumplido tan escrupulosamente al pie de la letra. Luego vino la República como fruto de unas modestas elecciones municipales, y la colaboración socialista, y la desilusión de las masas, porque, sobre no darles nada de lo que se les había prometido, vieron a la luz del día que sus

pretensos caudillos eran esos señoritos flojos de que nos habla Ramiro, que se habían apoyado en la masa porque carecían de méritos propios.

Lo que ocurrió podía suponerse; la decepción ganó de tal manera los corazones más fervorosos, que en las elecciones que se celebraron, apenas transcurridos dos años de la instauración de la República, lograron un triunfo arrollador los partidos que habían estado hasta entonces en la más inexorable de las oposiciones. Los jefes habían abandonado a sus huestes cuando se creían seguros, pero ahora las huestes no quisieron acudir a la llamada angustiada de sus jefes; la realidad fué que los partidos que acaudillaba Gil Robles encontraron la victoria sin haber derrotado al enemigo. Esta situación era peligrosa por demás, no sólo porque se levantaba sobre un terreno movedizo, sino porque las fuerzas que la mantenían, heterogéneas hasta lo inverosímil, estaban unidas provisionalmente para la consecución de fines muy concretos. Y si es cierto que aquella situación no era fácil de sostener, también es cierto que los políticos que acaudillaba el señor Gil Robles no hicieron nada para mantenerla; cada día se publicaba una disposición encaminada a deshacer el bloque de fuerzas que se creó solamente para conjurar el peligro de una revolución desastrosa, y al fin, como era de esperar, ocurrió lo inevitable.

Ramiro prosiguió la publicación de La Conquista del Estado durante el verano, y en el mes de octubre se vio en la necesidad de suspenderla, a pesar de que entonces era más recia la batalla y más seguros los peligros que amenazaban destruirlo todo. Y de hecho nacieron las J. O. N. S. en aquel otoño tan cargado de malos augurios, aunque no lograron su madurez hasta las postrimerías de 1933, en que se publicó la revista que les sirvió de órgano de expresión. La revista JONS, órgano de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, J. O. N. S., se publicó hasta el mes de agosto de 1934, en que dejó de publicarse para siempre.

Ramiro Ledesma, durante este tiempo, pasó por las más varias experiencias: desde el aislamiento a que le condenaba muchas veces la falta de recursos hasta la participación febril en las luchas políticas; desde la espera inacabable hasta la cárcel, y, en suma, desde la jefatura de un partido minúsculo y aguerrido como el suyo hasta la unión con Falange Española en los comienzos de 1934. Todos estos cambios fueron moldeando poco a poco el alma de Ramiro, que había llegado a la política sin otra experiencia que la experiencia poco segura que le habían proporcionado sus libros en el retiro que había elegido como manera profunda de vivir y de soñar. Sin darse cuenta de ello muchas veces, Ramiro iba acomodándose a las demandas de su tiempo y se le iban ofreciendo nuevos medios de expresión en la brega diaria con partidos y doctrinas. Todo fué acomodándose a lo que había que hacer; pero, la pasión que llevaba en su alma, la que le hizo estudiar antes con ánimos y ahora entregarse sin reservas a la acción política, no sufrió merma alguna ni con la adversidad ni con el paso vacío del tiempo.

Cuando escribía La Conquista del Estado, iba todos los días, mañana y tarde, al local que teníamos en la avenida de Eduardo Dato; lo revisaba todo con meticulosidad infatigable y estaba siempre dispuesto a entrar en polémica con los amigos que querían acudir por allí. Luego, que nos vimos precisados por falta de medios a abandonar aquel local en que había nacido una generación a la vida pública en el transcurso de unos meses, Ramiro acudía puntualmente a las reuniones que celebramos en algunos sitios y estaba en contacto diario con sus más íntimos amigos. De manera que, aunque a veces pareció lo contrario, Ramiro mantuvo siempre firme la esperanza de poder llevar a cabo esa revolución social de que nos habla en todas partes con insistencia y con entusiasmo: buena prueba de esto es la indecible alegría con que nos anunció en la primavera de 1933 la aparición de la revista JONS, que anunciaba como órgano de un partido que estaba más en su imaginación que en la realidad. Lo cierto es que, con partido grande o chico, salió nuestra revista y desparramó por los ámbitos de España nuestro emblema, que hoy es el del Movimiento, y nuestras consignas, que ahora se repiten por todas partes y que han resonado como gritos de guerra y de victoria. ¿No es más que sorprendente que en una época atormentada por la crisis pudieran acuñarse todas las consignas que hoy llenan los ámbitos de España? Y si esto no fuera bastante, piénsese en lo que supone que un hombre lleno de incertidumbres y presentimientos sea capaz de troquelar las expresiones que, al cabo de siete años y después de la terrible experiencia que acabamos

de superar, dan forma a los anhelos que se agitan en el interior de nuestro corazón, un poco dolorido y un poco entregado a la esperanza. Pues la verdad, la que cuenta nuestra historia, es ésta.

En el tiempo que duró la pertenencia de Ramiro a Falange Española, que se llamó Falange Española de las J. O. N. S., se le veía atareado y con el propósito de hacer que el nuevo partido, más grande y vigoroso, asumiera el papel revolucionario que Ramiro propugnaba en periódicos y revistas. Siempre le oía hablar de este propósito, y como nos encontrábamos todos los días, quiere decir esto que ese propósito le embargaba el ánimo.

Y luego, después de su separación, pasó el año y medio que va desde entonces hasta julio de 1936 escribiendo y preparando nuevas normas de actuación; precisamente en los días en que sucedió lo que todos tenemos grabado en el alma teníamos un pequeño despacho en la calle del Príncipe, donde estábamos a la sazón ocupados en las tareas de un semanario que apareció el día 4 de julio, y del que ya no salieron más números. Fruto de esta época relativamente tranquila de Ramiro Ledesma son también sus dos últimos libros: Discurso a las juventudes de España y ¿Fascismo en España?

Y el 29 de octubre, cuando estaba en la plenitud de sus dotes y en la plenitud de la esperanza, fué asesinado en una cárcel de Madrid por los que jamás fueron representantes de este pueblo español generoso que trabaja y espera. Pocos han sentido con más hondura que Ramiro la zozobra de ese tremendo desamparo a que viven condenados los que están a merced de su trabajo cotidiano; pocos han sentido como él la tortura de tantas ambiciones tronchadas y de tantos males irremediables. Pero la época en que nos ha tocado vivir es bien aciaga, parece que la pobreza y la miseria amenazan al mundo con catástrofes sin cuento; por todas partes se buscan materias primas y se encuentran barreras infranqueables en el mercado internacional; ¿qué puede hacerse en estas condiciones: prometer a todos cosas que de antemano se nos antojan inasequibles o decir la verdad, aun a trueque de ser mal entendidos? Ramiro no podía vacilar; el pueblo de que había salido le infundía demasiada ternura para engañarle; los revolucionarios tenían muchas ventajas, la primera la de especular con la buena fe de las masas, que se dejan seducir en todo por los halagos y sienten un desprecio incontenible por la sinceridad. A pesar del empobrecimiento innegable del mundo, los revolucionarios de profesión siguen ofreciendo a las masas las mismas cosas que hace cincuenta años, aunque los revolucionarios de estos días no se sientan con fuerza bastante para imitar a los de aquel entonces. Ramiro dijo lo que sentía y prometió a las masas una revolución que iría tan lejos como permitieran los recursos de nuestra economía, ya entonces hartamente quebrantada por la política desastrosa que habían llevado a cabo los socialistas, ganosos de deslumbrar con oropeles, ya que no habían sabido confortar el ánimo del pueblo con disposiciones bien ajustadas a sus necesidades y las posibilidades de la economía española. ¿Hubieran podido hacerlo si se lo hubieran llegado a proponer en serio? Lo cierto es que ni siquiera lo intentaron, y de ahí les venía ese terrible miedo a participar en las tareas del gobierno, aleccionados como estaban por la experiencia del primer bienio. Y Ramiro Ledesma, que dijo al pueblo la Verdad que hubiera querido oír de labios de los que se decían sus representantes, fué asesinado por los que también se llamaban representantes de este pueblo, que no ha hecho más que sufrirlos. Luego nos han corroborado las vicisitudes de la guerra esta verdad, y la verdad es que el pueblo quedó desamparado y sin fé en nada de lo que pudiera decirsele. En esta ocasión, cuando el sentimiento de la comunidad se abre paso en nuestros corazones, a medida que crece el empobrecimiento de la vida y se retiran las naciones a vivir de su propia historia, se está llevando a cabo un profundo reajuste de la economía que permita dar formas adecuadas a la manera de vivir que pretende dar a los hombres todos de una nación la ternura y el vínculo de una familia.

POLÍTICA ESPAÑOLA

No es posible comprender lo que pasa en el alma del hombre sin contar de alguna manera con el mundo que tiene a su alrededor. Las aspiraciones brotan en nosotros suscitadas por una realidad que se va adentrando día a día en nuestra vida sin que nos percatemos de ello, como se adentra en los pulmones el aire viciado de una habitación sin que podamos al cabo de algún tiempo ni percibir su olor. Pues cada mundo personal, por decirlo así, tiene su propia atmósfera, que vamos respirando a lo largo de la vida sin saber que estamos metidos en una atmósfera distinta de la que respiran los demás; con las creencias y los temores, con las esperanzas y los sobresaltos se va tejiendo poco a poco esa malla que nos aprisiona y nos conforma de una manera determinada. Y si en los primeros años de la vida podemos romperla con facilidad, a medida que se van osificando nuestros deseos y nuestras posibilidades se va endureciendo esa malla que nos envuelve, hasta convertirse en cárcel que nos aprisionará sin remedio hasta la hora de la muerte. Con esa peculiar manera de ser que ha cabido en suerte o en desgracia a cada uno se va configurando el mundo y va tomando sentido y hondura la vida que lo anima todo; mientras unos hombres se sienten llamados a intervenir en las peripecias de la acción política, se sienten otros inclinados al sosiego del estudio o de la contemplación, y mientras unos sueñan con inventos portentosos y aventuras arriesgadas, viven otros entregados con deleite a sus oscuros menesteres sin ambiciones ni desasosiegos.

En medio de ese caos de modos de vivir que nos encontramos un buen día en el mundo y que, querámoslo o no, tira de nosotros con fuerza irresistible, se nos antoja quimérico el orden y hasta llegamos a temer que no haya posibilidad humana de orientarse. Sin embargo, a poco que nos fijemos, veremos en seguida que hay formas de vida muy comunes y que la algarabía de las aspiraciones de cada hombre es mucho más aparente que real; la religión, el arte, la política, la cultura, los quehaceres silenciosos de cada día... son maneras de sentir la vida que abarcan toda la infinita muchedumbre de aspiraciones humanas que nos aturde en todas partes con su estridor. Y el hecho, innegable por otra parte, de que cada cual tenga su modo propio de sentir y conllevar estas formas de vida comunes y ordinarias, no quiere decir nada contra esa ordenación en que hallan sitio apropiado la vocación y el destino de los hombres. Sí, cierto, cada uno se acerca al mundo de una manera que le es propia, pero también es cierto que con un repertorio no muy extenso de formas de vida podemos orientarnos en ese caos de aspiraciones encontradas que se nos ofreció a primera vista en todas partes.

Como ya hemos visto cuál fué el mundo de ensueño y de meditación que prestó amparo a Ramiro Ledesma en sus tiempos de aprendizaje, nos queda por descubrir la realidad con que se encontraba en la calle y en las conversaciones de todos los días, esa realidad que tanto preocupa en los tiempos modernos desde que las masas cobraron fuerza y prestancia en todos los asuntos de la vida nacional: la política. Porque Ramiro Ledesma, que vive en cierto modo alejado de la política en sus años de estudioso apasionado, no tiene más remedio que encontrársela en todas partes, como nos encontramos, bien a nuestro pesar, con tantas y tantas cosas desagradables que quisiéramos eludir. Y en silencio, sin que Ramiro llegara a darse cuenta de ello hasta mucho tiempo después, la política iba obrando en su alma una honda transformación, tan honda, que haría de él nada menos que uno de los creadores más auténticos de la política que ahora se hace o se quiere hacer en toda España. Hay momentos en nuestra vida en que parece que nada que nos pase deja huella en nosotros; hay momentos en que parece que estamos llenos de resonancias y que basta la cosa más trivial en apariencia para que nos estremezcamos hasta en lo más profundo de nuestro ser. Y esto fué lo que ocurrió en los adentros del alma de Ramiro Ledesma el día que se cercioró de que todas las cosas que había fraguado la Ilustración carecían ya de fuego y de vigor para arrebatarse. Por si todo esto fuera poco, en aquellos días estaba España viviendo a la intemperie, como ocurriría luego a nuestra generación, según frase acuñada por Ramiro; la dictadura generosa que fundó el marqués de Estella, sin doctrinas ni hombres que la sustentaran, languidecía como una tarde de otoño y dejaba entrever en su desmayo un porvenir preñado de malos presagios. Y como todo se ofrecía tan hosco y auguraba tormentas desastrosas, no había tiempo que perder; España corría un riesgo que no se había presentado aún en nuestra historia, corría el riesgo de ser despedazada por el separatismo y por la revolución desencadenada. Si era tan poco lisonjero el panorama que se oteaba en las postrimerías de la dictadura del general Primo de

Rivera, no había más remedio que poner en tensión todos los recursos, y el principal era la esperanza. La empresa era de juventud.

¿Qué fué aquella dictadura que en tales condiciones dejaba a España? Cuando la implantó el general Primo de Rivera en 1923 fué acogida con entusiasmo desbordante por el pueblo entero; la experiencia de los últimos años de política parlamentaria era demasiado lacerante para que no se sintiera la alegría de la liberación. En sus primeros momentos no tuvo la dictadura de Primo de Rivera más que un puñado de enemigos, que eran todos políticos profesionales; pero acontecía que este puñado de enemigos de la dictadura eran también enemigos del pueblo, o al menos el pueblo era enemigo irreconciliable de ellos. El entusiasmo de los primeros momentos comenzó bien pronto a ser corroborado por los hechos; en pocos días quedó asegurada la paz de los españoles, que podían vacar a sus quehaceres sin miedo al terrorismo que antes lo infestaba todo ni a la inseguridad de la vida económica, que iba creciendo por tantas huelgas y desórdenes como se planteaban. Lo cierto es que los atentados de toda laya, que hacía poco tiempo se maquinaban sin cesar, dejaron de producirse, y en todo el país se sintió un raro alivio, como si de pronto hubiera llovido sobre todos los españoles una bendición del cielo. Del bienestar de aquellos años no puede quedar la más ligera duda, y a quienes lo gozaron les basta recordarlo para percatarse con tristeza de que desde entonces no han encontrado nada semejante en España ni fuera de España. Y es verdad.

No estaba aquel orden cimentado sobre el terror, que pocos gobernantes ha habido más paternos que don Miguel Primo de Rivera; no estaba tampoco cimentado sobre el miedo, que raras veces se ha sentido el español tan seguro en sus relaciones con el Estado. Lo que había de menos personal en aquel régimen era su nombre; en lo demás, no se veía por ninguna parte aquella opresión de que hablaban los profesionales de la política para desacreditar la que llevaba a cabo con tanto acierto el general Primo de Rivera. En todo se veía su acento de bondad y de comprensión; cuando los estudiantes se manifestaban contra él en las calles, no sólo no empleaba la fuerza, sino que les rogaba, apelando a su hidalguía, que no pasaran por la calle en que tenía su casa, ya que sólo había mujeres en ella.

Pocas veces podrá decirse con más verdad que el Gobierno es algo así como el poder de un padre sobre una gran familia; todo ocurría como si no hubiera otro impulso que la espontaneidad; y las masas recordarán también esta época con cariño; no han vuelto a gozar de tanta seguridad contra las crisis de trabajo que después amenazaron por todas partes, ni han cobrado salarios tan elevados, en relación con el precio que tenían las cosas en la vida de entonces. Salvo las propagandas tendenciosas contra personas, estaba permitido todo; las propagandas doctrinales no encontraban el más leve estorbo, como si aquella dictadura no tuviera ninguna doctrina que sostener. Y aquí está precisamente el escollo que fué causa de su naufragio; porque esta libertad tan incondicionada ponía demasiado claramente al descubierto la indigencia que aquejó siempre a la dictadura generosa que implantó el nobilísimo general Primo de Rivera en 1923.

La vida era fácil para todos los españoles; no había nada que desear y había no poco que temer; pero aquella dictadura lo hacía todo de un modo precario, en todas partes se nos hablaba de que había que volver a la normalidad. El dictador hablaba también en todos sus discursos de este retorno, que «e ofrecía como remate feliz de su gestión política. Y poco a poco fué cundiendo el deseo de volver a aquella normalidad tan pregonada, y comenzó a arder la polémica entre los que querían que esa normalidad llegase apresuradamente y los que no podían ocultar sus temores ante el caos que se les echaba encima con esa normalidad que tanto se buscaba.

Lo único que se proponía el general Primo de Rivera fué librarnos de los viejos políticos que habían llevado a nuestra Patria al borde del abismo, y en cuanto estuviera seguro de haberlo conseguido, abandonaría el Gobierno y dejaría paso... a la normalidad, es decir, al mismo régimen que él había venido a derrocar. Lo peor era que ni siquiera había venido a derrocarlo; lo peor era que no acertó a hablar con otra terminología de la que usaba el régimen caído, y por ei todo esto no fuera bastante, lo peor de todo era que no se había propuesto acabar con el viejo régimen liberal y parlamentario; sólo quería que lo representaran otros hombres.

Esto fué lo que se propuso la dictadura del general Primo de Rivera, aunque los propósitos no tuvieran mucho que ver con los resultados; lo cierto es que, según se había propuesto, no acabó con el régimen parlamentario; pero, en contra de lo que se había propuesto, no desterró a los viejos políticos que habían llevado a España al borde de la ruina. La dictadura ce venía abajo, más que por la fuerza de sus enemigos, que siempre carecieron de fuerza, por falta de propia resistencia. Sin doctrinas que defender, sin nada sólido que afirmar y sin la convicción de que estaba llamada a realizar una tarea tan sustantiva por lo menos como la que estaba llevando antes de-su implantación el viejo régimen liberal y parlamentario, la dictadura tenía que perecer sin remedio en corto plazo. Y si es cierto que esta afirmación puede sonar a paradoja en un primer momento, el error máximo de Primo de Rivera fué no marcharse antes. Podía emprender una obra de envergadura y permanecer al frente del Gobierno para siempre; pero lo que le estaba vedado era decir a cada paso que esperaba con ansia el retorno de la normalidad y permanecer en el poder. Porque hasta sus más fieles colaboradores, persuadidos de que estaban empeñados en una mera empresa de saneamiento, no tenían fuerza ni autoridad bastantes para oponerse al peligro que veían acercarse de manera amenazadora. Por eso, un Gobierno nacido con la aquiescencia plena del pueblo español, y que había logrado elevar hasta lo inesperado el nivel de la vida y la justicia, cayó de una manera brusca; y eso que no tuvo jamás un enemigo temible enfrente.

Y así tenía que suceder en aquellos días y con aquellas creencias.

La dictadura no derrocó el régimen viejo; pero sobre carecer de fuerza para vencer a los políticos profesionales que lo representaron, fué vencida por ellos. Después de todo, no tiene nada de extraño que sucedieran las cosas de este modo tan poco piadoso; la dictadura no supo encontrar un régimen político distinto del que la precedió, y es natural que ese régimen que preparaba, con los mismos principios y las mismas contradicciones que el antiguo, necesariamente había de tener los mismos hombres. Porque lo grave del caso era que como los viejos políticos fueron los que desde el primer momento mantuvieron la oposición contra la dictadura, fueron ellos también los que recogieron el fruto de la victoria. La dictadura murió precisamente en los brazos de los que había venido a desterrar; esta es la tragedia del Gobierno que fundó e inspiró con las más sanas intenciones el general Primo de Rivera, que proporcionó a España pan y justicia y que fué escarnecido despiadadamente por los mismos que antes le aclamaron como salvador de la Patria. Los hombres viejos del viejo régimen,, que habían pasado años y años trabajando en conspiraciones de cuarteles y cenáculos, se aprestaron a recoger el botín y empezó a funcionar de nuevo la antigua farsa. Fué tal la oposición que se levantó en todo el país contra la dictadura, que nadie se atrevía a ensalzar sus virtudes más que cuando se trataba de poner a salvo de la crítica posturas personales; pero ni esto oía en aquellos tiempos; como si hubiera sido algo abominable, se procuraba llevar a otra cosa la conversación. Y cuando la lucha era más enconada y todo el país se preparaba para las elecciones que dieron el triunfo a los republicanos, en los últimos días de aquel histórico mes de marzo, bajo el título de El aniversario de Primo de Rivera, escribía Ramiro Ledesma en La Conquista del Estado:

"He aquí la ocasión primera que tenemos para hablar del General Dictador. No salvó a España. Hay que decirlo. Pero hizo cosas geniales que no pueden ser fácilmente olvidadas. Entre ellas, romper en mil pedazos las organizaciones viejas y empuñar en lo alto la bandera heroica de la nación.

"Aquí donde todo se disolvía en merengues blanduchos y en peripecias ramplonas, entronizó el coraje y el poderío auténticos.

"En aquella farsa liberal del año 1923, podrida de parlamento y de acechos cobardes, introdujo la pirotecnia de eu uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas.

"Nosotros le debemos la posibilidad de nuevos aires en el antiguo zoco nacional. Primo de Rivera violentó las libertades ciudadanas, según proclama a cada paso la patrulla imbécil del morrión. Primo de Rivera dio a los intelectuales de la espita la valoración que merecen: gente impolítica, ensoberbecida y cobarde, que todo lo posponen a su vanidad de circo.

"Ninguna intervención tuvimos en la política de Primo de Rivera. Somos posteriores, llegados hoy mismo a la responsabilidad nacional. Le rendimos, sin embargo, un tributo casi admirativo. A la vista de la bazofia que hoy llega de nuevo. De las frases que vuelven a tener circulación. De los gestos que triunfan. Hay que agradecer a Primo de Rivera su ponerse ahí, espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean. El año próximo, en este mismo día, diremos más cosas de Primo de Rivera. Hombre que merece los recuerdos. Hombre que no resolvió nada, que fracasó en todo, pero que tuvo la magnífica iniciativa de vocear y hacer contra todos los viejos valores que aquí se adoraban como mitos. Y aquí queda Primo de Rivera, imperfecto y magnífico, como dando que hacer a la miopía abogadesca de turno, que sigue las huellas de su espada por el articulado de la vieja Constitución."

Estas son las palabras que nos dejó escritas Ramiro Ledesma el día 21 de marzo de 1931 en el número segundo de La Conquista del Estado.

No es fácil encontrar en los periódicos de aquella época turbulenta nada tan justo ni tan comprensivo. Había únicamente elogios desmesurados, que se decían casi siempre en voz baja, y denuos imperdonables que atronaban calles y plazas y que proferían lo mismo los intelectuales que habían podido vivir en paz que la chusma que ansiaba el botín de la rapiña. Ramiro Ledesma, que se sentía ya muy lejos de lo que fué la dictadura para España, le reconoció todas sus virtudes con la generosidad que pone en todas las cosas el que contempla el pasado como algo irreversible. Por el contrario, en la acritud de los viejos liberales se notaba con demasiada claridad que se sentía demasiado cerca del enemigo; tan cerca que, como le sucedió a la dictadura, carecían ya de firmes creencias y no se proponían más que tomarse el desquite de tantas cosas justas como se habían dicho contra ellos. Pero la República estaba cimentada sobre anchos sectores de opinión, porque, con ser tan pocos los liberales puros, tenían a su lado al marxismo y al separatismo, precisamente los terribles enemigos de España que había venido a aniquilar la política generosa de Primo de Rivera.

En este ambiente de falsedad y de resentimiento se publicó la revista que ha echado los fundamentos de la política que se hace hoy; poco más o menos, durante el tiempo que se publicó nuestro semanario, a pesar de que se proclamó la República, fueron las mismas cosas las que tuvimos siempre ante nosotros y las mismas angustias y esperanzas que nos poseían ya desde que la dictadura del general Primo de Rivera entró en un callejón sin salida. No cambió nada esencial en España con la instauración de la República; tan parecido? eran todos los partidos que en aquella sazón se disputaban el poder. Por eso no le costó trabajo a Ramiro mantenerse al margen de la contienda que se ventilaba, y por eso nos aparece hoy La Conquista del Estado con ese acento de promesa señera, es decir, de avanzada y de soledad.

Ramiro, que ya había perdido la fe en los principios de la Ilustración y se había lanzado a la lucha política con denuo, encontró en este ambiente no sólo confirmación y apoyo de sus nuevas creencias, sino estímulo para no cejar ni un punto frente a la apariencia de gravedad y respeto en que pretendía mostrársenos todo aquello. Y los españoles, que basta entonces habíamos vivido en paz y en sosiego, aprendimos lo que eran cambios bruscos y lo que era esa zozobra que había señoreado a otros pueblos, a Alemania, por ejemplo-¿Qué podía hacerse en aquellas circunstancias tan azarosas? Cuando las evocamos en aquella lejanía que nos separa de ellas, parece que revelan la pérdida del sentido de un pueblo, parece que hablan con sobrada elocuencia de la pérdida del propio instinto de conservación. No nos hacemos a la idea de que hayan ocurrido en España; quisiéramos encontrar cualquier cosa que nos demostrara que fueron obra de la pesadilla, y, sin embargo, fueron causa de lo que acaba de suceder y de la posibilidad, ya descartada para siempre, de que hubiera sucedido en estos años la catástrofe más espantosa de nuestra historia.

Tan semejantes eran las tendencias puestas en juego en? la pugna que se estaba librando en España alrededor de unos viejos partidos, que, no encontrando nada más provechoso, se convirtió en fin supremo la pervivencia de la Monarquía o su abolición. Y el día 11 de abril, precisamente la víspera de las elecciones que dieron el triunfo a la República, escribía Ramiro estas palabras en el número quinto de La Conquista del Estado:

"Asistimos sonrientes a la inútil pugna electoral. Queremos cosas muy distintas a esas que se ventilan en las urnas: farsa de señoritos monárquicos y republicanos. Contra cualquiera de los bandos que triunfe, lucharemos. Hoy nos persigue la Monarquía con detenciones y denuncias. Mañana nos perseguiría igual el imbécil Estado republicano que se prepara.

"Nosotros velaremos por las fidelidades hispánicas. Por que en la inútil pelea no surjan ni especulen los traidores a la Patria. La organización de La Conquista del Estado prosigue y proseguirá su lucha en pro de un Estado hispánico de novedad radical. Nuestros fines son fines imperiales y de justicia social." Quien recuerde lo que eran aquellos días tumultuosos que precedieron a las elecciones del 12 de abril, tendrá que reconocer que no andaba España muy sobrada de juicios tan ponderados; y lo curioso es que quien hablaba tan libre de la pasión que ardía en aquellas horas en todos los corazones era un muchacho casi adolescente, que tenía a su cargo la dirección del partido más apasionado y más combativo de España. Lo que ocurría es que su pasión seguía otros derroteros.

Son los mismos derroteros que ha seguido más tarde nuestra historia.

La instauración de la República, que no cambió nada de lo que venía ocurriendo o pensándose en nuestro país, fué, sin embargo, como la señal de que todos los caminos estaban abiertos a la decisión y a la audacia; con razón se pensaba en aquellos días que la revolución estaba en marcha. España había quedado a la intemperie; no se presentaba más que un dilema: o dejarse abatir por la fuerza de los sucesos o poner todo nuestro vigor en la tarea de salvarnos con la Patria. La República había roto las amarras del pasado, y sin ningún poder que estuviera más allá del capricho de los hombres, no había otro camino que el de la revolución. ¿Quién la haría? Esta era la pregunta que por entonces inquietaba a todo el mundo; porque los tiempos eran de luchas y de credos que se defendían con ardor y con las armas cuando la ocasión lo requiera. De ahí el entusiasmo de Ramiro; si lo único que buscaba era la lucha en la calle, ¿cómo no iba a entusiasmarse con una situación que, a pesar de lo que aparentaba, estaba ahí para dejar paso a la revolución? No era posible retroceder; la revolución estaba en marcha, ¿quién la llevaría a cabo? La fe de cada partido hacía que la lucha fuera más enconada, y la fe de Ramiro Ledesma le inspiró estas palabras, que nos dejó escritas en el número séptimo de La Conquista del Estado, correspondiente al día 25 de abril:

"La instauración de la República ha subvertido todas las circunstancias que imperaban en el ambiente político español. Subversión feliz; pues es ahora, a la vista de la ruta blanquísima que se abre ante nosotros, como se ve claro el número y el calibre de los propósitos que eran imposibles con la Monarquía. Han variado, pues, las circunstancias, el contorno que nos rodeaba. Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida; nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un mero cambio de forma de gobierno. Nos satisface, sí, la llegada de la República, e incluso la defenderemos contra los enemigos que surjan. Pero no podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfadores.

"Defendemos un ideal hispanista, de sentido imperial, que choca con la podrida pacifistería burguesa que hoy se encarama. Sabemos, y así lo decimos al pueblo, que la República, como finalidad exclusiva, es un concepto infecundo. Tuvo hace un siglo carácter de lucha de clases, pues su triunfo equivalía al desahucio de los privilegios feudales; pero hoy sólo es cauce hacia victorias de tipo nacional y social. Por eso nosotros no nos identificamos ni conformamos con la primera victoria que supone la República, y queremos un Estado republicano de exaltación hispánica y de estructura económica sindicalista."

Luego vinieron los fracasos de aquella política, las inepticias, ante la miseria nacional, que cobraba proporciones desusadas; la indiferencia de los sedicentes representantes del pueblo, que no se cuidaban más que de asegurar puestos y ganancias; y en medio de todo aquello, cuando arreciaban las huelgas y se promovían por todas partes motines y algaradas que era preciso acallar con el empleo de la fuerza pública, los llamados representantes del pueblo se entregaban a la tarea bizantina de discutir escrupulosamente leyes que no servían más que para consagrar el triunfo de cualquier postura doctrinal de las que estuvieron en vigor en el siglo pasado. Y, como no podía por menos de suceder, comenzó el desánimo a ganar el

corazón de las masas; poco a poco se fueron aflojando las mesnadas que ofrecían su apoyo al gobierno y aumentaron los recursos de los partidos extremos, que esperaban poco de la? leyes vigentes y ponían todas sus esperanzas en una acción revolucionaria que se les ofrecía sin contenidos ni contornos. La Confederación Nacional del Trabajo fué la más favorecida, por su radical apartamiento de todo lo que fuera labor de gobierno y de orden; el partido comunista creció también, sobre todo por las aportaciones de los que llegaban desilusionados de la política que se hacía por los representantes del marxismo que estaban a la sazón en el poder. Y con estas y otras cosas, con desengaños y represiones brutales, con amenazas constantes de hacer la revolución y con la pavorosa política de disgregación nacional que se estaba haciendo, quedó el campo libre para que lo tomaran los partidos que acaudillaba el señor Gil Robles. En estos momentos de incertidumbre y de malos augurios comenzaron a publicar nuestra revista JONS, órgano teórico y político de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.

Como no es posible encontrar ningún juicio tan profundo sobre la misión que incumbía a la organización del señor Gil Robles, copio aquí en su casi totalidad el que nos dejó Ramiro en el número primero de JONS, que apareció en el mes de mayo de 1933, es decir, antes de las famosas elecciones que derrotaron al marxismo. Téngase en cuenta que cuando se publicó este juicio de Ramiro estaba en el poder la coalición republicano-socialista presidida por Azaña, y que hasta las elecciones de noviembre quedaba aún mucho por hacer; Acción Popular no era más que un partido de la oposición, y nadie hubiera esperado un triunfo tan grande como el que consiguió meses más tarde. No hay que olvidar que los primeros sorprendidos fueron los hombres que estaban al frente de la organización. Pues bien: en el mes de mayo de 1933 escribía Ramiro Ledesma en el número primero de JONS:

"Acción Popular nació en las jornadas subsiguientes a la República. Como un primer refugio defensivo, como una concesión inmediata al plano de la política entonces surgida, como un título que autorizase la pugna en los recintos de la nueva legalidad. Mientras Acción Popular fué eso, no fué, naturalmente, un partido, sino una masa informe de gentes, con un número exiguo de coincidencias. Pero con una significación rotunda y destacada: era una agrupación electoral que se sometía, a priori, a las normas aún desconocidas del nuevo régimen, que se disponía a regatear las concesiones que en nombre de lo antiguo era posible o conveniente facilitar de grado a lo nuevo. (Así, la primera lección recibida fué la de que las revoluciones no necesitan que se les conceda de grado nada; lo toman por sí, con la coacción o violencia que emana de su propio carácter.)

"No era, pues, difícil predecir el relativo fracaso de la nueva entidad conservadora. Así y todo, en aquellos meses turbios, durante los cuales todo lo antinacional, infecundo y destructor hallaba cobijo en las esferas oficiales; desde la hora misma en que la revolución de abril adoptó el perfil marxista, ello aconteció a los dos o tres meses, estaba descartada la ineficacia de los métodos que adoptaba Acción Popular, del espíritu con que se presentaba a la lucha, de la pobreza o candor ideológico con que se equipaba para medir sus armas con las que esgrimían los partidos de abril.

"Hay, pues, dos etapas clarísimas en la ruta de Acción Popular. Una comprende su primer período, aquél en que no aparecía como partido; esto es, como organización que se distingue por una táctica, unas afirmaciones ofensivas—un programa peculiarmente suyo—y una disciplina, sino más bien como un terreno neutral donde gentes diversas podían encontrar "transitorio" acomodo político. En esta primera etapa fueron ya muchos los reparos que brotaban frente a ella.

"Acción Popular es hoy un partido que puede ocasionar a nuestro movimiento jonsista el perjuicio de arrebatarse de sus filas un sector de juventudes católicas, a las que una interpretación tendenciosa y una educación política falsa pueden situar a extramuros de la causa nacional española, para convertirlas en adalides de una ruta desviada, como la que puede ensayarse en Bélgica o en Sumatra, pero indefendible, perturbadora y enemiga en la España nuestra.

"Acción Popular, dirigida por Gil Robles y siguiendo las orientaciones teóricas superiores de don Ángel Herrera, tendrá derecho a que se le unan los sectores pacíficos, escépticos de "lo español" y que tengan poca gana de vencer "dificultades difíciles".

Estas cosas decía Ramiro Ledesma en el mes de mayo de 1933, mucho antes del triunfo de noviembre y mucho antes aun del fracaso histórico de 1936. Por descontado daba ya Ramiro en los comienzos el fracaso de Acción Popular, aunque no fuera capaz de determinar en qué momento ni de qué manera iba a producirse. Pero la verdad es que este juicio que acabo de transcribir no andará muy lejos del que emitirá la Historia un día, cuando se hayan apaciguado los rencores y pueda hablarse de todo de una manera serena y desapasionada; no hay que olvidar que los partidos que tienen la suerte de triunfar encuentran amigos y aduladores por todas partes, como encuentran enemigos y detractores los que han tenido la desdicha de ser desplazados. Y esta es la condición humana, a pesar de que también sentimos por el vencido una simpatía irresistible.

Todo el amasijo de partidos que en aquellos años inquietos se preparaban para ocupar el poder o gobernaban a pesar de las oposiciones parlamentarias, que pretendían hacerles la vida imposible, van pasando por la crítica de Ramiro, que se iba ocupando de ellos en los números de JONS. Y en estos días, cuando podemos mirar sin miedo y sin pasión todas las cosas que ocurrían en aquellos tiempos de prueba, reconocemos que los juicios de Ramiro, a pesar de estar cargados de pasión, conservan un valor inestimable para el que quiera comprender lo que pasaba entonces o lo que hubiera podido pasar, de no hallarnos asistidos de la mano de Dios. Lo que Ramiro nos va diciendo con el ardor de la polémica y en medio de una España que se desangraba por momentos en sus regiones y en todas sus clases sociales, por el rencor insaciable que habían encendido en las masas tantas propagandas demagógicas y por la incomprensión de las clases medias que acaudillaba el señor Gil Robles, nos llega hoy tal vez como lo único que todavía queda de lo que entonces se decía o quería decirse. A poco que nos fijemos, encontraremos en seguida que todas las propagandas, despojadas de la hojarasca en que se nos envolvían, eran muy parecidas y hasta pedían las mismas cosas; en algunas de esas propagandas se nos hablaba de regímenes muy distintos al que imperaba; pero, al través de esa distinción formal, se perseguían los mismos fines, que eran todos un poco demagógicos, aunque a veces no se propusieran ir tan lejos los jefes de los partidos ni estuvieron dispuestos a hacer siquiera las concesiones más indispensables a las necesidades auténticas que en aquellos tiempos se sentían. Este fué el caso de Acción Popular mientras duró su desdichadísima gestión desde el gobierno. Y ésta fué una de las causas principales que explican el triunfo del Frente Popular en las históricas elecciones de febrero de 1936.

Como ya están demasiado lejos de nosotros los episodios que perturbaron la calma de la vida española en los días del bienio azañista, no traigo aquí los textos en que Ramiro los enjuiciaba; ya apenas recordamos tales hechos, y lo que entonces tuvo importancia capital, como la extraña crisis del verano de 1933, en que no se resolvió nada y en que estuvo a punto de venir íntegro el poder a manos del marxismo tibio que representaba Indalecio Prieto. Para dicha nuestra, todos aquellos episodios se desvanecieron como nubes de verano y, por distintas vicisitudes que no son del caso, quedaron al fin los socialistas fuera del gobierno, que se constituyó sin más finalidad que preparar las elecciones, presidir la lucha electoral con imparcialidad y entregar el poder al vencedor, como se hizo a su tiempo. Pero, como era de presumir, las fuerzas que se habían abstenido de votar preparaban un levantamiento, que, en efecto, estalló precisamente dentro del período electoral y fué sofocado sin dificultad por el gobierno de transición que se había formado con el único fin de hacer las elecciones.

En el mes de noviembre de 1933 publicó Ramiro Ledesma este juicio sobre el triunfo que acababa de conseguir el bloque acaudillado por el señor Gil Robles: "España ha dado en las elecciones un triunfo clamoroso a las derechas. A la ficción del sistema ha correspondido un triunfo igualmente ficticio-puesto que, según parece, no va a significar la toma del poder por las derechas. Hemos presenciado una cosa insólita, y es el temor, la actitud temblorosa y cobarde que esos elementos adoptaron ante la victoria electoral. Piden perdón al enemigo por haber triunfado, y le ruegan por todos los medios que no se irrite ni moleste. Cosa semejante es, sin

duda, única en la historia política; pero, desde luego, lógica e inevitable, si se tiene en cuenta el norte, la orientación y la táctica erróneas que han seguido hasta aquí los grupos triunfadores.

"La incapacidad para obtener de los acontecimientos la consecuencia política más clara, es decir, la toma así del poder, sobre todo si no se olvida que España vive hoy todavía una densa atmósfera revolucionaria, no radica en la cobardía o debilidad de estos o de los otros dirigentes. No puede señalársele a Gil Robles como un tremendo error el no haber forzado las consecuencias políticas de la victoria. Pero sí a toda su actuación anterior, todo el orden político que guiaba sus propagandas; todo su empeño en polarizar la lucha en torno a cauces pobrísimos, anticuados y destefidos, sin calor nacional ni afán decidido por la victoria española.

"Gil Robles ha dirigido y organizado una reacción que carece de novedad, de eficacia y de brío. Ha puesto en pie todo el viejo sistema ideológico y utilizado toda la vieja comparsa de caciques. No quedarán sin castigo sus errores, recibiéndolo, en primer lugar, de los hechos mismos, que le obligan a una actitud falsa, débil y bien poco decorosa para un jefe político de su edad, y en segundo, de toda la España joven que renace, que le señalará con el dedo como a un culpable de que la batalla contra el marxismo y demás fuerzas antinacionales se haya efectuado en un plano infecundo, sin consecuencias grandiosas para la Patria, sin llamamientos fervorosos a su unidad, sin una reconstrucción fulminante y segura.

"Así la jornada electoral resultó entregada a la buena fe del sistema imperante. Las derechas fueron a las urnas como si se tratase de derrotar a un gobierno cualquiera, sin acordarse de las circunstancias revolucionarias y de la licitud de ciertas ofensivas. Pero claro que aparecen de nuevo aquí las limitaciones que antes hemos señalado: ¿sobre qué hombros ideológicos y sobre qué temple humano y personal iban las derechas a apoyar y fijar en realidad durísima del poder? Están realmente incapacitadas, y en eso, en tener que reconocerse inermes e incapaces a la hora del triunfo electoral, radica su responsabilidad mayor. Han impedido y bloqueado quizá que otros dirigiesen en España la pelea por medios más fértiles y movilizasen a los españoles tras de empeños más duros.

Todavía anda por la calle el marxismo suelto, y ni un solo día 83 han desalojado de las plazas sus Voces traidoras. En ciudades donde las derechas han tenido mayorías electorales aplastantes, la vida pública ha estado y está en manos de los coros marxistas. La enunciación sólo de este hecho es la descalificación más rotunda de lo que es y supone el derechismo."

Y estas cosas las escribía Ramiro Ledesma en el número sexto de nuestra revista JONS, correspondiente al mes de noviembre de 1933, es decir, pocos días después del triunfo electoral del señor Gil Robles. ¿Qué otra cosa podríamos decir hoy, al cabo de siete años y con la espantosa experiencia de su fracaso y de la guerra que acabamos de liquidar?

Luego, las cosas que decía Ramiro de la situación política que trajo consigo el triunfo de Acción Popular no deben repetirse, el peligro en que veía a España y el rapidísimo crecimiento de las fuerzas revolucionarias, unas veces por la falta de energía de aquellos gobiernos y otras veces porque las fuerzas encaramadas en el poder se negaban tenazmente a reconocer la verdadera situación política y social de España, este peligro hacía que se exasperara la pasión polémica de Ramiro y buscara formas de expresión apropiadas a tanta inepticia y a tantos riesgos. La nueva manera de hacer política que entonces se puso en vigor era propicia a las actitudes equívocas y las medias tintas, sin que nadie se atreviera a intentar por lo menos la solución de cualquiera de los muchos problemas que ardían en la conciencia nacional. Aunque tampoco quiere esto decir que se acometiera la empresa de hacer nada contra lo que habían impuesto los revolucionarios en la copiosísima tarea que llevaron a cabo durante el bienio que permanecieron en el poder.

De manera que, de una parte, las huestes del señor Gil Robles no fueron capaces de poner en vigor una serie de leyes que despertaran un poco de entusiasmo; pero, de otra parte, tampoco fueron capaces de aniquilar lo que habían puesto en pie los marxistas como primer puntal de su obra revolucionaria. Parecía que todo estaba imbuido de un fatalismo ineluctable y que lo más que podía hacerse en aquel ambiente deletéreo era dejar que pasara el tiempo; la

indolencia había triunfado como régimen político, y había triunfado nada menos que en medio de un volcán.

El hecho en que mejor se nos pone esto de manifiesto es la criminal revolución que llevaron a cabo los marxistas unidos a los separatistas el día en que entraron a formar parte del gobierno, de una manera bien tibia, los amigos y los consortes del señor Gil Robles. No anduvieron remisos los revolucionarios al hacer concesiones; bastaba que un sector cualquiera se hallase dispuesto a levantarse contra el gobierno recién constituido, para que se recogieran íntegras todas sus aspiraciones como parte del programa de la revolución que estaba en marcha. Y tomaron parte, no solamente las fuerzas más extremistas del marxismo y el anarquismo, sino los separatistas de toda laya y hasta los burgueses que estaban afiliados a partidos meramente republicanos; de una u otra manera, todos los que no formaban parte del gobierno, unos con su acción y otros con su simpatía y su oposición a que entraran a gobernar sus fuerzas de la C. E. D. A., como si esto no fuera lícito en buena lid parlamentaria. Lo que ocurre es que en estas y otras cosas se ponía bien de manifiesto que no estaba nadie dispuesto a acatar el régimen liberal, que casi todos estaban dispuestos a defender con sinceraciones y discursos tópicos; ¿quién creía ya en el poder del sufragio como fundamento de una acción política? ¿Quién estaba dispuesto a renunciar a sus convicciones por el hecho de que no le fuera propicia la opinión pública? Seguramente no había más que un partido: Acción Popular; los otros acudían al sufragio, mientras se preparaban sin tregua ni descanso para hacer la revolución. Pues bien: la revolución estaba en la calle, la habían hecho todos los partidos republicanos, y precisamente la habían hecho contra Acción Popular, que no propugnaba nada en contra ni del régimen parlamentario ni de la forma de gobierno establecida. Por eso hicieron la revolución contra Acción Popular, porque era el único partido que entonces representaba la tradición leguleya y temblorosa del siglo pasado.

Lo que hizo de su victoria está bien a la vista: sobre no sacar el más mínimo provecho para España, dejó sin castigar los delitos más abominables que cabe cometer contra la Patria, como los que consumaron militares que se levantaron vestidos de uniforme a defender al separatismo catalán, y como los que consumaron los jefes marxistas organizando una revolución que hubiera podido dar al traste con' todo lo que había sido nuestra España. Y además de dejar impunes estos delitos monstruosos, tuvo la desdicha Acción Popular de hacer que despertara esa fácil sensiblería de las gentes y se levantara un clamor muy profundo de indignación y de asco; porque los jefes de la sublevación no fueron castigados, pero había en las cárceles miles y miles de obreros anónimos que hubieran hecho en la calle menos daño a la continuidad del régimen. No era posible que aquello durase mucho tiempo; la tensión era tal, que parecía que de un momento a otro iba a desmoronarse todo con estrépito. Y este hecho estrepitoso se produjo en la primera ocasión que se les presentó a las fuerzas revolucionarias, que fué el memorable día 16 de febrero de 1936. El Frente Popular había triunfado; la revolución estaba en la calle y en el poder.

No andaría en lo cierto quien creyera que en el régimen que nos proporcionó el triunfo del señor Gil Robles se podía preparar algo serio para el futuro de nuestra Patria; a poco que se recuerde lo que fué aquello, saltará a la vista la imposibilidad de hacer nada duradero y eficaz. No se pudo levantar la censura, no se gozó nunca más que de ese orden transitorio que mantiene la fuerza de las armas; se estaba siempre como en vísperas de graves acontecimientos y nadie hubiera sido capaz de prever el porvenir en lo que va de un mes a otro.

Toda esta flagrante provisionalidad no permitía más que prepararse para lo inevitable, y esto es lo que hacían todos los partidos, todos menos Acción Popular, que utilizaba medios de propaganda tan grotescos como aquel retrato de su jefe que tuvieron que quitar los bomberos de la Puerta del Sol al día siguiente de la derrota.

Pero no era esto solo, con no ser ya poca cosa. Acción Popular había creado una atmósfera propicia a la confianza de las clases adineradas y, lo que aun es más grave, de la inmensa mayoría de la clase media; no quiere decir nada contra esta confianza el hecho de que fuera ilusoria, porque de las realidades ilusorias se vive con frecuencia y más plenamente que de las realidades tangibles de la vida diaria. Lo malo de este modo de vivir es cuando se

rompe la ilusión, porque suele acontecer demasiado tarde esta ruptura, y de manera tal, que no permite atajar el mal que se nos viene encima. Y esto fué precisamente lo que sucedió en España el día en que comenzaron a llegar aquellas cifras aterradoras de votos en favor de la revolución que se había hecho en 1934 y en favor de la que se preparaba de una manera inminente. Y a quien parezca extraño que un ambiente como el que nos proporcionó Acción Popular hubiera podido infundir confianza en el alma española, puedo rogarle que repase la historia universal de nuestro tiempo y piense si no ha ocurrido en todos los pueblos este fenómeno; el hecho de que se nos den soluciones poco inteligentes no dice nada contra nuestra firme decisión de entregarnos a ellas en cuerpo y alma. Lo que se acepta en la mayoría de los casos por la masa no es lo mejor, es lo que más falta le hace; en todos los pueblos hay momentos en que se puede encumbrar la solución política más desacertada y otros tiempos en que no puede prosperar ni siquiera la fórmula más lograda, aunque, por añadidura, vaya en manos de los hombres más capaces y honorables. Lo que lleva a aceptar cualquier cosa es unas veces la fe y otras veces la desesperación, que con frecuencia llegan estos sentimientos tan inconciliables a los mismos resultados. Sin abandonar la historia novísima de España pueden encontrarse estas dos maneras de entrega colectiva a cualquier cosa en 1931, poco antes de instaurarse la República; estaba la masa pronta a aceptar cualquier solución que se le brindase, tenía fe en todo y por eso podía sentir interés por cualquier cosa, aunque la desconocí se casi enteramente. Lo que ocurrió en los días de Acción Popular fué casi lo contrario: de una parte, no había ya ni siquiera una brizna de fe en las masas; pero, de otra parte, estaban más propicias que nunca a entregarse por completo a lo que 83 les ofreciera, sin reparos ni muchos escrúpulos. ¿Qué motivaba esta entrega tan incondicional a un régimen que no despertaba ningún entusiasmo y en unos momentos en que había desaparecido la fe? Era la desesperación; nadie esperaba nada de ningún partido político, pero había motivos más que fundados para temer muchos males, y males gravísimos. Este estado receloso de alma fué causa del triunfo de Acción Popular y fué también causa de que permaneciera en el poder durante aquellos dos penosos años que muy bien hubieran podido ser el prólogo de la historia de nuestra ruma nacional y humana. La fe de las masas hizo posible el triunfo de la República; la desesperación mantuvo a Gil Robles en el primer plano de nuestra política; pero ni en un caso ni en otro pidieron soluciones inteligentes que cimentaran una política duradera y profundamente ajustada a las demandas de nuestro tiempo. Y todavía hay otro estado colectivo de ánimo posible: es el estado anímico de cansancio; entonces tampoco se pregunta si las soluciones son inteligentes o no, se repudian sin tomarse el trabajo de conocerlas, porque todo lo nuevo molesta más de lo que puede tolerarse con paciencia.

No era posible hacer mucho en aquel ambiente; con censura, con frecuentes estados de alarma y con la amenaza siempre en todas partes de la revolución, no había espacio ni ocasiones más que para aguardar impacientes los acontecimientos que quisieran producirse. Parece desde ahora que aquellas gentes, como el pájaro hipnotizado por la serpiente, estaban adormecidas, sin la mínima sensibilidad necesaria para asustarse por el abismo que podía tragárselas de un momento a otro. En fuerza de temer a las calamidades de una revolución, no había medio de precaverse contra ella. Pero aquel régimen? procuraba sosiego y bienestar, no importa que fueran el bienestar y el sosiego de la agonía; lo cierto es que no se encontraba por ninguna parte la decisión que hacía falta ni las clases acomodadas prestaban la ayuda que les hubiera acarreado tantos sinsabores, menos de los que trajo consigo aquella ayuda tan generosa para propagandas electorales y honorarios cuantiosos a los que se tomaban la más ligera molestia.

Ni que decir tiene que Ramiro no podía hacer nada en aquel ambiente soñoliento; las cosas que él predicaba no eran las que se conseguían con un mero triunfo electoral ni con unos cuantos discursos bien pergeñados en despachos suntuosos. Ramiro pedía en todas partes la revolución en las calles y en los campos; los cimientos que procura un régimen político, la decisión de cualquier mayoría, se le antojaban harto febles para que pudieran sostener el edificio entero de la Patria, que Ramiro quería asentar sobre bases más hondas de destino y de esperanza. Buscaba sin cesar al pueblo y a España en carne viva, libres de arrequives y paramentos, como eran entonces y como hubieran querido ser en todo tiempo. Frente a aquella espera suicida y llena de fatiga, soñaba con un gran levantamiento en que

tomaran parte militares y paisanos, sacerdotes y seglares, campesinos y funcionarios, obreros e intelectuales. No había nada que hacer en el marco de la política, ni siquiera en el de la oposición; había que ir a la calle, cargada entonces de rencores y ansias de desquite; había que hablar al pueblo ansioso de justicia y de pan, pero olvidado de la patria, y había que hablarle de estas tres cosas, que ya desde el primer momento de la actuación política de Ramiro había prometido sin rodeos ni pretensiones de haber hecho más de lo que pedía la más elemental demanda del sentido humano de la vida, que había conquistado en lucha abierta con las dificultades económicas que encontró en su propio hogar y que más tarde le preocuparían sobre todas las cosas. Como aquel ambiente no permitía emprender nada hondo, y como Ramiro Ledesma no estaba dispuesto a entregarse a ninguna de las soluciones blanduzcas que se nos ofrecían por los partidos gobernantes, se dedicó a preparar su espléndido Discurso a las juventudes de España y el último de sus libros, ¿Fascismo en España?, que apenas acababa de aparecer cuando sobrevino la catástrofe que nos ha costado tanta sangre y tantos riesgos de perder la independencia nacional y de perder la dignidad humana en un caos de impulsos primarios y en un torbellino de satánico rencor de fieras.

LA LUCHA CONTRA EL COMUNISMO

No es frecuente encontrar expuestas de una manera clara y concisa las razones que mueven a los partidos políticos en su lucha contra el comunismo, sobre todo si tuvieron que vivir a la intemperie. Como si despertara de un sueño tormentoso, se ha encontrado el hombre de nuestros días con un repertorio considerable de sentimientos que, sobre abroquelarle contra las asechanzas teóricas y sentimentales del marxismo, le han forzado a ver en esta tendencia política el enemigo más temible y más odioso de los que nos ha deparado nuestro tiempo, con ser tantos y tan temibles. Como les ocurrió a los fascistas italianos de los tiempos heroicos, según propia confesión de Mussolini, los partidos de casi toda Europa se han encontrado de pronto con que tenían que hacer frente a un adversario poderosísimo sin otra ciencia que la ciencia infusa de saber morir.

Luego han tenido que comprender por qué se vieron forzados a luchar de esa manera y en esas condiciones tan poco favorables; porque en los primeros momentos no hubo tiempo que perder ni siquiera en hacerse cargo de las razones de una lucha que pedía nada menos que el riesgo y la entrega de la vida. Y precisamente fué esta decisión la que salvó a Europa y tal vez al mundo de la catástrofe más espantosa que recuerda la memoria de los hombres; fué esta decisión la que salvó de la catástrofe, y al propio tiempo fué esta decisión la prueba más contundente de que Europa y el mundo eran dignos de salvaras. El comunismo, que hasta hace unos años se ofrecía como una mística y como una manera de recoger a las masas para establecer en todas partes la justicia social, yace hoy sin fuerza y sin patetismo en el fondo de la Historia, como una de tantas amenazas que han pasado al recuerdo gracias a su impotencia. Ni las masas de los pueblos más atrasados pueden ya creer en los dogmas que hasta hace veinte o treinta años tuvieron seducción bastante a atraerlas; no hay que hablar de las masas humanas diseminadas en pueblos con Prensa diaria y con una información verídica de las cosas que están ocurriendo en el mundo entero. Es innegable que el comunismo, al m.nos en lo que tuvo de hecho político y social, ha fenecido; después de todo, no ha ocurrido en esto más que lo que está ocurriendo de ordinario con todos los regímenes, que son a modo de plantas, que nacen, viven durante un tiempo más o menos largo y perecen de vejez. Y esto no es más que una consecuencia de esa tan pregonada teoría del progreso, que los marxistas suscribieron todos, aunque les costara trabajo reconocer que su propia teoría, como las demás, había de fenecer para dejar paso a otras más ajustadas a las necesidades de los tiempos.

El hombre de nuestros días, que ha tenido que enfrentarse con el comunismo sin disponer siquiera del tiempo necesario para aclararse lo que le arrastraba a la lucha, presentía algo que luego ha visto confirmado con todo rigor: por lo pronto, las expresiones teóricas del comunismo, a pesar de que hablan del progreso a cada paso, son anacrónicas. Se fraguaron en el siglo pasado y sobre la experiencia industrial de un mundo que hoy se nos antoja, desde nuestro auténtico progreso industrial, un mundo casi prehistórico. Esto ha sido lo primero que hizo al hombre moderno sentir asco hacia un régimen que se había meditado con pretensiones de validez universal y que, en verdad, era un engendro caduco y sin vida anímica posible.

Luego fueron llegando otras cosas mucho peores, las que han lanzado a la lucha a unos hombres que sólo sabían morir y que lo preferían sin vacilaciones antes que vivir en una sociedad como la que les presagiaban las doctrinas comunistas y los resultados que habían acarreado en la economía de las naciones y en los sentimientos de los pueblos.

Desde los primeros momentos declara Ramiro Ledesma la guerra al comunismo, no sólo por las soluciones que nos trae en lo económico; por el contrario, en sus primeros momentos de actuación política, Ramiro no tiene inconveniente en decirnos que acepta las consecuencias que extrae esta doctrina de la realidad liberal que entonces imperaba en casi todos los pueblos del mundo. En el número tercero de La Conquista del Estado, correspondiente al día 28 de marzo, escribía estas palabras:

"Teníamos que ser nosotros, surgidos de lo más hondo del coraje hispánico, fieles a nuestra época, con un programa postliberal en cada mano, quienes con mejor eficacia combatiésemos la sociedad y el Estado comunista. Odiamos el espíritu liberal burgués,

trasnochado y mediocre; pero nuestro enemigo fundamental, aquel cuyo mero estar ahí significa siluetaarse el combate con nosotros, es el comunismo.

"Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional que el comunismo no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto. El comunista es un ser simple, casi elemental, que acepta sin control unas verdades económicas no elaboradas por él, y da a ellas su vida íntegra. El fraude que realiza de ese modo trasciende de su orbe individual para convertirse, si triunfa ese sistema, en el fraude total de un pueblo que deserta de sus destinos y juega al peligro del caos.

"No puede esto tolerarse. Nosotros aceptamos el problema económico que planteó el marxismo. Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo ti ne razón. Pero el marxismo pierde todos sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes y le señala un tope minúsculo, que detiene sus impulsos. Los partidos socialistas de todo el mundo resuelven esas limitaciones recayendo en el viejo liberalismo que ellos vinieron precisamente a destruir y superar. Tienen lugar hoy en la Historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta. Nosotros andamos en la tarea de resucitar en España un tipo así de actuación pública. A los gritos huecos y a las majaderías solapadas de la mediocridad liberaloide preferimos el sacrificio heroico del comunista, que, por lo menos, se encara con el presente y trata de realizar BU vida del mejor modo que puede."

Si pensamos en que estas palabras que escribía Ramiro Ledesma son, poco más o menos, las que andaban de boca en boca y de periódico en periódico durante aquellos años azarosos, tendremos que ver en ellas la expresión de un anhelo que poseían por igual todos los corazones; y si luego recordamos que los partidos llamados fascistas de un modo general se nutrieron sobre todo de las filas comunistas que habían perdido la fe en sus credos, nos parecerá indudable que la lucha contra el comunismo, más que por decisión de los hombre?, se empezó a desarrollar por decisión irrevocable de la Historia. Y si nos maravilla el que se haya mantenido durante tanto tiempo en pie este cadáver, nótese que todo es explicable por los defensores que ha escogido.

La propaganda comunista, más que al hombre, se dirige a la masa, que procura utilizar a la manera de una máquina o de un instrumento cualquiera; las consignas son simples hasta lo zoológico, y las razones que se alegan son más simples toda-vía. Para que se vea hasta qué punto la propaganda comunista es vacua y tópica, basta saber que el marxismo, que le sirve de cimiento teórico, pretende a su vez estar basado en razones profundamente científicas. Pues bien: las propagandas son tales, que están al nivel de cualquier analfabeto; cualquiera de las cosas que son capaces de decir los comunistas podría decirlas cualquiera de los hombres que integran esa masa amorfa a que se dirigen en todo momento. En los primeros tiempos, cuando el patetismo de la injusticia social no había encontrado aún formas de expresión, como ocurre en todo descubrimiento que acaba de hacerse, tuvo el comunismo, que era cosa bien distinta de lo que llegó a ser más tarde, un puñado de intelectuales que lo expusieron como un ensueño remoto más que como una realidad política que pudiera conseguirse algún día. Pero aconteció que el curso de los años y la experiencia intensísima que ha tenido que soportar el mundo en estos últimos decenios que acaban de transcurrir han permitido discernir con todo rigor lo que hay en la justicia social di ensueño romántico y lo que hay de posibilidad auténtica y humana. No es raro, por ejemplo, oír propagandas en donde se dicen las mismas cosas que se decían con sentido en la época en que el capitalismo estaba en pleno auge y la industria y el mercado tenían ante sí un mundo y un futuro cargado de promesas. Todo esto es grave, sin duda, pero hay mucho más, y es la manera de entender la vida, y es la manera de considerar al hombre. Y es, sobre todo, la falta de sentido nacional.

Ramiro, que venía de las capas más oscuras de la sociedad española y que estaba dotado como pocos de sensibilidad para percibir la tremenda injusticia social de su tiempo y de su pueblo, no podía regatearle al comunismo la intención de remediarla, pero tampoco podía concederle el haber logrado nada práctico, aunque fuera a costa de cosas más valiosas.

Porque la tragedia del comunismo no estribó tanto en las cosas primordiales que desconocía o que sacrificaba como en su propia ineficacia para resolver la llamada cuestión social, que es más bien cuestión humana. Si el comunismo, aun a trueque de sacrificar la dignidad del hombre, hubiera podido llevar a cabo su misión de establecer una justicia social casi paradisiaca, podría servir al menos para los que no sintieran su propia dignidad; sería un régimen de rebaño, pero posible. Lo peor es que ni para eso ha servido. Las masas, ansiosas de ese bienestar que se les prometía sin grande esfuerzo, y que habían de conseguir con sólo dar la vida, se enfervorizaron de tal modo, que no supieron soportar fácilmente el fracaso. Si como condición previa para lograr ese porvenir soñado se pedía a las masas el sacrificio y la vida, y si parece paradójico que se pida tanto para lograr tan poco, hay que darse cuenta de que estos rasgos paradójicos abundan en el comunismo aun más en la práctica que en la teoría. Ramiro los conoció perfectamente, y si no aludía a ellos con frecuencia en sus escritos, era porque éstos tenían sobre todo un carácter polémico, que es el apropiado a un hombre del temple y las dotes de Ramiro. En las horas de luchas no hay tiempo para convencer al enemigo; todo lo que se diga o se intente ha de tener carácter de arenga y ha de encaminarse a infundir arrojo en el corazón de los afines. Y Ramiro hablaba siempre con la autoridad del que quiere que se le obedezca, aun a veces sin entender sus designios; aquellos tiempos no permitieron otra cosa.

"Nos referimos al comunismo que triunfa, que amenaza disolver las grandezas populares, que está ahí bien provisto de mitos y de alientos. La ola comunista dejó de ser una inundación ideológica y romántica para convertirse en un resorte actual, a cuyo tacto se buscan y pretenden victorias sociales y económicas. No hay que desconocer la potencia y el radio de acción del comunismo, que se despliega a todos los aires en caza de atenciones. Destruye la idea nacional, que es el enlace más fértil de que el hombre dispone para equipar grandezas. Destruye la eficacia económica que nuestra civilización persigue y solicita. Destruye los valores eminentes de hombre. Deforma el Estado post-liberal, que hoy se extiende por el mundo y lo convierte en restringido servidor de unos afanes pequeñitos." Esto escribió Ramiro Ledesma el día 11 de abril, cuando hervía por todas partes una mera pasión política que hoy se nos antoja mezquina. Y más abajo dice: "Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí, habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica. Nosotros oponemos a la economía comunista la acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción, se refugia en un capitalismo de estado—véase la actual Rusia—y deriva a las normas industriales corrientes. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico, que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo, inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva -y a la vez palpitación de justicia social, prosperidad económica."

Estas palabras de Ramiro, escritas en horas de pasión política nacional por lo que no era más que un cambio de régimen, pueden suscribirse hoy, a los nueve años de tantas cosas inútiles como sucedieron entonces. Ramiro parecía entregado a una tarea más fuerte que el tiempo, y por eso, al recordar lo que escribía, se nos ocurre preguntar: ¿cuántas cosas de las que entonces se escribieron pueden recordarse hoy con la decisión de suscribirlas? Y con el solo auxilio de esta pregunta nos hallamos en disposición de comprender lo que valieron las ambiciones y las tareas que hicieron entusiasmarse a Ramiro Ledesma en una época que parecía condenada a la esterilidad más bizantina e insoportable.

No hay tiempo que perder, el peligro acecha y crece por momentos; no sabe lo que hemos ganado quien no ha vivido aquellas zozobras que parecían estar en el mismo aire que se respiraba. Lo bueno de Ramiro es que no perdió jamás el dominio de sí; teme muchas cosas, espera también mucho en un porvenir remoto, pero no pierde el aplomo ni se entrega a la seducción del tópico. Frente al comunismo no apela a razones de peso que él conocía demasiado, usa las que emplea el enemigo y va a buscarle en su propio terreno; contra el comunismo carecían de eficacia las normas políticas entonces en vigor, y lo dice sin rebozo,

como decía a cada paso que el sentido social que el comunismo buscaba en vano estaba en la realidad española y europea como asunto y tarea de primer plano.

Por otra parte, era preocupación constante de Ramiro la de atraer a las masas que militaban en partidos extremos, como logró en gran parte, a pesar de las tremendas dificultades de la época y de la espantosa pobreza de medios que tuvo que padecer desde los primeros momentos. No faltan en *La Conquista del Estado* alusiones cordiales a los trabajadores que militaban en la Confederación Nacional del Trabajo, y en todas las ocasiones que se le ofrecieron hizo llamamientos repetidos a los sindicalistas, asegurándoles que en nuestras filas encontrarían comprensión y logro sus aspiraciones. No hay que olvidar que Ramiro vivió desde sus primeros años entre ese pueblo que él amaba como algo suyo y que la ambición más grande que ardía en su alma era la de que ese pueblo acertara un día a vivir con sentido y prestancia de gran nación. Lo nacional y lo social fueron cosas inseparables; el hecho de haber acuñado desde el primer momento como fin de sus tareas el sindicalismo nacional lo corrobora sin dejar lugar a duda alguna.

Si las razones que esgrimían los liberales se le antojaban vacías de contenido a Ramiro por su abstracción y vaguedad, no podía pensar otra cosa de las que traía el comunismo, que eran, si cabe, más vagas y más abstractas. Desde la Revolución francesa venían presentándose a la conciencia europea soluciones que pretendían valer para siempre y para todos los pueblos de la tierra; esas utopías son las que han servido de fundamento a la política que se venía haciendo hasta hace pocos años. Y es natural que el comunismo se sirviera también de ella?, aunque las alterase para que sirvieran mejor a sus fines, a los fines que se había trazado, también valederos para todo» los hombres y para todos los pueblos.

Había, sin embargo, una diferencia harto singular entre la manera que tenía el comunismo de usar las abstracciones de una razón vacía y la manera que sirvió al liberalismo del siglo XVIII para hacer sus solemnes declaraciones de los derechos universales del hombre y del ciudadano: el liberalismo piensa en un hombre vacío que no ha vivido en ninguna parte; pero el comunismo ni siquiera piensa en el hombre, tal vez porque le estorbe en la prosecución de sus fines; donde el régimen liberal ponía un hombre utópico, pone el comunismo—que es marxismo simple o adulterado—una serie de engranajes de producción y de cambio. Las razones abstractas han servido a fines bien distintos en estos dos sistemas: en uno, para ocultar al hombre vivo; en el otro, para levantar la economía sobre todas las cosas.

Y esta manera yerta y sin contenido de aplicar fórmulas a todos los pueblos, cualesquiera que sean sus aficiones y sus creencias, es la que infunde a Ramiro más pasión polémica; hay que tener en cuenta que se trata nada menos que de borrar las peculiaridades de cada pueblo para soportar más tarde un sistema que lo mismo puede aplicarse en España que en la India, puestos que en todas partes son idénticas las leyes económicas que regulan las relaciones de las cosas entre sí y las relaciones del hombre con las cosas, convertido en una de tantas de las que llenan el mundo. Ramiro escribía en *La Conquista del Estado* el día 16 de mayo estas palabras, llenas de ardor polémico: "Nosotros queremos, naturalmente, una revolución hispánica. Hecha por el pueblo español, obedeciendo sus propios imperativos. Sin que se cruce la falsificación comunista. Sin que se enturbie la energía popular con hechicería extranjerizante. El comunismo es hoy bolchevismo, fenómeno específico de Rusia, al que sólo un grupo de descastados y miopes puede encomendarle la solución de nuestro pleito. Bien está aprovechar las experiencias europeas; pero deténgase ante el gesto de un pueblo que se dispone a obtener de sí mismo la originalidad revolucionaria que necesita. La doctrina comunista es de tan particular carácter, que resulta imposible desalojar de los cerebros atacados, al menos por vía suasoria. Es, desde luego, de una comodidad angelical levantarse una buena mañana, leer un par de libros luminosos y encontrarse sin más en posesión de la verdad social y política del universo. Por esto que decimos, el comunismo se nutre de fanáticos, especie peligrosa a que hay que hacer frente con el vigor más enérgico."

Poco a poco nos vamos adentrando en las razones que tenía Ramiro para ver en el comunismo el enemigo más temible y más abominable de los que en aquellas horas estaban a la vista, ¡y no eran pocos! Pero a medida que las vamos conociendo, se nos hace más necesario preguntar por qué era tan temible el comunismo cuando se acababa de proclamar la

República; los hechos contradicen a primera vista lo que para Ramiro era tan indiscutible, que lo daba siempre por supuesto: el peligro comunista. El partido estaba dividido por una disensión que entonces no parecía próxima a zanjarse; en las elecciones se habían presentado solos los comunistas y no habían conseguido más que un diputado, precisamente por sus vacilaciones y coqueteos con los otros partidos afines. ¿Cómo explicarse la importancia que atribuía Ramiro al comunismo?; porque, además, hay que notar que en todas sus polémicas lo tenía presente y era al único partido a que concedía beligerancia, a pesar de que los republicanos y los socialistas contaban con nutridos grupos de representantes parlamentarios. Por lo pronto, Ramiro veía la mayor parte de los partidos como algo anacrónico, como meras supervivencias de afanes que de veras se habían sentido en otro tiempo, pero ya habían dejado de sentirse como fuerzas creadoras. Además, el socialismo, a pesar de sus profesiones de fe, estaba íntimamente unido a la suerte del régimen liberal, que ya entonces se veía como signo de un naufragio; los hechos vinieron luego a confirmar que el liberalismo arrastraba en todas partes al socialismo en su caída. Y todo esto hacía tener en poco los triunfos momentáneos de los partidos que acaparaban por entonces los sufragios de casi todos los españoles. El partido comunista, que contaba con pocos votos y aun tenía menos afiliados, proseguía solitario su camino y estaba firmemente persuadido de lograr algún día el triunfo definitivo; había en sus dogmas la simplicidad necesaria para seducir a las masas, y en sus críticas contra la situación económica no carecía de razón. Esto, que no era poco, hacía temible al partido comunista; pero había aún más. Los otros partidos estaban condenados a irse desmoronando a medida que les fuera faltando el calor popular, cosa que no tardó en suceder, como recordará todo el que haya vivido con algún interés los sucesos políticos de aquella época. El partido comunista, que pedía la entrega más plenaria a su mística y que obligaba a sus afiliados a someterse ciegamente a su disciplina, tenía además el patetismo de la desdicha económica del pueblo y la promesa de conjurarla para siempre. Si a esto se añade que estaba en la oposición, donde todos los partidos resultan idílicos, y que no había en España ningún credo capaz de oponerse al que su dogmática proporcionaba a las masas, se comprenderá sin grande esfuerzo que, en efecto, el comunismo era el más temible de los enemigos que estaban a la vista cuando publicamos La Conquista del Estado en los primeros tiempos de la R pública.

Quizá se piense que también estaba la Confederación Nacional del Trabajo, con muchísimos afiliados y con muchísimas simpatías en todo el pueblo trabajador; también estaba en la oposición y también prometía un paraíso el día que pudiera consolidar su triunfo. Todo esto era innegable; pero, a pesar de todo, la Confederación Nacional del Trabajo nunca fué un peligro para nadie; su fuerte individualismo, su insumisión a cualquier disciplina, su sentido humano, más acendrado que el de los otros partidos... Todo hacía que la C. N. T. no fuera temible. Por otra parte, todas sus actuaciones estaban impregnadas de un carácter español, aun más de lo que se creía, y no hubiera aceptado jamás la imposición de ningún poder extranjero. Lo cierto es que el comunismo, con o sin diputados, con muchos o con pocos afiliados, era el enemigo más temible, el único enemigo temible, y al que había de darse la batalla a fondo. Desde Rusia se daban órdenes que debían obedecer todos los partidos comunistas del mundo; y con la frialdad del que maneja un resorte, se dirigían desde allí huelgas y crímenes. Los partidos liberales sentían extraña debilidad por el comunismo y no hubieran vacilado en caso de lucha entre los comunistas y nosotros, como habían de hacer cinco años más tarde. Después de todo, eran partícipes de doctrinas consorte que habían nacido además al mismo tiempo; justo es que también murieran juntas.

De lo que ha sido la lucha contra el comunismo en todo? los países nos habla el hecho de que la hayan sostenido sobre todo muchachos salidos de las capas sociales más oscuras; en contra de lo que creen los comunistas, que son de una torpeza ejemplar para todos los hechos sociales, no ha sido su enemigo el capitalismo, sino la propia clase trabajadora y las capas inferiores de las clases medias. Lo que se ha disputado en la lucha por nuestra parte no ha sido la revolución económica, que ninguno de los combatientes anticomunistas la temían, sino el modo de vivir estrecho y simplicísimo que se nos pretendía imponer como una esclavitud aun más odiosa que todas las conocidas hasta ahora. Por otra parte, no es un secreto para nadie que los obreros de Rusia no viven como los obreros de los Estados Unidos, que es un país capitalista en grado superlativo. Y no hablemos de los intelectuales, que necesitan una

atmósfera diáfana para no morir por asfixia o para no sucumbir en la farsa de unas creencias simuladas.

Otro hecho que nos habla con elocuencia suficiente de la índole de la lucha que se ha librado contra el comunismo es el que se hayan vaciado poco a poco sus filas para llenar las de los partidos adversarios, como sucedió con más espectacularidad en Italia y Alemania. Lo bueno es que los comunistas no han sabido poner remedio a estas cosas, sencillamente porque no las han sabido comprender; no es nada humano lo que hacía tan temible al comunismo, era su ceguera, su fanatismo, su decisión de saltar sobre la moral y sobre la vida humana. Era el comunismo algo parecido a una máquina infernal que se hubiera desencadenado y no pudiéramos encontrar dique capaz de contenerla. Pero ha luchado contra ella el hombre y no ha apelado a otro medio que al de su propia abnegación; como decía Mussolini, los primeros luchadores no sabían más que morir. Y, por lo visto, la decisión humana de morir tiene más fuerza que todas las abstracciones del mundo. Los comunistas no han entendido esto, gracias a Dios; porque, de haberlo visto, hubieran invadido el mundo con su encono y su ceguera. No; de haberlo visto, hubieran dejado de ser comunistas. Su fanatismo, que les hacía temibles cuando acometían, los ha perdido; por su fanatismo estuvieron a punto de dominar a Europa y por su fanatismo han sucumbido en cuanto se presentaron ante ellos hombres dispuestos no sólo a matar, sino a morir.

Ramiro va perfilando poco a poco su polémica y sus consignas contra el comunismo; en el año 1931, cuando escribía en *La Conquista del Estado*, eran distintas las necesidades de las que se sentían en toda España dos años más tarde, cuando publicábamos la revista *JONS*. También eran otros los enemigos y otras las fuerzas que se presentaban a darles la batalla. Las masas estaban desengañadas de la política socialista y se iban a engrosar las filas de la Confederación Nacional del Trabajo, tal vez porque jamás llegaron a simpatizar con el comunismo importado de Moscú; la revolución estaba en la calle, pero iba a hacerla esta vez la Confederación Nacional del Trabajo por su cuenta y riesgo.

Y en 1935, cuando Ramiro escribió su famoso Discurso a las juventudes de España, habla ya del comunismo como se puede hablar de un simple acontecimiento histórico. Es cierto que en aquella época vivía apartado de las luchas polémicas y que, más que la polémica, buscaba la comprensión; pero a pesar de que cuando escribió su libro, como nos dice en su prólogo, se proponía intervenir en política de una manera activa y plenaria, esa comprensión que buscaba en los hechos de su tiempo le lleva a muy distintas consecuencias, que él extrae con la probidad a que le acostumbraron sus estudios filosóficos. Con esa probidad que busca la comprensión más que la polémica, no hubiera visto tan claro en 1931 el fracaso del comunismo como fuerza histórica. Porque desde entonces habían ocurrido en el mundo dos hechos a cual más significativos: la aparición de fuerzas considerables, que tenían la misión casi única de dar la batalla al comunismo, y el repliegue de éste a posiciones que, para consolar a los vencidos, se califican de estratégicas.

La vieja complacencia de los viejos partidos liberales había permitido desarrollarse al comunismo; pero había hecho aún más: le había persuadido de su ineluctable victoria final, porque la imponía el progreso y unas pretensas leyes naturales que, por lo visto, había descubierto el ingenuo positivismo del siglo xix. Lo cierto es que el comunismo crecía a su antojo y no encontraba enemigos por ninguna parte. Pero sucedió que las generaciones no formadas con arreglo a las normas morales y políticas del siglo pasado se encontraron un día con el comunismo, lo sintieron como un hecho extraño en la historia de Europa y, sobre no compartir el respeto que inspiraba a los viejos, lo reputaron desde luego como el mayor enemigo del espíritu y del hombre. Apergaminado en las concepciones materialistas que pretendían ser fruto de la ciencia más aquilatada, el comunismo olvidaba todo lo humano; las victorias habrían de venirle de una especie de fatalismo que estaba fuera del alcance de la voluntad del hombre, y la pasión, el denuedo, el entusiasmo, la esperanza, la abnegación, todas las fuerzas propiamente humanas, quedaban desatendidas o francamente desdeñadas como reminiscencias de esa civilización burguesa tan denostada como desconocida. Aunque luego se vio forzado a cambiar de parecer, el comunismo era pacifista y repudiaba sin contemplaciones todo gesto de audacia; lo que había que hacer era bien poca cosa: esperar

que se cumplieran las leyes infrangibles que había establecido Marx para siempre y para todos los pueblos del mundo; lo demás llegaría por sí solo, no sin el esfuerzo de los hombres, sino hasta en contra de él.

Pero las nuevas generaciones, con el presentimiento del inmenso poder de las fuerzas humanas, acudieron al combate» y los resultados están ahí a la vista de quien se tome la molestia de abrir los ojos. En este momento comienzan las vacilaciones de los dirigentes comunistas, que hasta entonces creían tener en sus manos los hilos del mundo con sólo enviar consignas desde Moscú; el apartamiento de los partidos burgueses, que se mandaba como artículo de fe incuestionable, es recusado ahora como una táctica de traidores y se recomiendan las alianzas con cualquiera que las admita. Desde el fracaso de Alemania, en donde habían puesto muchas esperanzas, los comunistas no vieron en su camino más que un enemigo: el fascismo; todo lo demás les parecía desdeñable, aunque ya no creían en el triunfo final con la fe inmovible de antes. Y este cambio de táctica dio origen a los Frentes Populares, en que los comunistas entraban a cualquier precio y aceptando las condiciones que se las impusieran, para ir al Parlamento con razones de pantera amaestrada. Por si esto fuera poco, con las concepciones que se traían forjaron una burocracia tan frondosa, que sirvió de refugio a miles de parásitos que se llevaban lo que iban acopiando con sus cuotas los pocos trabajadores que estaban afiliados. Pero esto es otra cosa; los partidos comunistas, que preconizaban la dictadura del proletariado, no fueron nunca capaces de atraer a las masas trabajadoras: sus afiliados los tomaron siempre de la baja burocracia y de los que no habían podido ser intelectuales. Había demasiado rencor y lobreguez en aquellos partidos para que pudieran dar una batalla en plena luz del día.

Lo que no parece tan claro a simple vista es lo que ha representado Rusia en esta lucha; porque, como es sabido, Rusia fué durante mucho tiempo para los comunistas algo así como el centro del mundo y de la fe.

En su Discurso a las juventudes de España escribía estas palabras: "Pudo creerse y pudieron también creer, naturalmente, los animadores rojos, hacia 1920-21, que la llamada soviética se disponía a ser la bandera única de la revolución universal, es decir, que toda la capacidad transmutadora de nuestro tiempo iba a polarizarse y unirse en el único objetivo mundial de instaurar la dictadura proletaria, con arreglo a los ritos, a la mecánica y a los propósitos del marxismo. Tal creencia es ya hoy un error absoluto y no tiene creyentes verdaderos ni en el mismo Comité supremo de la III Internacional. Y ello no porque resultasen falsas las características subversivas del presente momento histórico, es decir, no porque se haya abroquelado o impermeabilizado la época para toda hazaña revolucionaria, sino porque los moldes transmutadores bolcheviques no se han ajustado ni han monopolizado los valores realmente eficaces de la subversión moderna. La revolución bolchevique triunfó en Rusia no tanto como revolución propiamente marxista que como revolución nacional."

Luego explica las razones que, a su juicio, hicieron posible el triunfo del bolcheviquismo en Rusia, no como síntoma de una revolución mundial, sino como señal de un nuevo sentido nacional, que, para Ramiro, representa la política de Stalin, frente a los ensueños de revolución mundial que abrigaron Lenin y Trotíky, que eran marxistas puros. Aparte de otras razones que explican el repliegue del comunismo a una política meramente nacional, hay la fundamentalísima de que fué concebido en su dimensión teórica y en dimensión práctica para luchar contra las democracias liberales; luego se encontró con la sorpresa de las nuevas fuerzas, que, por lo visto, ni siquiera había sospechado, y sus dirigentes se vieron en la necesidad de concentrar todos sus esfuerzos en la lucha contra el fascismo, que venía precisamente a destruir esa democracia liberal que tantas diatribas inspiró a los comunistas desde la paz de Versalles. Ya no podían permanecer en actitud solemne esperando el desenlace de los acontecimientos; tenían que echarse a la lucha abierta que le presentaban sus enemigos, y en vez de perseguir la inmediata instauración de la dictadura del proletariado, se contentaron con ser antifascistas, aunque sirvieran de apoyo a esa burguesía tan denostada, que también era antifascista. Este fué el repliegue del comunismo.

"Que la revolución soviética sea, en efecto, la revolución mundial es cosa que parece ya resuelta en sentido negativo. Es más, la Rusia actual no sacrificaría un adarme de sus

intereses nacionales por incrementar y ayudar una revolución de su mismo signo en una parte cualquiera del globo. No pondría en riesgo su vida, la vida de la Patria rusa, ni comprometería esa arquitectura social, industrial y guerrera que ha edificado con tanto dolor y tanta ilusión al través de veinte años."

Y para remachar su manera peculiarísima de entender el triunfo del bolchevismo en Rusia, nos dice Ramiro un poco más abajo: "Ahora bien: hay que localizar como absurdo empeño, en el caso de que realmente se reproduzca, la consigna de bolchevización universal. La empresa está ya fracasada, sin victoria posible. Una aspiración así pertenece a la dimensión marxista ortodoxa que acompaña al bolchevismo, pero ya dijimos que el comunismo en Rusia no debe su triunfo, y menos su consolidación, al carácter marxista de la revolución, sino a su carácter nacional, aunque éste resulte y sea un hallazgo imprevisto. Sin este objetivo de forja de la Patria rusa, posiblemente el régimen estaría ya hundido. Se ha salvado porque abandonó a tiempo, por su voluntad o sin ella, los gérmenes infecundos y erróneos que poseía."

Sucede que vivimos en una época profundamente revolucionaria y que precisamente es lo social una de las más importantes palancas que la mueven; parecía en un principio, y con buenas razones, que fuera el marxismo quien se encargara de llevar a cabo la revolución, con su concepción teórica del mundo, su patetismo y su tremenda falta de escrúpulos. No tiene nada de extraño que en 1918, a raíz del triunfo soviético en Rusia, creyera todo el mundo que la revolución que se sentía bullir en las mismas entrañas de Europa la llevaría a cabo el comunismo; y no digamos nada de Lenin, que se creía llamado a consumir la revolución mundial, como buen marxista que era. Pero la verdad ha sido justamente todo lo contrario. La revolución se ha hecho en casi toda Europa y se anuncia en el resto; pero el marxismo no tiene nada que hacer» aunque tal vez no haya desempeñado un papel poco estimable, haciendo que se despertaran en el alma europea sentimientos irreconciliables con los que quería imbuirla; la falta de estimación para los valores nacionales ha irrogado la aparición de un fuerte patriotismo como no se recuerda en la historia de occidente; la falta de creencias ha sido causa de que despierte un ansia incontenible de creer que está sirviendo de pasto a todas las religiones de Europa; su falta de consideración para todo lo humano ha despertado un sentido tan hondo de respeto y comprensión para todas las cosas de los hombres, que ha hecho posible afrontar con relativa dulzura la desaparición de todos los resortes tradicionales de la vida de Europa, y, por último, el desdén que ha tenido el marxismo para la libertad humana, creyéndola entregada al juego de meras relaciones económicas, ha servido para que las juventudes se crean con fuerzas bastantes a influir en la Historia, y cualesquiera que sean los frutos de esta decisión, es innegable que ha librado al mundo del sombrío fatalismo que ha estado a punto de abnegarlo en barbarie y desesperanza.

Pero no acertaría quien pensara que no se ha logrado bastante con la desaparición del comunismo como fuerza histórica devastadora, ya que el odio y el rencor están ahí acechando como fieras una ocasión propicia para ensañarse con lo que encuentren a su paso. Los que piensen esto no andan en lo cierto, porque, aparte de que el odio y el rencor son tan viejos como el alma humana y no es posible aniquilarlos por completo hasta que no desaparezca el hombre sobre la tierra; aparte de esto, digo, el comunismo tenía el destino trágico de medrar con el odio y el rencor. Es natural que siempre ha habido concepciones revolucionarias; todo el que no está conforme con una situación determinada, al menos desde que desapareció el sentido religioso del mundo, quiere derrocarla; pero lo malo del comunismo es que, como fruto amargo de una época sin alma, ostentaba sin pudor sus vilezas y bacía que los hombres las sintieran como fuerzas necesarias para conseguir el triunfo. Y esto fué lo más terrible del comunismo, que sin preocuparse más que de la victoria, abandonó al hombre a sus propios impulsos, y como los escrúpulos morales son casi siempre estorbos en la consecución de fines meramente personales, procuró el marxismo arrancar del alma humana todo escrúpulo moral, que calificaba despectivamente de prejuicios burgueses.

No ha ganado poco Europa entera con la eliminación del comunismo, y no solamente porque se ha librado de la pesadilla del caos, que no es poca cosa, sino porque ha llegado a la convicción de que las fuerzas humanas están todavía vivas y de que el mundo no es tan sombrío ni tan yerto como lo creyó el marxismo. La revolución de nuestro tiempo sigue en

marcha de un modo serio y permanente; pero no se hace en nombre de una clase ni de una economía anacrónica: es la vida quien en cada instante nos orienta y es el hombre el fin supremo de nuestra revolución. Ningún obrero que esté libre del veneno marxista quiere la dictadura de una sola clase, aunque sea la suya. En España la repudiaron siempre las fuerzas proletarias más numerosas; pero tampoco querría ningún trabajador digno que se le estimara únicamente por su trabajo; a no dudarlo, todos prefieren que se les estime y se les juzgue como hombres, que no caben en los límites estrechos de una clase ni en los quehaceres angostos de una profesión. Y de este modo es como se logra la verdadera igualdad, esa igualdad profunda que hace posible la jerarquía dentro del Estado.

EN BUSCA DE LO NACIONAL

Desde la Revolución francesa vienen dando carácter y sentido a la política las ideas más generales y los ensueños más alejados de la vida real de todos los días. Por eso, las teorías sobre el Estado y sobre la importancia y el papel de ciudadano las habían elaborado hombres que no tuvieron nunca un contacto muy duradero ni muy íntimo con la política; las habían elaborado los que repartían sus tareas entre los quehaceres del ensueño y los del pensamiento. Como si el Estado fuera un campo propicio a todo ensayo, y como si toda creación del pensamiento se creyera provista de la fuerza necesaria para trocarse en realidad, bastaba un mero esquema de concepción política para fundar un partido y llevar a todos los ánimos el deseo de implantarla. La variedad de la vida de cada día no arredraba jamás a aquellos teóricos de la política, que en todo momento estaban persuadidos de que el mundo entero se sometía dócil a los designios de una razón que hallaba dicha y reposo en sí misma. Fué la época de las revoluciones; había que ordenarlo todo con arreglo a los mandamientos de la razón, y la razón tomaba formas distintas en cada hombre y en cada pueblo y no dejaba de ofrecer cambios bruscos en el transcurso de una vida humana.

En todo imponía su imperio el pensamiento; la realidad se mostraba como una materia infinita que había que ordenar de una cierta manera y con la mira puesta en ciertos fines, que eran prescritos precisamente por el pensamiento. Bastaba creer que había sido hecha una revolución para planear otra, y era tal la seducción del ensueño y el poder que se concedía a la razón, que estos planes inacabables de cambios y mejoras no tenían enemigos eficaces; los que se decían representantes de la tradición usaban el mismo lenguaje que los revolucionarios y no eran capaces de decir nada contra ellos que suscitara entusiasmo y adhesión en masas de opinión considerables. La revolución estaba en la calle, y hasta sus más recalcitrantes enemigos estaban persuadidos de que todo había de conseguirse, aunque variase la manera de concebir los caminos y el momento. Esto puede verlo cualquiera sin grande esfuerzo; basta leer con atención aquellos libros que se decían irreconciliables y que a nosotros nos parecen de una semejanza tal, que hubiera espantado a sus autores. Usaban la misma terminología, tenían las mismas aspiraciones y buscaban las mismas cosas, aunque a veces se entretuvieran en vestirlas de ropajes bien distintos y bien ostentosos; porque no hay que olvidar que la época revolucionaria tenía una dosis más que considerable de romanticismo y de grandilocuencia, que hoy se nos antoja ya tan falta de valor y de sentido estético.

El predominio del pensamiento trajo consigo la pretensión de que todo lo hecho o lo dicho tuviera un carácter universal y necesario; bastaba concebir una forma política cualquiera para creer que su instauración era ineluctable en todas partes, aunque no fuera posible suponer que todos los pueblos llegasen a un tiempo a su mayoría de edad. Esto era todo; si no podía acomodarse cualquier fórmula política a un pueblo, no se creía por esto que fuera mala o inapropiada a ese pueblo; se pensaba únicamente que ese pueblo no había llegado a su mayoría de edad. Contra el pensamiento no había ningún poder; bastaba pensar cualquier cosa con claridad para creer que se realizaría de una manera fatal.

Y es claro que la nación fué concebida como una categoría política sin más virtud ni sentido que el hallarse frente a otras; y si en el terreno de la guerra y de la economía fueron tomadas en cuenta las naciones, en todo lo que se refiriese a la vida íntima del hombre fueron preteridas de un modo que ahora nos cuesta trabajo comprender. Sobre las alas del pensamiento, el hombre del siglo pasado estaba seguro de ir tan lejos como su imaginación, y para el que recuerde el interés que se sentía por todo lo exótico y lo brumoso, no es un secreto que la imaginación de los hombres revolucionarios fué demasiado lejos, tan lejos, que no fué capaz de darse cuenta del mundo que tenía a su alrededor. Lo cierto es que se ensayó una manera de vivir sin preocuparse poco ni mucho de la atracción de la tierra ni de la atracción irresistible del pasado, que han ido haciendo en silencio nuestras vidas y nuestros anhelos, aun los que sintieron aquellos revolucionarios de hacer un mundo a su imagen y semejanza. Como si un hada hubiera tendido un velo de olvido sobre todo lo pasado, aquellos hombres se sintieron un buen día con que todo el futuro, con BU anchura y sus promesas, se abría ante ellos; y todas las cosas fueron vistas con arreglo a lo que creían su misión en el futuro. Es

proverbial la falta de sentido histórico de aquellos revolucionarios, que estaban dispuestos a arreglarlo todo con unas leyes y unos libros bien meditados.

Lo cierto es que la nación era una especie de recinto en que vivían unos hombres, que era preciso una guerra o cualquier otro cataclismo para sentirla y que en nada íntimo afectaba a la vida humana, que se perdía en un mundo inabarcable de abstracciones y de formas posibles de vivir. No hace falta más que leer los libros que se escribieron durante todo el siglo pasado para darse cuenta en seguida de lo poco que se concedía a la nación y de la frecuencia con que se la denuesta por hombres que no eran francamente despreciables, como Federico Nietzsche y tantos otros espíritus egregios del siglo XIX; es que estaba en el ambiente el menosprecio por todo lo nacional, como hoy, que estamos respirando ansias nacionales en todas partes, vemos que cantan panegíricos a su patria hombres que jamás tuvieron ningún sentimiento generoso para ella y que rehuyeron enfrentarse con el peligro cuando alguno la amenazaba. La nación fué cosa de menosprecio o de indiferencia durante la época revolucionaria; la patria, que es el pasado hecho recuerdos y añoranzas, fué una cosa que sirvió al arte con frecuencia y que algunas veces también sirvió al instinto de escarnio y de burla.

Este era, poco más o menos, el ambiente que se respiraba en España cuando sobrevino la pasión política y empezó Ramiro Ledesma su lucha en La Conquista del Estado. Pero este ambiente se hallaba aún más enrarecido en nuestra España por la fuerza tremenda del separatismo, fuerza que no provenía solamente de la que pudieran tener sus valedores, que carecían de toda audacia y del más pobre valor, como lo demostraron luego en repetidas ocasiones. La fuerza del separatismo provenía sobre todo de que no encontraba un espíritu nacional vigoroso capaz de hacerle frente. Porque sucedió que el siglo XIX, en fuerza de exaltar todo lo abstracto, exaltó la suma abstracción del individuo que no vive en ninguna parte y que no tiene ni patria ni deseos; y como la suma de los individuos era el poder más alto e indiscutible, resultó en España que nos encontramos de buenas a primeras con que no había modo de defender la unidad nacional, después de las elecciones que dieron como fruto la instauración de la República. Cataluña pedía su independencia; también la pedían las Provincias Vascongadas, y luego la pidió Galicia; España iba a quedar convertida después de estas amputaciones en un nombre y una administración desmedrada y caduca.

Ramiro trinaba contra el separatismo y le dirigía las más duras amenazas; sobre no sentirnos con afanes de crear un gran pueblo, lo destruíamos con la impudicia de unos y la flojedad de los otros. Y esto, que no era poco ciertamente, se agravaba aún más cuando se intentaba calar en las razones que tenían como buenas los separatistas, porque la falta de sentido patriótico, con ser ya cosa grave, estaba fundada en la falta de solidaridad humana más imperdonable. Estaban persuadidos de que España carecía de misión en el futuro y de que no había motivos para mantener la convivencia. Pero cuando creen que las cosas nos van mal, no tienen la elegancia de compartir con todos el destino aciago, sino que procuran ponerse en salvo con todos los medios a su alcance, y cuando se creen perjudicados en cualquier minúsculo interés, por inconfesable que sea, levantan su grito al cielo y hablan de opresiones inaguantables. No hay que decir que en esta situación de ánimo se inventan muchas injusticias y se exageran las que hay necesidad de cometer en todo negocio humano. Pero aun admitiendo que todas las cosas que alegaban los separatistas hubieran sido verdaderas, quedaba contra ellos el hecho de no tener la generosidad de afrontar una situación que habíamos creado todos por igual. Claro que estos separatismos no hicieron más que poner en carne viva el sentido nacional que dormía en nosotros, porque antes de toda polémica, antes de preguntar sus razones a los separatistas, teníamos en nuestras manos la razón ineluctable de que la unidad de España está por encima de nuestras opiniones y conveniencias personales y estábamos firmemente convencidos de que hace falta una impudicia criminal para creer que la unidad de un gran pueblo, que se fué haciendo con sangre y sacrificios sin cuento, pueda estar jamás a merced de nuestros intereses o de esas convicciones que cambian como el viento, según puede verse por ventura para nosotros en las que sostienen hoy antiguos separatistas. Por todas estas cosas, la indignación de Ramiro Ledesma contra los paladines del separatismo cobra sus más duros acentos. Como muestra de vigor humano y de fuerte sentido patriótico, copio aquí unos párrafos publicados en La Conquista del Estado cuando nos parecía

que había llegado la hora de la desaparición de España y de la elección de un puñado de repúblicas que irían siendo absorbidas sin remedio por cualquier nación extraña que lo intentase.

"He aquí nuestro grito: España, una e indivisible. Muchos republicanos españoles, tan amantes de la ejemplaridad de la Revolución francesa, olvidan que un grito así salvó a Francia y salvó a la Revolución. Hay que seccionar esa ola mediocre de localismos que hoy satura la atmósfera hispana, e instalar revolucionariamente el deber de todos. La vejez cobarde, que hoy es dueña de los ministerios, asiste con apatía criminal a esa forja de decadencias que suponen las propagandas separatistas. El abandono de las funciones de unidad señala una resolución irreparable. No se concibe cómo un pueblo, en el resurgir victorioso de una revolución que triunfa, tolera fríamente los zarpazos desmembradores. ¿No habrá un hombre de temple que intuya con genialidad la palpitación del pueblo, hoy encadenado a la falacia de los traidores, y dé la orden de marcha contra los enemigos de la Patria? Porque es preciso que todos se den cuenta de algo, y es que el día en que la amenaza separatista abandone su actual escondrijo y se muestre ahí, ante el pueblo, éste pedirá a cualquiera—entiéndase bien, a cualquiera—que dirija los combates. Aun a costa de una tiranía."

Estas palabras de Ramiro, escritas con el fuego de su indignación, expresan la desesperación que suponía ver en el alma popular el día en que la unidad de España se viera en un peligro más seguro y temeroso que el de aquellas leyes bizantinas que promulgaban sin cesar las Cortes Constituyentes. Esta indignación popular se presentó con todo el vigor que Ramiro había previsto el día en que se levantaron en armas los separatistas y los republicanos que servían de comparsa a los marxistas, el día 6 de octubre de 1934. También se cumplió la profecía de Ramiro en la decisión profunda de toda la nación de entregarse en manos de quien la llevara al combate, aunque fuera para instaurar más tarde una tiranía; pero Acción Popular, que era quien debió llegar hasta sus últimas consecuencias, dejó todo igual que antes, sin atreverse siquiera a derogar un Estatuto que encontró vigente el Frente Popular el día que se hizo dueño del poder. Ramiro deja expresado su temor de que el separatismo, que empezó siendo cosa de pequeñas minorías resentidas, fuera convirtiéndose poco a poco en estado de alma de las masas hasta hundir sus raíces en la entraña nacional y pedía nada menos que el fusilamiento de sus jefes, pensando que las épocas revolucionarias son propicias al empleo de procedimientos radicales. Precisamente—porque está persuadido de que el separatismo todavía no es ansia popular, sino deseo de una minoría resentida. Ramiro va señalando las etapas que habían de seguir los traidores, seguros como estaban de que el pueblo mismo para quien pedían Estatutos no les apoyaría en una acción armada, que es como debieron haber planteado su pleito a la nación española.

"Es comprensible, aunque errónea, la actitud de los separatistas. Pero la de esa opinión difusa que en el resto de España acoge con simpatía las aspiraciones desmembradoras constituye una traición imperdonable. Es quizá uno de los más fuertes síntomas de que amenaza a nuestro pueblo un tremendo peligro de decadencia. Las juventudes y los españoles sanos debemos iniciar con toda rapidez la tarea de levantar y exigir a todos la fidelidad más pulcra a la España una e indivisible."

La nación aparece ya como una unidad inquebrantable, y lo más extraordinario es que Ramiro no acostumbra recurrir a las glorias del pasado; las brumas que comporta la nostalgia le eran casi ajenas a aquel muchacho que tenía ante sí un porvenir tan ancho como la política española que se implantó desde que se produjo el Alzamiento Nacional. Ramiro era con firmeza en la misión de España, y esta creencia le libra de caer en sentimientos turbios que no permiten otear horizontes ni peligros; sus razones son de una claridad meridiana, no hace falta nada para entenderlas. No habla del futuro más que como algo inmediato que hay que hacer, ni del pasado más que como algo que es preciso proseguir o superar; y, sobre todas las cosas, cuando se encara con cualquiera de los enemigos que en aquella época tenía España en todas partes, apela a la decisión y a la lucha como medio más apropiado a su naturaleza de hombre apasionado que se ha provisto antes de razones y esperanzas. La unidad nacional es sentida, por tanto, como la unidad del propio cuerpo, aunque sea más valiosa que la vida misma y nos lleve a enfrentarnos con desnudo con hombres que también nacieron en nuestro suelo. Con

esto queda bien patente que la unidad nacional debe mantenerse hasta en contra de la mayoría de los hombres, si se admitiera que tal caso pudiese ocurrir en momentos de desilusiones populares.

Ahora se plantea otra dificultad que había desconocido la concepción de la política que tuvo como buena el siglo Xix: se trata de quiénes han de sentir la nación, y como tal vez parezca demasiado fácil decir que todos los que nacieron en su suelo, hay que advertir que no es esto lo que se pregunta. En principio, es claro, deben sentir su pertenencia a un mismo pueblo todos los nacidos en su suelo; pero ocurre que la nación puede acometer empresas en que no participen más que unos pocos o en que tengan que participar todos a pesar suyo, es decir, por la fuerza que se lo ordena. En el caso de que sólo participen en las empresas nacionales unos pocos hombres y de que el resto permanezca apartado de lo que se hace o se proyecta, no hay modo humano de hablar de nación más que como se habla de tantas cosas muertas; todos saben que pertenecen a una misma tradición y quizá no hagan nada contra la unidad de destino que los aguarda, pero no se les puede pedir que sientan una comunidad ficticia y sin resortes. En esto se fundaba el marxismo cuando decía que todos los trabajadores tienen su patria, de la misma manera que tienen la suya todos los capitalistas; y si es señal de ociosidad entretenerse en refutar esta afirmación tan pobre, es innegable que parte del hecho de que a veces la nación no es una empresa en que entran todo?, sino que está en manos de unos cuantos que hacen las cosas en su nombre. El caso es que sin ser una minoría la que hace todo por su cuenta y riesgo, la comunidad se ofrece como algo muerto, es el más frecuente en la historia, y se ha dado en todas las formas posibles a lo largo del siglo pasado.

Y Ramiro se esforzó desde su primera actuación por que todo el pueblo participara en la empresa nacional; la manera que tuvo de concebir esta participación de todos se halla expresada en su más espléndida creación política: la creación del nacional-sindicalismo, que se ofrecía como enjundia y fin de nuestro partido. Las J. O. N. S., Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, aspiraban a incorporar a toda España a la tarea de hacer un gran pueblo y dar a la vida un sentido más hondo y más humano. Ramiro estaba profundamente convencido de que sin justicia social no hay nación posible, y esta convicción, que es casi unánime en nuestro tiempo, halló en los escritos de Ramiro tal precisión y tal elegancia, que el Movimiento ha recogido todas las consignas que nos fué dejando Ramiro en la revista JONS con cariño y con esperanza.

Lo social estaba siempre en primer plano en todas nuestras empresas; aparte de que todos los colaboradores de Ramiro estábamos en lucha abierta con la vida ds cada día, no se nos podía ocultar una verdad que resplandece más que la luz, aunque pocas veces resplandezca más que la justicia. Lo cierto es que Ramiro no olvidó jamás estas cosas y que tuvo el singular designio en nuestra Patria de trocarlas en palanca a la vez humana y nacional; porque sin justicia social no es posible que las masas se sientan llamadas a llevar a cabo empresas nacionales de alto porte; pero a la vez, un Estado que no sea capaz de establecer un régimen social decoroso, debe sucumbir, y sucumbirá sin remedio.

Por esto, escribía Ramiro Ledesma en La Conquista del Estado:

"Se quiere conmocionar al país para una revolución de juguete, y se deja a un lado los motivos revolucionarios de carácter social e histórico que son la medula de las revoluciones. ¿Qué se pretende con eso? España debe ir, sí, a una revolución. Pero auténtica y de una pieza, a realizar cosas de alto porte y a expresar su voz en el hacer universal.

"Para ello hay que abordar, no eludir, las cuestiones de tipo social. Entregarse a ella. Acabar con las crisis agrarias. Reglamentar y articular la producción industrial. Pero de cara. A la vista de los intereses supremos del Estado.

"Hay que hacer una revolución en España para estimular al pueblo a que de una vez se ponga en marcha. Al servicio, como hemos repetido y repetiremos, de una ambición nacional. Todo lo demás, las algaradas y los conatos revolucionarios para copiar las gestas viejas de nuestros abuelos, son despreciables e inmorales entretenimientos de un sector de burgueses despreciables e inmorales."

Ramiro tuvo el acierto de acuñar en una consigna las ambiciones que entrañaba su movimiento político y el deseo de que lo nacional se uniera de modo indisoluble con lo social: "Por la Patria, el pan y la justicia." Y esta consigna apareció ya en el primer número de nuestra revista JONS, órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, en que también aparecía la otra consigna, tan repetida por todas partes: "España una, grande y libre." Y todo esto en la primavera de 1933, cuando no había en nuestra Patria más que fuerzas políticas consagradas a recordar viejas glorias y un torrente sobrecogedor de fuerzas que no tenían otra misión que la de ir destruyendo poco a poco todos los fundamentos de la tradición y todas las posibilidades que se vislumbraban en el futuro.

De suerte que ya tenemos asegurada la unidad nacional contra los enemigos de dentro, por una especie de instinto de conservación que se despertó en presencia del peligro que nos amenazaba; tenemos asegurada asimismo la unidad anímica de todos los españoles, es decir, lo que hace posible que todos participen con entusiasmo y con decisión en las empresas nacionales, que ya no podrán ser obra de minorías, ajenas a los destinos populares, sino fruto de todos los acuerdos y causa de todas las esperanzas. Lo que ahora nos sale al paso es otra manera de presentárenos la empresa nacional, que no tiene mucho que ver con ese rígido artificio que se ha pretendido hacer de la nación. Se trata de algo que ha puesto de relieve nuestro tiempo, tan agitado por crisis y presentimientos aciagos de toda laya. Cuando se habla de lo nacional, se entiende de un modo tan humano y tan íntimo que tiene muchas analogías con lo que se ha entendido siempre cuando se nos hablaba de lo familiar.

La nación ha dejado de representárenos como una entidad hiera tica que estuviera más allá de nuestras aspiraciones y de nuestras inquietudes, como si fuera un ídolo que siempre exigiese adoración de nosotros y que en el peligro y en el desasosiego de la vida ordinaria nos abandonara con ese abandono yerto de las cosas que carecen de calor y de vida. La nación ha llegado a ser mucho, ha llegado a serlo casi todo, pero es porque tiene recursos bastantes a cubrir todas las necesidades del hombre; concebir una empresa nacional, que debe ser llevada por una minoría con su cuenta y riesgo, y pedir luego al pueblo que se sume en masa a lo que es ajeno, parece tan candoroso que no es posible sostenerlo hoy en serio. Pero hacer de la nación un mero artificio de ideas y sentimientos que nada dice a nuestra vida, y pretender luego que todos se apresten a participar en sus empresas, es igualmente ingenuo e insostenible. Lo que Ramiro se propuso en todas sus campañas y lo que nos dejó consignado en todos sus escritos, de una manera que no deja lugar a dudas, es que el pueblo dé sentido y valor humano a la nación y que ésta sea capaz de dar forma y eficacia política a las aspiraciones y hazañas populares. La nación, sin el apoyo y la sustancia del pueblo, no es más que una forma vacía de contenido, que sólo sirve para que el pensamiento haga ejercicios de acrobacia; pero el pueblo, sin la empresa nacional, es un caos de impulsos que flotan a merced del viento que quiere soplar. La realidad pide las dos cosas unidas en un solo propósito, y esto es lo que encontramos siempre en todos los pueblos de la Historia pasada o presente; unas veces como algo que ha conseguido madurar y otras como algo que se entrevé en aspiraciones y ansias que habrán de colmarse algún día, aunque no siempre sea de manera pacífica y de acuerdo con las leyes en vigor.

De otra manera no se podría comprender lo que hoy se siente hacia todo lo extranjero, porque nadie que sepa lo que dice se atrevería a negar a las demás naciones todo valor, y los que conozcan la Historia tendrán que confesar con frecuencia que en tales o cuales siglos su nación no estuvo a la altura de las cosas que se hacían o se soñaban en el mundo. El orgullo de pertenecer a una nación no presupone nada contra el reconocimiento de la superioridad de las otras en muchas cosas; la labor de negar virtudes al prójimo está al alcance de todas las fortunas, pero, precisamente por esto mismo, no interesa más que a los que están forzados a vivir del tópico y la creación ajena. Un patriotismo cimentado sobre sentimientos tan despreciables tiene que ser necesariamente despreciable.

Lo que hace sentir hoy como una categoría vital la pertenencia a una nación determinada es eso que podríamos llamar comunidad humana, es decir, eso que nos hace ver en nuestros patriotas algo íntimo, como si fuera nuestro desde siempre y de por vida. Lo que sucede es que este sentimiento de lo nacional no está siempre despierto en nuestra alma, como ocurre con

todos los sentimientos que gozamos o padecemos a lo largo de la vida. Hay que hacer determinadas cosas para despertarlo y hay que proseguirlas más tarde para mantenerlo despierto. La guerra es, sin duda, el medio más idóneo de despertar y sostener el sentimiento nacional, un medio harto caro, sin duda, que además tiene el peligro de convertirse en su contrario en caso de derrota; porque en las guerras, como en todas las cosas humanas, hay la posibilidad de que se relajen los corazones y se pierda lo que hasta entonces les había proporcionado estremecimiento y pasión. El momento más propicio al despertar del sentimiento nacional es el comienzo de la guerra, porque si es cierto que se puede relajar con la derrota, también lo es que puede relajarse con la victoria, por la propensión que tiene todo pueblo noble a sentir amor y compasión por el vencido.

Otros modos propicios al despertar del sentimiento nacional nos ofrece la vida cotidiana, con sus dificultades y esperanzas; pero otro modo más perenne y hondo de sentir como algo íntimo la pertenencia a una nación determinada es» el que nos descubre nuestro pasado, el pasado de nuestra familia, la Historia que aprendimos en la escuela y la tierra en que vivimos, que, sin darnos cuenta de ello, nos va conformando de acuerdo con su entraña y con el calor de su cielo. Todos estos sentimientos son profundos y permanentes, sin duda alguna; pero a veces llegan a empalidecer y hasta borrarse por completo cuando la realidad que nos rodea de ordinario es hosca. Hasta ridículo parece hablar de estos sentimientos al que no logra encontrar una manera decorosa de vivir para que no sucumban de hambre y de pena sus hijos en un mundo que tiene las entrañas de acero.

El Estado tiene que saber que los resortes morales de los hombres andan mermados en demasía, y precisamente por esto tiene que preocuparse de esas vidas a la intemperie, que sucumbirían sin remedio si el Estado no acudiera con presteza y decisión en su ayuda. Engañarse es fácil; cuando la realidad de la vida que nos rodea es arisca, engañarse es lo más cómodo; pero el engaño no es más que flaqueza, y la misma realidad es una arma poderosa contra nosotros; por eso el político de vocación tiene el valor de afrontarla, ya que presiente con vislumbres de certeza que la verdad es el arma más poderosa que ha puesto Dios en manos de los hombres. Y Ramiro era un político de vocación en cuerpo y alma; por eso tuvo la generosidad de acercarse a la vida de las masas, que no supieron nunca comprenderle por el veneno que habían sembrado tantas propagandas criminales, que más tarde tendría que sufrir España entera.

Si pensamos que la consolidación del sentimiento nacional supone una actitud decidida de hacer cosas, porque sin hacerlas no hay nación posible, tendremos que llegar a la conclusión de que la tarea emprendida requiere continuidad, es decir, que no es posible detenerse donde nos lo pida el capricho o el cansancio. El ejemplo más claro e ilustre de esta manera de vivir que recuerda nuestra Historia es el de aquellos hombres que, después de haber sostenido una lucha secular para asegurar la integridad de España, se lanzaron a empresas de sentido y alcance mundiales. No se puede tener una idea fija sobre los límites del sentimiento nacional; lo único posible es conocer los límites geográficos de la nación, pero esto vale bien poca cosa. Lo cierto es que los verdaderos límites-nacionales están en los de la capacidad del esfuerzo humano. Unas veces, como sucedió en los días de Ramiro Ledesma, se achican tanto que son más extensos los confines geográficos, puesto que en su recinto se ensayan desmembraciones incesantes. Otras veces diríase que desaparecen los límites geográficos, y el afán de conquista y aventura llena el mundo de historia y leyenda; y es que no hay manera de determinar de una vez para siempre lo que es una nación, porque, afortunadamente, no es algo muerto, ante lo que no hubiera más que un sentimiento contemplativo. O el esfuerzo de los hombres siente la ambición de hacer una nación tan grande como el ensueño, o se enmudece en el corazón y siente vértigo ante la vastedad del territorio heredado, y éstos son los momentos propicios al separatismo y a las deslealtades de todo género que advertimos en las épocas de desilusión.

Como Europa ha salido victoriosa de su lucha titánica contra los modos racionalistas de entender la vida, recurriendo a sentimientos que en muchos casos no se dejan captar por la comprensión humana, como el entusiasmo, la fe en el futuro..., se encuentra ahora en poder de un tropel de anhelos inefables y de impulsos que rebasan el marco de las viejas fronteras y buscan empresas de alto vuelo y grande riesgo. No es previsible el resultado de esta agitación

mundial en busca de lo desconocido y en presencia del más hondo sacrificio de que es capaz el hombre, es decir, el sacrificio de su propia vida. Lo cierto es que por todas partes se oye hablar de imperio y se ve en lo nacional un punto de partida, ya bien establecido y poderoso. Como ya ha tomado Europa un sesgo que permite hablar de imperio sin que nadie pueda extrañarse, esta manera de hablar y de pensar es hoy harto común y suscita pocas polémicas, entre otras razones porque en esto es aún mayor que en todo el poder y la seducción del tópico. Voy a copiar unas palabras de Ramiro escritas en 1931, en aquellos días tan crudos y ya tan lejanos en que nadie hablaba de esto y en que, afortunadamente, aun no había nacido el tópico en España:

"La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España—el Estado y el pueblo españoles—vive, desde hace casi tres siglos, en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconectado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual—monárquicos y republicanos—, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical."

Estas cosas nos decía Ramiro en el Manifiesto político que apareció en el mes de febrero de 1931, cuando toda España estaba agitada por la lucha en torno a la forma de gobierno que había de implantarse. Y si recordamos aquellos momentos, en que nadie pensaba más que en cosas menudas de la vida ordinaria, nos sorprenderá leer en el párrafo copiado que Ramiro y los suyos creyeran encontrarse en una coyuntura bien propicia a la realización de las cosas de que nos habla con tanta pasión como exactitud. Nos sorprende esto, sobre todo si desconocemos el sesgo de la política contemporánea y el carácter personal de Ramiro Ledesma. Lo que le hacía afirmar que aquellas circunstancias eran propicias a la consumación de sus afanes era el hecho de haber encontrado la fe; eso ha sido lo que ha puesto en pie a todos los pueblos de Europa contra el caos que nos tenía preparado el marxismo. Y no es que se presentara esta fe como algo acabado y completamente claro; bastaba con su presencia y con su calor, como vio Mussolini, con precisión tajante, al hablarnos de los comienzos de la lucha anticomunista en Italia. Ramiro estaba en medio de un pueblo enloquecido; nadie se cuidaba de leer sus escritos, y mucho menos de entenderlos; las aficiones de los españoles seguían derroteros muy distintos y no muy apropiados a la gravedad de aquel momento; pero Ramiro podía decirnos con justicia que estábamos en propicia coyuntura para emprender cosas de alto vuelo, había encontrado la fe y estaba firmemente persuadido de que todo lo demás vendría por añadidura. Luego han demostrado los hechos que no andaba descaminado, y ahora, al cabo de nueve años de distancia y de peligros, podemos suscribir en su totalidad las palabras de Ramiro Ledesma.

En sus campañas al través de los artículos que publicaba en JONS procuraba sembrar esta fe en el alma de las juventudes, con la idea de que en cualquier parte del mundo que nos encontremos podríamos descubrir la huella de españoles que dejaron su temple, su cultura o su abnegación. No era poco decir esto entonces; a los que se acercaban a nuestra revista se les descubría de pronto una misión mundial que había llevado a cabo España y que había dejado su estela en todas partes. Y he aquí cómo, partiendo de una cosa tan inmediata y urgentísima como la justicia social, llegaba Ramiro a las más altas concepciones de lo español y lo imperial, que tenía un sentido mucho más hondo de lo que hoy se suele creer. Pero la justicia social estaba como fundamento imprescindible, porque una masa vejada y mal dispuesta para la comunidad, sobre no participar voluntariamente en las empresas nacionales, da siempre mucho que hacer en el interior. Y si se la hace intervenir a la fuerza, no se puede estar jamás seguro, como no se puede estar jamás seguro de un rebaño. La justicia social

venía a ser para Ramiro un fin humano inaplazable y el medio imprescindible para poder hablar con justicia de empresas nacionales; y lo nacional venía a ser, de una parte, el modo de hacer más hondo el afán de justicia social, por la entrañable humanidad que se apodera de nosotros cuando nos sentimos en comunidad de destino con nuestros semejantes; pero, por otra parte, lo nacional venía a ser un medio para dejar en todo el mundo huellas de nuestra manera propia de vivir, como las dejaron los españoles de que nos hablaba Ramiro con tanto fuego. Puede preguntarse ahora cuáles son los límites de lo nacional, en la certeza de que nadie sabrá determinarlos; serán tan vastos como sea profundo el afán de engrandecerlos. Pero lo propio ocurre si preguntamos dónde están los límites de la justicia social, que nadie osaría fijarlos más que de acuerdo con las posibilidades nacionales. Y acontece que los pueblos excépticos tienen que vivir en la miseria, siempre expuestos a invasiones extrañas, mientras que los pueblos que saben arriesgarse viven de una manera humana y próspera, como puede verse sin grande esfuerzo en los imperios que aun perviven en nuestros días. Y he aquí cómo nos aparece una forma de lucha por el bienestar, que no tiene nada que ver con las que tuvieron lugar entre las clases de una misma nación. La pobreza de una clase repercute de manera indiscutible en las demás, y aquellas huelgas de antaño en que se despilfarraban millones y millones sin escrúpulos ni temores, fueron en primer lugar contra la clase obrera, que las provocaba. No han tenido poca parte las estúpidas luchas sociales del siglo xix en el empobrecimiento que ahora padece Europa. La riqueza nacional es de todos, aunque el rencor y la envidia se nieguen a verlo así; las conquistas sociales hay que buscarlas en la cooperación o en lugares que aumenten lo que ya posee la nación entera.

Esto fué lo que vio Ramiro con claridad, no sólo con la claridad de las ideas, que a veces es bien mezquina, sino con esa tremenda e irresistible claridad del corazón, que consiguió a lo largo de privaciones y ensueños de ennoblecimiento en los días que padeció el asedio de la pobreza y el encanto inefable que mana de las obras del creador de Zaratustra. Las cosas que tuvieron un influjo más perdurable en el alma de Ramiro en su adolescencia vuelven otra vez en la plenitud y le hacen darse cuenta de que España es una gran nación que da forma y sentido a un gran pueblo.

"NUESTRA REVOLUCIÓN"

Este fué el título del último semanario que publicó Ramiro unos días antes del Alzamiento Nacional. También podría ser el título de todos los afanes íntimos que poseía su alma desde que se entregó con entusiasmo a los azares de la acción política. Las cosas que nos iba diciendo sobre la revolución, que tanto le hacía soñar, son, en su mayor parte, meros recuerdos con un valor meramente histórico. Había que luchar con las fuerzas que se le oponían, y como Ramiro fué casi siempre un polemista que hablaba con miras a la acción, lo que nos queda acerca de sus ideas revolucionarias es casi siempre una diatriba contra partidos y hombres que ya no existen. Por eso digo que la mayoría de las cosas que nos quedan en periódicos y revistas han perdido oportunidad y sólo pueden recordarse a título de curiosidades que van aclarando el perfil de aquellos tiempos. Claro es que algunas de las cosas que escribió Ramiro conservan todavía calor e interés, y, sobre todo, los conservan las finalidades que perseguía al través de aquellas polémicas y de aquella pasión arrebatadora que las inspiraba.

Lo primero que había en el camino de la revolución que ha soñado Ramiro era una realidad política y nacional profundamente hostil; si es innegable que ninguna revolución encuentra terreno preparado a sus designios, la hostilidad con que hubo de encararse Ramiro fué de un carácter tan particular que no guardaba similitud más que con la que tuvo que afrontar el fascismo en los años procelosos que siguieron a la estúpida paz de Versalles. En España había un gobierno que se decía representante del pueblo y que tenía, jentre otras, la misión de permitir la libre expresión de todas las ideas; si lo importante es el hombre, y el papel del Estado se reduce a garantizar sus derechos, las ideas carecen de interés. Lo que importa es que cualquiera tenga la posibilidad de expresarlas como le venga en gana, naturalmente dentro de los límites que impone la convivencia y el buen orden en una sociedad que se gloria de ser civilizada. De suerte que dentro de la más estricta ortodoxia liberal no hay manera de poner trabas al pensamiento ajeno ni de dejar de sentir indignación cuando otros pretenden imponérselas; dentro de la ortodoxia liberal es esto indiscutible, pero lo grave del caso era que aquellos hombres, sedicentes defensores de los derechos del ciudadano, habían perdido la fe. En la España que vio los primeros brotes de lo que ahora se encomia en todas partes no había liberalismo más que en las leyes, es decir, en ninguna parte, porque hasta las leyes tenían sin cuidado a los curiosos por conocer lo que se hace de menos importante en el mundo. Lo cierto es que no había modo de situarse en aquel ambiente de acuerdo con las doctrinas que se exponían en todas partes, y esta insinceridad, que nos hacía temer sorpresas de un momento a otro, irritaba e infundía un asco incontenible hacia todo aquello. No era posible encontrar el lenguaje de la sinceridad más que en los partidos que prometían ingenuamente desde la oposición arreglar todo en pocos días y llevarnos a un paraíso.

Los únicos partidos que desentonaban en aquel mundillo enrarecido eran, de una parte, Acción Popular, que hablaba el lenguaje de la insinceridad para poder liquidarlo todo, y nosotros, que no hubiéramos hablado por nada del mundo más que con el corazón en la mano, aun a trueque de tener que esperar muchos años antes de tomar las riendas del poder. Porque los partidos monárquicos, que hablaban sobre todas las cosas con lealtad irreprochable, eran considerados entonces como agrupaciones de soñadores que no tuvieran más posibilidades que las de forjar un nuevo sentido de la leyenda y de la historia patrias. Ramiro no podía ocultar sus intenciones; en el fondo de su alma ansiaba una conmoción nacional tan profunda que no hubiera deseado por nada del mundo llegar al poder sin estar firmemente convencido de que el pueblo sano y generoso le acompañaba. Y no era lo suficiente candoroso para creer que los cambios de política que nos proporcionaba la realidad parlamentaria fueran buenos, ni deseables siquiera, para un verdadero revolucionario, aunque lo más hondo y eterno de España figurase como primer punto en su programa.

En aquella realidad no había más que un camino: la sinceridad, y para combatirla sólo había un medio apropiado: la violencia. Y este fué el camino que siguió Ramiro sin rodeos, y este fué el medio de que se valió en sus combates y el que aconsejó sin rebozo a sus camaradas. Pero no está en lo cierto quien crea que la violencia presupone la más absoluta falta de respeto hacia todos los valores humanos consagrados; lo único que hizo posible el empleo de la violencia fué la convicción de que se estaba ante un sistema de normas que

servía de escudo a la masa flagrante de las falsedades, y no hay que olvidar que los primeros que recurrieron a la violencia, como único remedio contra los males de una política desnaturalizada, fueron precisamente los revolucionarios del siglo pasado, que ya habían perdido el respeto a las leyes y a los usos. A la violencia le llevaban a Ramiro la persuasión de que no podía moverse con holgura en aquella España enloquecida, la decisión de remediar los yerros de una política que podía llevarnos a la ruina y, sobre todo, le llevaba a la violencia la tremenda indignación que se había apoderado de su alma ante tantas falsedades y tantos desengaños. Y después de esto encontró en sus ansias de engrandecimiento nacional y en sus experiencias acerca de todo lo que se estaba llevando a cabo justificación de esa decisión inquebrantable de emplear la violencia a todo trance.

"¡Queremos que se nos utilice en una grande y genial tarea!", escribía en La Conquista del Estado. Esa voluntad le daría fuerzas en sus luchas y le haría tener en poca cosa algunos de los escrúpulos que años atrás hubieran sido capaces de detener su marcha; porque no hay que olvidar jamás que Ramiro no venía a la política desde el ajeteo de la calle o el juego caprichoso de los negocios, sino que para llegar adonde ahora le encontramos tuvo que desechar sus viejas aficiones de estudio-o y pensador que no se siente a gusto más que en la soledad de una biblioteca. La indignación que dejó en su alma aquella farsa que se representaba en España fué bien honda, y la mejor prueba de ello la tenemos en el tremendo desgarramiento que supuso para él la entrega a las tareas políticas, que tanto difería de lo que venía haciendo desde su adolescencia. En el empleo de la violencia no había más que el deseo de darle a España un régimen más en consonancia con su destino y la necesidad de librarla de tantos aventureros como medraban a la sombra de un formalismo legal, que ni siquiera infundía respeto a sus propios defensores. No se podrían explicar de otra manera tantas denuncias y detenciones sin fundamento, ni aquellas recogidas de periódicos sin previa denuncia del fiscal.

Lo malo del empleo de la violencia, sobre todo cuando se trata de un hombre de la formación de Ramiro, estriba en que no puede justificarse en todo momento, y no es que la gravedad de los actos impidan la justificación: es que el ardor y la premura de la lucha no lo permiten más que en días de sosiego y de bonanza. Y Ramiro, que jamás pudo abandonar el deseo de comprenderlo todo, que alumbró en su alma el estudio de la filosofía, se preocupa de explicarnos varias veces el sentido en que puede entenderse una justificación de la violencia. Sucede que ha de emplearse contra seres humanos, y cualquiera que sienta el más leve respeto hacia el hombre, se verá en la precisión de refrenar sus impulsos primarios y de hacernos comprender las cosas a que está dispuesto a sacrificar la plenitud de los derechos humanos y hasta la misma vida de sus semejantes. Lo primero que siente quien no carece de serenidad en sus decisiones es que la justificación de la violencia no puede lograrse más que cuando se está dispuesto a sufrirla, es decir, cuando no se rehuye el riesgo del combate. Sentir un desprecio desmedido hacia la vida de los otros y procurar al mismo tiempo en todas partes regalos y seguridades para la propia vida, es señal de envilecimiento. Ramiro estaba siempre dispuesto a afrontar el riesgo de sus decisiones y sentía por el hombre el respeto que inspira a todos los espíritus generosos; y nos lo ha dicho con frecuencia, y nos ha dicho de las J. O. N. S. que eran un partido de hombres libres. Por eso tenía que hablarnos con frecuencia del valor de la acción directa, a veces para decirnos lo que pensaba y a veces con la esperanza de que con el esfuerzo de escribirlos se le aclarasen sus propios pensamientos. De estos ensayos nobilísimos hay abundancia en sus obras; basta mirarlos con atención para que se nos revele la ansiedad que los inspira.

Es tan acucioso el afán de ver claro este extremo de su acción política, que le fuerza a ensayar todos los recursos para colmarlo. Con el seudónimo de Roberto Lanzas, nos dice estas palabras en el número 3 de la revista JONS, correspondiente al mes de agosto de 1933:

"La pugna fascismo-comunismo, que hoy es la única realidad mundial, ha desplazado ese tipo de violencia terrorista, de caza callejera, a cargo de grupos reducidos heroicos, para presentar ese otro estilo que hoy predomina: el choque de masas, por lo menos de grupos numerosos, que interpretan y consiguen la intervención activa, militante y pública de las gentes,

extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida noble de riesgo, de sacrificio y de violencia.

"De ese modo, lo primero de que tienen conciencia quienes forman en esas milicias es que su esfuerzo es un esfuerzo moral encaminado a triunfos y victorias de índole superior, sin cuyo logro su vida misma carece de plenitud y de centro. Es ahí donde radica el origen moral de la violencia, su carácter liberador, creador y lo que le presta ese ímpetu con que aparece en los recodos más fecundos de la Historia.

"La violencia política se nutre de las reacciones más sinceras y puras de las masas. No caben en ella frivolidades ni artificios. Su carácter mismo extraindividual, trascendente, en pos de mitos y metas en absoluto ajenas en el fondo de las apetencias peculiares del combatiente, eximen de sedimentos bárbaros, de que, por otra parte, está siempre influida la violencia no política, o ésta misma, cuando se recluye en la acción individual, enfermiza y salvaje."

Como se ve, Ramiro no se da por contento con cualquier cosa. Busca con ansiedad una justificación y cree haberla encontrado, no en una mera explicación, al alcance de cualquier fortuna de esas que colman las apetencias de la inmensa mayoría de los políticos entregados a las vicisitudes de la acción. Por lo que se ve en los párrafos transcritos, Ramiro necesita varios rasgos para encontrar justificada una acción violenta sobre «eres humanos; por lo pronto, necesita que sea llevada a cabo de una manera ordenada y por unos grupo» disciplinados que no se dejen llevar de sus impulsos. Luego, quiere que la violencia se emplee únicamente para lograr fines superiores a los que defiende el enemigo y a la vida misma del hombre, y por si todo esto no fuera suficiente aún, nos habla de unos sentimientos en que se anegan los combatientes hasta perder la trayectoria personal de cada uno. No es poca sutil esta última observación, que nos hace entrever la violencia como una fuerza histórica y nos muestra un grupo de combatientes en un raptó singular obrando como un poder de los que encontramos en la vida y en el mundo.

Lo que Ramiro nos dice sobre la justificación que necesita el empleo de la violencia es algo que rebasa con mucho los límites de la política y hasta los límites de la moral. Lo que busca en último término es su justificación religiosa; por eso apela a esos valores superiores al hombre y a ese raptó en que éste pierde su sentido personal y actúa de una manera que incluso le impide prever el resultado íntimo que le deparara esa acción impuesta por la Historia o el Estado. Y con esta comprensión religiosa de la violencia está Ramiro capacitado para echarse con denuedo a las luchas políticas de la calle y aconsejar la acción a sus amigos en un mundo que ya ha perdido la fe en la ley, sin haber encontrado nada más profundo en que creer; los escrúpulos nobilísimos de Ramiro contrastan con la impudicia de los partidos que se llamaban a sí mismos representantes del pueblo y paladines del sentido humano de la vida. En cuanto se les presentó ocasión propicia, nos revelaron mucho más de lo que suponíamos en ellos.

Ramiro vive al par el sobresalto de la empresa política en que estaba empeñado y el deseo irrefrenable de comprender todo lo que hace o encuentra en torno suyo, y estas justificaciones de la violencia que nos da son buena prueba de ello. Pero como pensador descontentadizo, que siempre halla cosas en qué reparar, vuelve más tarde sobre el mismo tema. Son días de sosiego, en que puede entregarse sin premura a la faena de meditar con hondura y sin esa pasión fácil que se lleva el viento. Como en sus buenos tiempos de estudioso incansable, estudia y piensa acerca de la política española y europea de su tiempo, en que, según propia confesión, nos asegura que está su vocación y su destino. Pues bien, en 1935 escribía en su célebre Discurso a las juventudes de España:

"La acción directa no equivale a la violencia armada. Es, en primer lugar, la sustentación de una actitud de ruptura, de una moral de justicia rígida contra la decrepitud o la traición de una confianza plena totalitaria, en lo que se incorpora y trae." De esta manera entiende la acción directa., como la actitud propia del soldado; no es una manera brusca de obrar, es una manera permanente de vivir, que puede tomar distintas formas y expresiones, según los casos. Pero ocurre que para Ramiro ha de tener ciertas condiciones; de lo contrario, más que violencia al servicio de una causa justa que la avalora, será bandidaje o estará al servicio de móviles de venganza o de rapiña.

Estos son los tres casos en que se puede justificar el empleo de la violencia:

"a) Como valor moral de ruptura, como desprendimiento y rebelión contra valores decrépitos, traidores e injustos.

"b) Como necesidad, es decir, como principio obligado de defensa, como táctica ineludible en presencia de los campamentos enemigos. España está hoy poblada de verdaderos campamentos en pie de guerra.

"c) Como prueba, como demostración de entereza, de capacidad y de licitud histórica que mueve a los soldados de la revolución nacional.

"Estas justificaciones vedan a la acción directa de las juventudes toda caída en el crimen, en el bandidaje y en la violencia política vituperable, que es la que va siempre ligada a un signo individual, anárquico y de pequeños grupos visionarios".

Si pensamos que estas cosas las escribía Ramiro en 1935, después de cuatro largos años de luchas políticas y en un momento en que, según nos dice, se aprestaba a la acción, nos aparecerá clara la ruta doble que siguió hasta su muerte: de una parte le encontramos atareado en las peripecias de la política, pero de otra parte le vemos afanado en comprender las cosas que le rodean con la pulcritud y la tenacidad de un adolescente entregado al estudio de la filosofía y a la meditación de los misterios últimos de la vida. Y esto explica de un modo satisfactorio el hecho de que sea Ramiro, aparte las demás cosas, el pensador más robusto del nuevo Estado y el que ha ido dejándonos, a lo largo de sus obras, todas las consignas que ahora se repiten en los ámbitos de España.

Con el empleo de la violencia se abre camino la revolución que anhelaba Ramiro, pidiendo a los jóvenes que se decidieran a ser soldados; pero esto, con ser imprescindible, no es bastante. Hace falta un contenido y unas esperanzas. Desde el comienzo estamos citando párrafos de Ramiro Ledesma en que se transparenta ese contenido como ambición nacional y como afán insaciable de justicia social. Lo que ocurre es que desde hace veinte o treinta años se suelen reducir al mínimo los programas políticos; fué creencia del siglo xix la de que todas las cosas, tanto en la vida del individuo como en la del Estado, podían preverse y hasta producirse de acuerdo con las demandas de la razón. La moral era algo así como una función de las convicciones que se iban adquiriendo, y lo propio acaeció con el Estado, que parecía un campo de juego de convicciones encontradas. Pues bien: en armonía con esas creencias del siglo pasado, todos los partidos políticos se presentaban con programas bien concretos y detallados, en donde se prometía a los electores y simpatizantes el cumplimiento hasta de los más oscuros menesteres de la vida. Luego sucedía que el tiempo y las dificultades impedían hasta la consecución de los fines más primordiales, y el pobre hombre que esperaba de la política casi la salvación de su alma se sentía abandonado en medio de la desesperación más indecible. Esto fué lo único que hizo la política racionalista del siglo xix, que tantas desilusiones sembró en el corazón del hombre europeo.

Pero los partidos que se formaron con sentido histórico del tiempo y de las posibilidades no se entretuvieron en la tarea bizantina de redactar programas irrealizables; en lugar de esto se entregaron con generosidad a las demandas de la vida, que unas veces son más inaplazables que otras. De tal suerte, que no tienen los partidos normas fijas de que haya de depender su actuación, sino que van abriéndose camino a medida que avanzan entre estorbos y posibilidades. Lo más serio que se puede prometer es entregarse con generosidad a lo que nos salga al paso; porque si el ciudadano ingenuo cree que esto entraña la dificultad de no saber lo que podemos esperar, el gobernante puede suscribirlo. Tampoco él sabe ni lo que tiene que esperar ni dónde puede esperararlo; vale más que se a la vida quien nos lo enseñe, ya que, en fin de cuentas, ella ha sido la que ha dicho siempre, por fortuna, la última palabra, muchas veces poco propicia a las soluciones abstractas que se anunciaban al pueblo, como si estuvieran investidas de poder sobre cosas y conciencias.

Es más cómodo, sin duda, vivir así, pero no es siempre ni aconsejable ni lícito, porque ocurre que el programa va por un lado y los hechos de la vida ordinaria, que no se sujetan fácilmente a programa alguno, van por otro. Y junto a los ensueños de hacer un mundo a

nuestro antojo se va desplegando una realidad torturante de miseria y de incredulidad. Como se ha advertido muchas veces, la política que hoy se está llevando a cabo en el mundo es profundamente realista; no podría ser de otra manera, aunque se lo propusieran todos los hombres de la tierra juntos- Aparte de que ya nadie cree en promesas vagas, el mundo está superando una de las crisis más dolorosas de la Historia moderna y tiene que hacer frente a un mar temeroso de dificultades y peligros, cualesquiera que sean las formas políticas y los propósitos que animen a los gobernantes.

Como muestra de la manera concreta de concebir Ramiro los fines previsibles de la revolución que preparaba, voy a copiar el programa que ponía como banderín de enganche en el Manifiesto político que apareció en febrero de 1931. Y cuando recuerde alguna de las ideas más destacadas que se encuentran en la revista JONS, que, como es bien sabido, se comenzó a publicar en el mes de mayo de 1933, copiaré el programa que se incluía en todos los números. En lo que va de la publicación del Manifiesto político a la aparición de la revista JONS, poco más de dos meses, se ha modificado el programa de la revolución nacional-sindicalista, y es casi seguro que, de vivir Ramiro, lo habría modificado aún más profundamente. Esto es lo mejor que cabe decir de un hombre y de una política. Y esto puede decirse con justicia de Ramiro, que estaba siempre atento a las demandas del tiempo en que tuvo el arrojo de luchar.

"1.º Todo el poder corresponde al Estado.

"2.º Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.

"3.º El mayor valor político que reside en el hombre es su capacidad de convivencia civil en el Estado.

"4.º Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo.

"5.º Frente a la sociedad y al Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.

"6.º Afirmación de los valores hispánicos.

"7.º Difusión imperial de nuestra cultura.

"8.º Auténtica colaboración de Universidad española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad magna.

"9.º Intensificación de la cultura de masas utilizando los medios más eficaces.

"10. Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o confederaciones regionales, debidas a la iniciativa de los Municipios, deben merecer, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.

"11. Plena e integral autonomía de los Municipios en las funciones propias tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.

"12. Estructuración sindical de la economía. Política económica objetiva.

"13. Potencialidad del trabajo.

"14. Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los Municipios y entidades sindicales de campesinos.

"15. Justicia social y disciplina social.

"16. Lucha contra el farisaico cacicalismo de Ginebra-Afirmación de España como potencia internacional.

"17. Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Método de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos político-sociales del viejo régimen."

El encanto más hondo de este programa está justamente en su imprecisión. En aquellos momentos había que decir algo, y estos 17 puntos que acertó Ramiro a escribir como un balbuceo de su política y como una promesa, no de fines concretos, sino de unos anhelos que agitaban su alma, son al propio tiempo la expresión más apropiada de un estado de espíritu que acabaría por tomar, con el tiempo, carne y sangre en el cuerpo, y en la Historia de España, con los años, se modificaría este programa balbuciente; pero aquí está su hechizo más que irresistible.

Cuando nos fijamos con algún detenimiento en los partidos políticos que se disputan el poder en cualquier época y se combaten con saña de enemigos, hallamos pronto que, a pesar de las oposiciones y del encono que hay en todos ellos, tienen un mismo sentido y hasta se proponen cosas muy semejantes, aunque tengan la precaución de darles nombres distintos. Y si bien se mira, las más encarnizadas polémicas, cuando las recordamos como datos de una historia que ya está muy alejada de nosotros, son originadas por esos hombres en que se oculta lo semejante. Quiérase o no, la política que se hace en nuestro tiempo ee diferencia profundamente de la que se hacía en el siglo pasado más que se asemejan los partidos que pretenden proseguir la ruta que abrieron los de entonces, y e to aunque se conserven intactos los programas y se crea haber escapado a la mudanza del tiempo.

Los partidos que hasta hace unos años se disputaban el poder en Europa eran más parecidos entre sí de lo que pensaban sus jefes, y precisamente por haberse percatado a tiempo de este hecho, ha podido Mussolini asimilarse los elementos asimilables, en hombres y en programas, de los partidos que le combatieron sin tregua ni descanso hasta su llegada al poder y aun mucho tiempo después. Y que lo propio ha hecho Hitler es cosa que está al alcance de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquier periódico de los que se publicaban en España cuando fué abolido el régimen liberal y caótico en Alemania. Y esto se ha hecho en todas partes, porque se vio con toda claridad que nuestro tiempo tiene sus problemas y sus dificultades peculiares que hemos de resolver o padecer todos junto?, sin perder en polémicas estériles energías que necesitamos para no sucumbir; pero el reconocimiento de este hecho afirma la comunidad de una manera tan decidida que los hombres que se entregan con seriedad a una tarea bienhechora son considerados con respeto y admiración, fea el que fuere el partido político a que hubieran pertenecido antes. Ya estamos bien abroquelados contra las profesiones de fe; ya sabemos que los más impúdicos son los que medran con ellas, y no vacilamos en preferir la confesión de un hombre que se declara en migo de las cosas en que creemos a otra que, tal vez con el alma aterida o con el propósito de medro, se apresura a decir que cree y piensa todo lo que creemos y pensamos nosotros. Y, entre otras razones, sentimos esta preferencia porque al enemigo paladino se le pued.í convencer; a quien jamás convenceremos es al enemigo de la sinceridad y del decoro, que cree y piensa en todo lo que piensa y cree el vencedor.

Nuestra política se diferencia, pues, de la que llevó a cabo el siglo pasado, como se asemeja íntimamente en las distintas formas de que se reviste a cada momento. Y lo que más nos seduce no son las protestas de pertenecer a uno u otro partido, sino la manera de vivir de cada hombre; estamos ya un poquito fatigados de esa balumba de creencias que ha venido sobre Europa como un torbellino, y queremos algo menos ruidoso y más profundo; lo importante es lo que cada uno hace que vengan luego los pontífices de cada partido a decir lo que más les acomode. Si es cierto que esta convicción hace que nuestra política acentúe el sentido de comunidad que aloja en su entraña, hace al propio tiempo que la política de nuestros días, que busca en todo la exaltación nacional, no sea uno de tantos sueños como atravesaron durante el siglo pasado el suelo y el alma de Europa, sin lograr más que enconos y luchas fratricidas en pueblos y barricadas.

Sería más que paradójico que un partido, con propósitos nacionales, comenzara a eliminar gente de sus filas atendiendo a una presunta impureza ideológica cualquiera; la política nacional, cuando no es mero juego de artificio, tiene que fundarse en la cooperación de todos.

Ahora bien: como esto no es posible casi nunca en un mundo tan encrespado como el nuestro, lleno por todas partes de ideologías que hacen creer a los hombres que son incompatibles, que al menos se tenga el propósito de que la colaboración nacional sea lo más vasta posible. De otro modo, nos pasaríamos el tiempo hablando de política nacional y nos encontraríamos con que la estaban haciendo unos pocos hombres que tuvieran la dicha de suscribir en su totalidad el sistema ideológico del vencedor o el impudor de simularlo.

El siglo XIX no podía percatarse de estas cosas; se lo impedía el individualismo recalcitrante que llevaba en su entraña y, sobre todo, el hecho de que acabara de descubrir la llave de todas las revoluciones. Y es bien sabido que cualquier descubrimiento que haga el hombre le absorbe como un juguete a un niño. No importa que esos descubrimientos fueran buenos o malos; basta que cualquiera, hombre o escuela, los sienta como suyos, para que se entregue a ellos con frenesí; esto fué lo que sucedió con el descubrimiento de la importancia de lo económico en la Historia que llevó a cabo Carlos Marx, y esto fué lo que aconteció con el descubrimiento que llevó a cabo Freud. La exageración del valor de esos descubrimientos no tiene nada de extraño, como no tiene nada de extraño que se crea haber encontrado la clave del mundo.

Y a propósito de la unidad innegable de la política que se hace en una misma época, puede notarse algo extraño en los hechos que acabamos de superar en todo el mundo; se trata de que entre las manifestaciones que ha revestido en estos últimos años la concepción del Estado figura el comunismo. ¿Hay unidad entre los partidos de nuestro tiempo y el comunismo? Porque si realmente la hay, no se comprende bien la hostilidad de todos contra él; pero si no existe esa unidad, no se acierta a comprender el frecuente trasiego de militantes de una parte a otra. Si pensamos en que ha sido posible «n muchos pueblos la formación de bloques de partidos con fines electorales y de gobierno en que entraba el comunismo, nos parecerá indiscutible esa unidad. Pero si, por otra parte, nos percatamos de que en un momento se ha levantado la juventud de todo el mundo a luchar contra el comunismo, nos sentiremos inclinados a negar esa unidad, que se nos presentaba como una cuestión incontrovertible. ¿Y si fuera el marxismo un movimiento apartado de la historia política de Europa, como lo fué la doctrina spinoziana de su historia filosófica? Por si esto fuera un dato digno de tenerse en cuenta, los dos pensadores, tanto Carlos Marx como Benito Spinoza, fueron judíos. Lo que ocurre es que la doctrina de Spinoza, para que fuera un hecho aislado en la historia de la filosofía europea, no tuvo necesidad más que de un hombre, su propio autor; pero el marxismo ha conseguido arrastrar masas ingentes y ha estado a punto de dar al traste con la civilización del mundo. ¿Cómo se concibe que una política extraña a la historia europea haya podido suscitar tanto entusiasmo y tanta fe? Todo esto parece muy claro; pero las cosas pueden oscurecerse un poco si preguntamos por qué ha fracasado el marxismo en todos los pueblos europeos que ha debido triunfar, y por qué ha triunfado precisamente en Rusia, que vivió siempre al margen de la historia de Occidente, y que, enclavada entre Asia y Europa, no había conseguido aún dar sentido propio a su historia.

No hace falta esforzarse mucho para comprender que la armazón sociológica del marxismo está cimentada sobre las concepciones del siglo pasado; Marx dice, sin vacilaciones, que sus ideas están fundadas en las que puso en el mundo un hegelismo más o menos al alcance de todas las fortunas. Por otra parte, Carlos Marx, como todo ser humano, tenía que acomodarse a lo que encontrara, como nos ocurre hoy a nosotros y como ocurrirá al hombre mientras viva sobre la tierra. No hay que hablar de los hechos industriales que le sirvieron de base ni de la manera de concebir su desarrollo, que, por cierto, no ha corroborado la Historia; no hay en esto más que una equivocación, que es de humanos el errar. Si luego se levantó una mística y se pretendió hacer de la doctrina de Marx un credo inmutable, no fué culpa más que de la pobreza anímica de un mundo sin fe.

El comunismo, que ha suscitado tantas luchas y polémicas, es una creación genuina del siglo XIX, y como todas las doctrinas humanas, tiene un orbe limitado de existencia, y para verlo así no hay más que fijarse en cualquiera de ellas; el comunismo ha fenecido de vejez. Ahora bien: sucede que, a pesar de haber sido una creación del siglo pasado, lo hemos tenido que afrontar con riesgos sin cuento; esto no dice nada en contra; el liberalismo fueron también

brotos del pensamiento decimonónico, y, sin embargo, hemos tenido que afrontarlos también. El hecho de que los combates contra el liberalismo hayan sido menos cruentos que los sostenidos contra el comunismo se explica por las clases sociales que estaban encargadas de defender esos partidos.

El régimen liberal estaba en la órbita de la política europea como una demanda de clases medias que, pasado el primer entusiasmo revolucionario, cobraron su antiguo escepticismo y su afán por vivir de una manera más conforme con todos los preceptos del buen gusto y la gravedad en modales y expresiones. Pero el comunismo estaba encomendado a la fuerza de la masa y no perseguía otros fines que los que puede perseguir una masa incrédula y sin espíritu, que vive en todo de acuerdo con las Leyes de las grandes aglomeraciones humanas y de la máquina, entronizada por el marxismo hasta lo inverosímil. Esto explica la manera distinta de combatir que se ha usado frente al liberalismo y frente al comunismo. Todavía podemos recordar, como corroboración de todo esto, que en el momento de emprender la lucha los partidos que ahora están en el poder en casi toda Europa, el régimen liberal estaba en franca agonía; poca fe había ya en sus antiguos defensores; los otros 83 iban marchando hacia la izquierda, que les prometía un porvenir más pleno y más lisonjero. Mientras que el comunismo, que no contaba como enemigo más que con el régimen liberal, estaba en pleno auge y no había nada que, a juicio de sus dirigentes, pudiera impedir su victoria. Por todas estas cosas se comprenderá sin gran dificultad que la lucha fuera tan distinta y tan irrefrenable.

Tanto el comunismo como el liberalismo eran fruto de una misma época; justo es que perecieran juntos.

Esta comunidad de destino puede comprobarse una vez más con la observación siguiente: El régimen liberal vino a defender sobre todas las cosas la libertad humana; el comunismo sentía un desprecio satánico hacia esa libertad y estaba dispuesto a aniquilar al liberalismo, que reputaba capitalista y burgués en grado sumo. A pesar de que perseguían fines tan dispares en apariencia, no ha extrañado a nadie que se entendieran también en las horas de peligro. Por el contrario, nuestra política está más cerca del régimen liberal que el comunismo y más cerca del régimen comunista que el liberalismo, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones del hombre con el Estado: pues bien: a nadie ha extrañado que ni en las horas de peligro se nos ocurriera pactar con ninguno de esos regímenes, que considerábamos como enemigos irreconciliables. Y el hecho innegable ha sido que las nuevas generaciones se sintieron un buen día con el deseo incontenible de acabar con los dos regímenes a un mismo tiempo.

Como si procedieran de un modo extraño, nos aparecen hoy en el recuerdo; un juicio histórico acerca de ellos no es aún posible, para eso están demasiado cerca; pero adscribirse a ellos es todavía menos posible, ya están demasiado lejos. Lo que nos prestan, por lo pronto, es perspectiva para que podamos entender el carácter de nuestras luchas y, sobre todo en este caso, para que nos hagamos cargo de lo que ha representado la política de Ramiro Ledesma en aquellas horas en que, más que llevar a cabo una labor constructiva, había que aprestarse a la lucha cotidiana contra los enemigos que infestaban nuestra Patria. Sin embargo, he procurado no traer aquí muchos pasajes en que se refleja ese ardor combativo de Ramiro, porque, entre otras razones, nos suena ya un poco a cosa anacrónica; entretenerse a estas horas en hacer una crítica del régimen liberal o del sesgo que daban los manejos comunistas o algunos sucesos es tan ingenuo como ineficaz. Cada hora plantea sus problemas, y si nos interesa de alguna manera lo que pensaba Ramiro acerca de tal o cual cosa que encontraba en su camino, es no tanto para comprender esa cosa como para comprenderle a él. Desde este punto de vista todo tiene su valor propio, hasta el hecho de que Ramiro se desentendiera de esto o de aquello.

"Hay en nosotros una voluntad irreprimible, la de ser españoles, y las garantías de unidad, de permanencia y defensa misma de la Patria las encontraremos precisamente en la realidad categórica del Estado. La Patria es unidad, "seguridad de que no hay enemigos, disconformes, en sus recintos". Y si el Estado no es intérprete de esa unidad, ni la garantiza, ni la logra, según ocurre en períodos transitorios y vidriosos de los pueblos, es entonces un Estado antinacional, impotente y frívolo."

Esta es la primera consigna de las tres que señalaba Ramiro en uno de los primeros artículos de JONS como fuerzas de la revolución que preparaba. La segunda era esta:

"Antes que ningún otro, las J. O. N. S. responderán a un imperativo de acción, de milicia. Sabemos que nos esperan jornadas duras, porque no nos engañamos acerca de la potencia y temibilidad de los enemigos que rugen ante nosotros. Sépanlo todos los "jonsistas" desde el primer día: nuestro partido nace más con miras a la acción que a la palabra. Los pasos primeros, las victorias que den solidez y temple al partido, tienen que ser de orden ejecutivo, actos de presencia."

Y la tercera consigna que daba Ramiro a los que quisieran acompañarle en la revolución que estaba preparando desde que publicó el Manifiesto político era esta:

"Nuestro propio pudor de hombres actuales nos impediría hacer el menor gesto político sin haber sentido e interpretado previamente la angustia social de las masas españolas. Las J. O. N. S. llevarán, sí, calor nacional a los hogares, pero también eficacia sindicalista, seguridad económica. Fuera del Estado, a extramuros del servicio nacional, no admitimos jerarquías de clases o privilegios. La nación española no puede ser más tiempo una sociedad a la deriva, compuesta, de una parte, por egoísmos sin freno, y de otra, por apetencias imposibles y rencorosas. Las masas populares tienen derecho a reivindicaciones de linaje muy vario; pero nosotros destacamos y señalamos dos de ellas de un modo primordial: primera, garantía de que el capital industrial y financiero no tendrá nunca en sus manos los propios destinos nacionales, lo que supone el establecimiento de un riguroso control en sus operaciones, cosa tan sólo posible en un régimen nacional de sindicatos; segunda, derecho permanente al trabajo y al pan, es decir, abolición radical del paro forzoso."

Como puede verse sin mucho trabajo, las consignas de este momento son ya cosa muy distinta de las que nos dio Ramiro en el Manifiesto político. La experiencia le ha enseñado mucho, y la política se le aparece como algo natural y consuetudinario, como que estaba respirando su atmósfera desde hacía casi tres años, y es sabido que en aquellos años era tan grande la agitación, y acechaba de tal manera el peligro, que un solo día entrañaba más enseñanzas que un mes de otra época cualquiera. Las ideas de Ramiro se van precisando con el tiempo y los acontecimientos. Pero no sabría lo que esperaba quien pensara encontrar nada parecido a cualquiera de esos programas políticos que elaboraba profusamente el siglo XIX y que luego convertía en dogmas infrangibles; las razones de todo esto las puede encontrar el lector unas páginas más atrás. Lo que se va precisando es la voluntad de Ramiro de hacer cosas que cada día encontraba más urgentes.

Para que se vea de qué manera hay que entender esta precisión de ideas y propósitos, basta un leve recuerdo de lo que fué Ramiro en su adolescencia y de lo que se proponía hacer en su Manifiesto político. Es claro que un hombre que pasa días y meses encerrado en una biblioteca corre el riesgo de engañarse cuando nos hable de las cosas más urgentes de la vida real, y es natural que nos diga que algo secundario está en primer plano y que nos hable de cosas primordiales como si carecieran de importancia. Lo que es verdaderamente necesario en la realidad de cada instante no puede aprenderse en los libros, porque la trivialidad de que lo inaplazable es lo económico, que ha enseñado el marxismo como dogma esencial de su credo, es tan vieja como el hombre y no creo que la hayan ignorado ni los locos; pero precisamente por esto no es posible que sirva de nada. El hecho es que la vida está henchida de matices y que estos matices no puede enseñárnoslos ningún libro; hay que salir a buscarlos a la vida misma. Y en este sentido es como debe entenderse la precisión que van adquiriendo cada día las consignas de Ramiro Ledesma. Más claro aún:

Hay dos maneras de ganar precisión en la vida de cada día: la que se refiere a las cosas que hemos de hacer y la que se refiere al aplomo de nuestras decisiones. Decimos que un hombre sabe lo que tiene que hacer cuando le vemos manejar de manera apropiada las cosas que sirven al cumplimiento de sus fines; y decimos de un hombre que está desquiciado cuando le vemos desviarse de lo que es verdaderamente su camino. Claro que en esto cabe diversidad de pareceres, ya que no es siempre claro el camino que hemos de seguir. Sin embargo, para lo que nos proponemos en este caso basta.

En política no había manera de saber el camino que aguardaba a ningún partido; lo que pasaba es que unos tenían conciencia de este desconocimiento al tiempo que otros carecían de ella y estaban persuadidos de que bastaba un puñado de ideas vacías para dominar el curso tornadizo de las cosas. Los partidos de nuestro tiempo sabían demasiado las limitaciones en que tenían que moverse, y precisamente por este saber no se arriesgaban a dar programas que luego no iban a llevar a la práctica y que tal vez ni siquiera lograsen interesar al través de cuatro o cinco años, porque lo único que interesa siempre es la felicidad de todos los hombres; pero esto no lo han prometido más que los partidos forjados con un manojo de abstracciones y con una dosis más que respetable de ingenuidad y de falta de aprensión.

Donde se ve sobre todo la precisión que van cobrando las consignas de Ramiro es en su propio modo de expresarlas, es en la innegable huella que van dejando las peripecias políticas en su personalidad. Sucede que la capacidad de pensamiento que descubrió Ramiro en sus años de estudioso infatigable va tomando posesión del mundo que tiene a su alrededor; parece que lo va asimilando con poder y entusiasmo de conquistador; parece que va amoldándose a todo, como se amolda el artista a la materia que ha de conformar con la llama y el tesón de su espíritu. Y en este sentido es como hay que entender la precisión, que va logrando día a día el propósito revolucionario que dio vida y alma a nuestras luchas políticas.

"Es una necesidad en la España de hoy liberar de las embestidas marxistas las economías privadas de los españoles. Pero sólo en nombre de un régimen justo, que imponga sacrificios comunes y consiga para el pueblo trabajador la estabilidad y satisfacción de su propia vida, podría ello efectuarse. Nosotros nos sentimos con fuerza moral para indicar a unos y a otros las limitaciones decisivas. Se trata de un problema de dignidad nacional y de disciplina. Si el mundo es materia y para el hombre no hay otra realidad y poderío que el que emana de la posesión de la riqueza, según proclama y predica el marxismo, los actuales poseedores hacen bien en resistirse a ser expoliados. Pero el marxismo es un error monstruoso y nadie puede justificarse en sus normas.

"Nosotros, el nacional-sindicalismo, salvará a las masas españolas, no lanzándolas rencorosamente contra la propiedad y la riqueza de los otros, sino incorporándolas a un orden hispánico, donde residan y radique una vida noble, unos servicios eminentes y la gran emoción nacional de sentirse vinculados a una Patria, a una cultura superior que los españoles hemos de alimentar y nutrir con talento, esfuerzo y dignidad. Sabemos que hoy en España la necesidad más alta es recoger y exaltar todos los heroísmos angustiados de las masas, que van entregándose, una tras otra, a experiencias demolidoras e infecundas. Habrá, pues, que hincharse de coraje, de razón y de voluntad, y luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, a salvarse, quieran o no, tras de la Patria, el Pan y la Justicia, según reza la consigna central y fundamental de las J. O. N. S."

La realidad a que se refiere esta consigna es más viva y más varia que la realidad de los primeros tiempos de lucha; también se habla con más pasión y con menos ideas aprendidas en los libros. Ramiro, como hemos tenido ya ocasión de ver, va siempre en busca de la justificación de sus actos y nunca puede abandonar la idea de que una cultura superior es lo que hace más estimables a los pueblos en el presente y en la Historia. No están lejos de su alma aquellas palabras, que escribió en plena efervescencia intelectual, pidiendo nada menos que cien cátedras de Filosofía en un país que ha estado a punto varias veces de declararse incapaz de tareas de alto vuelo cultural.

Ni cae en la impudicia de echarse a la calle sin una previa y escrupulosa justificación de sus actos, ni cae en el resobado tópico de prometer una cultura popular que haría felices a todos los mortales; lo que necesita es justificarse a cada paso ante sí mismo de la violencia que precisa poner en juego para dar la batalla a los enemigos de su Patria y que las generaciones jóvenes le ofrezcan un buen pertrecho de saberes y experiencias para hacer posible el sueño de una cultura, tan superior y tan alejada de las luchas callejeras, que nos conquistase la admiración y el respeto de los otros pueblos. Como nos decía con frecuencia: para que un ejército victorioso pueda mantener su triunfo es preciso heroísmo, pero sobre todo es preciso que lleve una manera seria y profunda de sentir el mundo y la vida; las victorias de las armas, de otra suerte, serían meros casos de fuerza, y los pueblos vencidos arderían en deseos de

sacudir el yugo. Esto suponiendo que un ejército pueda triunfar sin tener una gran cultura como fondo o como aspiración.

"El destino consista, nuestro quehacer revolucionario, no puede reducirse a realizar hoy hazañas más o menos heroicas contra el marxismo, que favorezcan la capacidad de los capitalistas y el atraso político considerable en que hoy vive la burguesía española. Eso, nunca. Los que se acerquen a las J. O. N. S. deben saber que penetran en la órbita de unos afanes revolucionarios que se desenvolverán en un futuro más o menos largo, pero que sólo esos afanes son nuestro norte de actuación. Nunca otros. Provéanse, pues, de paciencia los impacientes, porque mientras más fácil y rápido sea nuestro triunfo, más nos habremos desviado y más habremos traicionado los propósitos difíciles y lentos a que deben las Juntas su existencia. Para tareas cercanas o aparentes, de servicio al statu quo social, de peones contra el marxismo, facilitando la permanencia en España de toda la carroña pasadista y conservadora, para eso tienen ya otros, felizmente, la palabra.

"Las filas revolucionarias de las J. O. N. S. no deben nutrirse más que de los españoles que van llegando día a día con su juventud a cuestras o de luchadores militantes desilusionados del revolucionarismo marxista. En nuestra revolución tienen que predominar esas dos estirpes. Sólo ahí alcanzará sus objetivos verdaderos.

"Nuestro temperamento revolucionario tiene ya, por lo menos en la España actual, una satisfacción: la de que, ocurra y pase lo que quiera, la única salida posible es de carácter revolucionario. Esa es la realidad y es, además, nuestro deseo. Todo el problema y todo el dramatismo que se cierne sobre la Patria en esta hora se reduce a la duda acerca de quién hará la revolución, a cargo de qué grupos, qué tendencias y qué afirmaciones correrá la tarea de efectuar la revolución. El hecho de que en España exista la realidad de ese dramatismo ineludible indica que ha entrado nuestro país en el orden de problemas universales de la época."

La revolución que describe Ramiro en el número octavo de la revista JONS como propósito requiere, por tanto, tres condiciones esenciales: que la preparen jóvenes españoles o revolucionarios desilusionados; que sea una obra larga y tenaz, es decir, que sus militantes no esperen nada en un porvenir inmediato, exigiéndoseles sacrificio de una parte y la convicción de que tienen que llevar a cabo una transformación honda, que precisamente por esto será verdadera. Y la tercera condición que nos pide Ramiro para la tarea revolucionaria que preparaba es la de que no nos dejaremos engañar por los partidos, afines en apariencia, que tuvieran en su programa cosas que también quisiéramos lograr nosotros. Nunca dijo Ramiro que nuestra revolución sería obra de poco tiempo; tampoco dijo nunca que sería hecha con poco sacrificio. Y es que se le ofrecían dos caminos a la vez, pero con el carácter particular de que había de seguirlos juntos, ya que el uno sin el otro era bien poca cosa; los dos caminos que se le ofrecían al mismo tiempo como tarea y al par como aprendizaje para la revolución que soñaba eran estos:

El hombre atravesaba en todo el mundo, y singularmente en España, un período de relajación e incredulidad; en fuerza de hablarle únicamente de derechos, se le había despertado tal conciencia de su valor «obre todo lo imaginable que no encontraba en el mundo nada capaz de suscitar de una manera plenaria su interés. Es natural que con este estado de alma no se pudieran hacer grandes cosas y, lo que es aún más grave, no se sintiera ni el deseo de hacerlas. Por si esto no fuera bastante, las corrientes marxistas que andaban por todas partes enseñaban un fatalismo casi mecánico del mundo y de la Historia, de suerte que la desgana que padecía el hombre europeo se justificaba, en el orden de las ideas, con la convicción de que todo sucedía de acuerdo con las leyes de una predestinación cósmica yerta, que arrastraba en su impiedad propósitos humanos y buenas intenciones.

Y este era precisamente el primer camino que se le ofrecía a Ramiro en su empresa política; había que preparar al hombre para que no se arredrara ante el peligro ni se dejara amilanar por las dificultades de aquellos días tan poco hospitalarios. El segundo camino era el de las cosas que habían de hacerse sin remedio; era el camino, propiamente dicho, de la revolución, que no se acabaría jamás, como no te acaban nunca las tareas de la vida. Cada

hora trae consigo su inquietud y su quehacer; la revolución, la que tienen que consumir de grado o por fuerza todos los partidos, es tan vasta y pro-tunda que no cabe en ningún programa, por ambicioso y subversivo que lo creyeran sus autores. La revolución que se proponía Ramiro duraría tanto como su labor política, aunque cada momento trajera sorpresas y esperanzas nuevas; y es tan candoroso preguntar qué podría hacerse en el orbe del Estado dentro de cinco años como preguntar qué será de nosotros mismos. Los adivinos del porvenir, que no estaban muy en boga entre los racionalistas del siglo XIX, fueron reemplazados por aquellos programas en que se preveían hasta las más tenues ondulaciones de la vida.

Ramiro sabía demasiado que los deseos de los hombres cambian como el viento, y que las cosas más apetecidas hace treinta o cuarenta años, que se consideraban como indispensables a la felicidad de los hombres, nos dejan hoy fríos y no haríamos el más leve esfuerzo por conseguirlas. Lo revolucionario no es inmutable; lo que en unos tiempos aparece como demoledor de todo lo existente, aparece en otros como brote del candor de los hombres. Y para darse cuenta de esto no hay más que fijarnos en las cosas que ponía la revolución francesa como fines supremos: la libertad sobre todo, y fijarse luego en lo que creían los marxistas de estas conquistas revolucionarias, que les han inspirado más asco que todo lo del mundo, por estimarlas causas del señorío burgués en el planeta. No hace falta más que recordar las frases de desprecio y de condenación que aparecían en todos los periódicos y mítines comunistas allá por los años de 1923-24; si luego remitió un poco la saña y el denuedo del marxismo y llegaron sus capitostes a buscar el amparo de esa burguesía tan denostada, es cosa de los tiempos; es que el fundador, que había previsto los sucesos de la eternidad, no había presentido la posibilidad de que la vida fuera más vasta y compleja que las razones yertas que nos dejó en sus libros. Y es claro que si no pudo verlo Marx a unos años de distancia, tampoco lo han podido ver sus secuaces más conspicuos hasta que su catástrofe era irremediable en todas partes.

Si resumiéramos los anhelos revolucionarios de Ramiro Ledesma, encontraríamos tres fundamentales, que luego, con el paso del tiempo y las demandas de cada hora, podrían ir lomando formas varias que se acomodaran a las necesidades del vivir y del soñar humanos. La primera cosa que era inaplazable acometer en una revolución de la hondura que pretendía Ramiro era la exaltación del poder de la voluntad humana, ya bastante maltrecho después de tantas doctrinas fatalistas como habían aparecido y proliferado a lo largo del siglo XIX; pero, de otra parte, había que hacer comprender al hombre que su dignidad ha de ser conquistada en un proceso infinito de esfuerzos y sobresaltos. Sin esta depuración del hombre no hay revolución posible, sobre todo si, como la que espera hacer Ramiro, no era un vano legislar a espaldas de la vida que pasa y se transforma.

El segundo gran anhelo revolucionario de Ramiro Ledesma era la exaltación nacional, que se le ofrecía siempre como fondo de toda aspiración sería de nuestro tiempo y como tarea perentoria, que no podía demorarse sin riesgo para la propia vida material de los españoles. Como nos dice más de una vez: la salvación del hombre no es posible más que en el refugio y amparo de su Patria. Con este sentido nacional se nos descubrió una manera de vivir, que consistía en sentir la comunidad de destino sobre todas las cosas y en considerar ya muy alejadas aquellas ansias vacías, que padeció el siglo pasado, de trocar al hombre en ciudadano del mundo. Lo nacional se nos revela como una manera más humana y más profunda de vivir.

Y el tercer gran anhelo de Ramiro Ledesma fué la justicia social, que es para él la condición imprescindible para todo lo que quisiera hacerse con la colaboración y la ayuda de los españoles. Como condición para una tarea nacional honda y como medio indispensable para que renaciera la confianza del hombre en un mundo que tenía la misión de gobernar con el esfuerzo y el denuedo de su voluntad. No es posible decir cuál de estos tres anhelos tenía preferencia en el orden de las cosas; la verdad es que los tres eran igualmente imprescindibles y que ninguno de ellos podía colmarse sin los otros. Como si fueran partes inseparables de una misma cosa, la presencia de uno suscitaba en seguida la de los otros dos. Había que ir despertándolos juntos, aunque el hombre no supiera en todo instante lo que más le interesaba. Y es que las revoluciones de nuestro tiempo, a diferencia de las que pregona el siglo XIX, no

se preparasen por cosas concretas, como si hubiéramos de conquistarlas y luego quedarnos como siempre, sin haber adelantado mucho en el camino de nuestra formación personal.

Lo que se ha sentido en todo el mundo en un momento histórico, que podríamos situar hacia el primer cuarto de este siglo, ha sido una manera distinta de vivir, con tal profundidad, que todo lo demás, sucesos y proyectos, ha sido pensado como meros medios de lograr e. «a nueva manera de vivir, que se nos hizo patente con la fuerza de lo inaplazable. Y como la nación presta la insustituible aportación de su comunidad de destino, lo nacional ha sido, en todas las revoluciones del presente, dogma intangible; pero como esto no sería más que un hueru juego de abstracciones sin que el hombre tuviera cubiertas sus necesidades materiales, que varían más de lo que se cree de tiempo, no hay más remedio que atacar con decisión el problema social, en la persuasión de que solamente en la medida que podamos resolverlo habremos echado los cimientos para la revolución inacabable que nos fuerza a hacer nuestro destino.

Como prueba de lo que quiso Ramiro para España y para los españoles en los años en que publicamos nuestra revista JONS, voy a copiar el programa que se incluía en todos los números. No hace falta decir que, a lo largo de los tres años que vivió Ramiro, fué modificándolo, ni que, de vivir en nuestros días, lo habría modificado más y más, de acuerdo con las necesidades de cada hora. El valor de este programa de promesas y esperanzas estriba en que contribuye de manera innegable a dibujarnos, con trazos firmes, el alma de su autor. Después de todo, y al cabo de los años y las duras pruebas que hemos sufrido en España, las cosas que se decían con anterioridad al Alzamiento Nacional se nos antojan ya harto alejadas de nosotros, pero nos sirven para que se revele el corazón de los hombres que las soñaron. Y este es, precisamente, el sentido en que traigo aquí el programa:

1. La rotunda unidad de España.
2. Imponer a las personas y a los grupos sociales el deber de subordinarse a los fines de la Patria.
3. Máximo respeto para la tradición religiosa de nuestra raza.
4. Expansión imperial de España y política nacional de prestigio en el extranjero.
5. Sustitución del régimen parlamentario por un régimen español de autoridad, que tenga su base en el apoyo armado de nuestro partido y en el auxilio moral y material del pueblo.
6. Ordenación racional y eficaz de la administración pública.
7. El exterminio y la disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales y traidores.
8. La acción directa del partido.
9. La sindicación obligatoria de todos los productores como base de las corporaciones hispanas de trabajo, de la eficacia económica y de fe unidad social española, que el Estado nacional-sindicalista afirmará como su primer triunfo.
10. El sostenimiento de la riqueza a las conveniencias nacionales, es decir, a la pujanza de España y a la prosperidad del pueblo.
11. Que las Corporaciones económicas y los Sindicatos sean declarados organismos bajo la especial protección del Estado.
12. Que el Estado garantice a todos los trabajadores españoles su derecho al pan, a la justicia y a la vida digna.
13. El incremento de la explotación comunal y familiar de la tierra. Lucha contra la propaganda antinacional y anárquica en los campos españoles.
14. La propagación de la cultura hispánica entre las masas.
15. El examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

16. Penas severísimas para aquellos que especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo.

17. Castigo riguroso para aquellos políticos que favorezcan traidoramente la desmembración nacional.

18. Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados da un modo preferente a la juventud de la Patria, es decir, a los españoles menores de cuarenta y cinco años.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN CRÁFICAS UCUINA EL DÍA 29 DE OCTUBRE,
ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE RAMIRO LEDESMA, EN EL AÑO DEL SEÑOR DE
MCMXLI

